

El otro nombre

Laura Rodríguez

I think everyone enjoys a nice murder, provided he is not the victim.

Alfred Hitchcock, *The Perfect Murder*

*There was an inhuman silence in the room, like that sea of inhuman silence round the
dock of the condemned murderer.*

G. K. Chesterton, *The Secret Garden*

Eran las ocho de la mañana. Me despertó la costumbre y me quedé en la cama, sin pensar en levantarme. Tomé un libro de la mesa de noche y pasé las páginas sin atención. Una parte de mi consciencia se había quedado en el sueño y no encontraba el camino de vuelta.

De vez en cuando miraba por la ventana. Era como si el cielo hubiera abierto una boca blanca para devorar al pueblo. Detrás de la neblina, bajo la luz nueva, las casas eran sombras imaginarias.

Mamá entró a mi cuarto sin golpear la puerta. Dijo que había un problema en la construcción. Ella tenía cosas que hacer y necesitaba que alguien fuera a supervisar en su lugar. Sólo quedaba yo. No le pregunté cuál era el problema ni qué la tenía tan ocupada un domingo.

Mi trabajo era hacer presencia. Eso sería suficiente para que los obreros me vieran como la sobrina del jefe y tuvieran la impresión de que todo estaba bajo control. Caminé junto a la carretera intermunicipal, a través del campo aturcido por los bramidos de los camiones de carga. Un kilómetro después de la estación de gasolina había un camino de tierra que bajaba y se perdía detrás de un bosque de pinos.

La casa quedaba del otro lado, en la ladera de un valle entre la carretera y las montañas. Ya no estaba el lavadero de piedra, tampoco las columnas alrededor del patio. El tejado de barro, que ya era viejo cuando mis abuelos la compraron, se sostenía casi entero. La pintura de las paredes se caía en cascarnes blancos. Me recibió el maestro de obra, que había hablado con mi mamá por teléfono. Dijo que al principio no les pareció raro. Casi todos los días habían desenterrado alguna cosa: botellas de aguardiente, tuercas, un hierro para marcar ganado, un anillo con un nombre borrado por el óxido. Fue un muchacho que cavaba junto al río el que vio algo esa mañana. Era una piedra grande. Estaba al fondo de una cuneta que tenía apenas treinta o cuarenta centímetros de profundidad. Quiso moverla pero estaba atascada.

Otros obreros llegaron a ayudarlo. La piedra aguantó el primer golpe de la pala con un quejido seco. Al segundo golpe algo se desprendió. Era una especie de costra de yeso, gruesa y alargada, del color de la madera vieja. Alguien llamó al maestro y le mostró lo que el muchacho había encontrado. El maestro se arrodilló al borde de la zanja y limpió con la mano el lodo que tapaba la piedra. Entonces lo vieron. No había duda, aunque ninguno de ellos hubiera visto uno antes; era un cráneo.

— No les importó dejar el trabajo botado —dijo el maestro. A unos metros de nosotros unos obreros hablaban sentados en el piso.

— Qué pena, patrón —contestó el más viejo—, pero nosotros hicimos lo mismo que usted.

— ¿Acaso yo fui el primero en ir a meter las narices?

— Pero fue el primero que metió la mano en la cuneta.

— Nunca dije que sacaran nada.

— Tampoco dijo que no.

El maestro de obra caminó por la cuesta que baja hasta el río como si fuera solo. Aún había algunos obreros que cavaban a ambos lados del cauce. Según los planos que nos había mostrado mi tío unos meses antes, ahí se asentarían las bases del puente que conectaba las dos áreas del condominio. El proyecto era una inversión suya en sociedad con su abogado. Se extendía por varios terrenos alrededor de la antigua casa de mis abuelos. En un poco más de veinte meses estaría listo un complejo de apartamentos, otro de los tantos que se habían levantado a las afueras del pueblo. Eran pequeñas urbes pensadas para los bogotanos de estratos cuatro y cinco que querían criar a sus hijos en un campo inventado, lejos del olor a vaca y de las casas de diez por diez donde vivían los campesinos.

Llegamos hasta la zanja, a unos pasos del agua. Los restos estaban tendidos sobre un costal. Me pareció que había algo artificial en la manera en la que el cuerpo yacía sobre la tela. Tardé un rato en darme cuenta de que casi todas las partes estaban rotas, desencajadas, puestas al revés o en un lugar que no les correspondía. Parecía que alguien hubiera intentado recrear un cuerpo humano con ramas de árboles y pedazos de cerámica.

El cráneo tenía una grieta de unos diez centímetros donde lo había quebrado el golpe de la pala. La mandíbula se había desprendido y estaba tirada a un lado de la cabeza. En las cuencas de los ojos y la nariz había masas de lodo negro y raíces arrancadas. El pasto había crecido desde adentro, como si la vida no quisiera abandonar el hueso.

Las vértebras estaban puestas en línea. No sabía cuántas tenía que contar y no me tomé el trabajo. Después de la última vértebra no había nada.

— Cavamos alrededor de la zanja —me dijo el maestro— pero no pudimos encontrar las piernas.

Había varias costillas, la mayoría con fracturas, tal vez algunas nuevas. Los húmeros estaban puestos a ambos lados del torso, uno de ellos todavía unido a los dos huesos largos

de un antebrazo. El otro estaba roto en un extremo. Tenía un corte horizontal y sus bordes ásperos formaban una especie de boca abierta. En su interior hueco se alcanzaba a ver un tejido gris lleno de poros pequeños, como un coral. También como corales vivos, los huesos se mecían de manera imperceptible bajo la brisa que traía la corriente.

En una esquina del costal había un montoncito de piedras donde unas falanges se confundían con los guijarros del río. No parecían suficientes para reconstruir cinco dedos.

El cuerpo estaba expuesto como una escultura incomprensible en un museo. Algunos obreros se habían quitado el casco y se habían sentado en silencio, como si quisieran velarlo. Otros habían vuelto al trabajo. Había unos pocos que acomodaban los huesos y les ponían piedras debajo para que no se rodaran al agua. El círculo de espectadores que se había formado en torno al costal me recordó a los grupos de curiosos que siempre rodean a los accidentes de tránsito. Yo estaba entre ellos.

Empezaba a caer una llovizna y el maestro pidió que llevaran el costal hasta la casa. Subí por el camino de tierra entre los pinos que parecían marchitos bajo la luz blanca de la mañana. Caminaba por la carretera de vuelta al pueblo cuando empezó el aguacero.

Mi tío llegó a las nueve de la noche. Desde la ventana de mi cuarto lo vi estacionar la camioneta del otro lado de la calle y bajarse despacio, como si viniera de visita. Se sentó a la mesa y cenó lo que mamá le había preparado. No mencionó una palabra del cadáver.

Faltaba poco para las diez cuando volvió a subirse al carro. Mamá se quedó en la puerta con la mirada fija en las luces que se perdieron en dirección a la obra. Cerré las cortinas. Después de un rato escuché los pasos pequeños de mamá que subían hasta su cuarto.

Yo le había dado la noticia a mi tío esa mañana. Me tomó varios intentos que contestara el teléfono. Dijo que iba de camino a un almuerzo de negocios y que llegaría al pueblo en la tarde. Su trabajo le exigía estar disponible a cualquier hora para encontrarse con alguien en un restaurante. A veces eran clientes, a veces colegas, y hacía lo mismo en sus días de descanso. Las reuniones cotidianas lo habían hecho un buen conversador, según él porque le habían enseñado a hablar muy poco de las cosas importantes. Tenía un solo consejo para todo el mundo. Lo había aprendido en un diplomado de administración de empresas y lo repetía cada vez que tenía la ocasión.

— Haz que los demás piensen que actúan por su propia conveniencia. Entonces harán mejor lo que te conviene a ti.

Mi tío siempre había hecho sus propias reglas. De pequeño era muy travieso. Como para todos los niños, la diversión para él no estaba en la travesura sino en saber que podía salirse con la suya. Le gustaba esconder los zapatos de mi abuelo en la estufa de carbón. Por semanas mi abuelo dejaba un rastro de hollín por donde caminara. Una vez metió un canario en una caja de galletas y la puso en la alacena. Mi abuela escuchó un canto por dos días y después sintió un olor extraño. Tardó una semana en descubrir de dónde venía.

Muchas veces mamá fue cómplice de sus travesuras. Los fines de semana, mientras mis abuelos trabajaban, mamá y mi tío iban a jugar al río junto a la casa. Lanzaban monedas para verlas rebotar en la superficie del agua y hacían pasteles con el lodo de la orilla. Una mañana, después de jugar, a mi tío se le ocurrió limpiarse las manos con la ropa recién lavada que mi abuela había colgado en el patio. Esa tarde mis abuelos no lo castigaron. Al llegar del trabajo le preguntaron a mamá por qué las sábanas tenían manchas de barro. Mamá les dijo que las había hecho el perro.

Además de librarlo de los regaños de mis abuelos, mamá solía proteger a mi tío de los problemas en los que se metía en la escuela. Mamá recuerda que en una ocasión tuvo que esconderlo en un armario porque pensó que iban a darle una golpiza. Ella tenía doce años, mi tío diez. Fue un día en que los muchachos del equipo de fútbol le quitaron un trompo a mi tío en el descanso. Al menos así es como mamá lo cuenta. Después de lo que pasó mis abuelos llegaron a creer que los muchachos no le habían quitado nada. Mi tío esperó a la salida detrás de un matorral. Cuando los vio empezó a tirar piedras y no paró hasta que tuvo los bolsillos vacíos.

Casi todos se salvaron porque corrieron a esconderse detrás de la pared de la escuela. A un niño que no corrió tan rápido lo llevaron al puesto de salud. La piedra había pegado en la nariz sin partir ningún hueso.

Poco antes de la media noche mi abuelo escuchó voces que parecían venir de muy lejos. Cuando se levantó supo que venían de la puerta de la casa. Era el papá del niño. Llamaba a mi abuelo a gritos para que saliera y arreglaran el problema de sus hijos como hombres. Mamá metió a mi tío en el armario de la habitación que compartían y lo cerró con llave mientras mi abuelo iba a buscar el machete. Cuando mi abuelo abrió la puerta el hombre se había ido.

Con el tiempo mi tío se aburría cada vez más del pueblo. Poco después de graduarse del colegio se escapó de la casa. Mamá esperó una semana y se fue a buscarlo. Lo encontró trabajando como carguero en una lavandería en Bogotá y lo hizo volver. A los pocos días se había ido a Bogotá otra vez. Hacía cualquier trabajo con el que ganara lo suficiente para pagar una pieza. Ni siquiera él está seguro de cuántos empleos tuvo en esa época. Dice que por unos meses operó una máquina en una fábrica de empaques farmacéuticos.

— ¿Sabes por qué los frascos de acetaminofén tienen triple sello de seguridad? Un compañero me contó la historia en mi primer día en el puesto. Resulta que en este mundo cualquiera es un psicópata.

Vivía en residencias de estudiantes sin estar inscrito en ninguna universidad. Varias veces hizo cursos de computación y de contaduría que abandonaba a las pocas semanas. Cuando se quedaba sin trabajo sobrevivía con el dinero que mis abuelos le consignaban en una cuenta.

El año en que cumplió treinta y dos lo contrataron en un banco del centro de la ciudad. Fue su primer trabajo estable. Primero fue cajero, luego analista de créditos, luego ejecutivo de ventas. En seis años ocupó casi todos los cargos posibles. Allí conoció gente que le inculcó ideas fantásticas sobre el negocio de las inversiones. Hablaba de hacerse una carrera en ese mundo como si fuera lo mismo que alcanzar la trascendencia espiritual. Sueldos de ochenta mil dólares. La vida tenía que ser eso.

Un día en que almorzábamos todos juntos se levantó de la silla y dijo que tenía buenas noticias. Mi abuela pensó que se iba a casar. Nunca hemos conocido a una novia suya. Mamá dice que por lo general él tampoco alcanza a conocerlas. La noticia era que había conseguido una pasantía como aprendiz en una banca de inversión. El trabajo era aburrido y el salario era el mínimo, pero sería un comienzo. Mi abuelo opinó que a esa edad nadie debería ser aprendiz de nada.

— Además, ¿a usted no le parece que le va hacer falta un diploma universitario?

Mi tío se volvió a sentar. Por un momento pensé que no había captado la intención corrosiva de la pregunta.

— En el banco hay un tipo que se graduó *cum laude* de arquitectura —contestó—. Su tesis fue candidata a ser meritoria. Es inteligente, pero no es muy astuto. Siempre se le olvida servirme el tinto sin azúcar.

Después de eso no volvimos a verlo en el pueblo. Ya no salía de la oficina. Las primeras semanas mamá iba a su apartamento a sacudir el polvo. De vez en cuando le llevaba el almuerzo. Pronto se cansó de intentar sacarlo de la trampa donde él mismo se había metido y supo que no quería caer en ella. Dejó de hablarle. Mis abuelos también.

Una tarde, solo dos años después de que nos diera sus buenas noticias, una camioneta Toyota Land Cruiser del ancho de un bus estacionó frente a mi casa. Mi tío estaba al volante. Se había afeitado la barba y tenía un traje que parecía sacado de un número de *Forbes* de 1980. Nos contó la historia completa esa misma noche.

Había empezado como un aprendiz cualquiera. Llenaba planas en Excel y casi todos los días hacía jornadas de doce horas. Veinticuatro aprendices más trabajaban con él. Todos eran hombres. Les habían dicho que la convocatoria buscaba a los más aptos para hacer parte de la siguiente generación de inversionistas. Los aspirantes no supieron hasta el final del primer año que solo había una vacante disponible para un nuevo analista financiero. Solo uno de ellos iba a conseguir el empleo. Entonces empezó la carnicería.

Muchos que se habían graduado de economía o negocios internacionales movieron contactos en sus facultades. Los que ya tenían experiencia en las finanzas llamaron a sus mejores clientes y cobraron algunos favores pasados. La oficina de recursos humanos ya no tenía espacio para recibir más cartas de recomendación. Según mi tío, casi todas incluían ofertas de negocios rentables si el banco contrataba a un pupilo. Dos o tres llegaron en sobres llenos de efectivo.

En junio de ese año una empresa productora de semillas del Cauca pidió asesoría para vender el 51% de sus acciones. Había varios compradores en la lista de espera y la empresa esperaba cerrar el trato con el mejor postor. Mi tío había tenido un colega en su empleo anterior que ahora trabajaba en una notaría. Ese colega lo llamó para contarle que el dueño de la productora de semillas había estado ahí hace poco para firmar su testamento. Era un señor de más de ochenta años que se llamaba Vicente Noguera y había nacido en Popayán. Decidió que todos sus bienes se irían a organizaciones humanitarias. No estaba casado ni tenía hijos. Tampoco tenía hermanos. Le contó que estaba buscando a un heredero para la empresa que había fundado su bisabuelo. Dijo que prefería verla en ruinas antes que ponerla en manos de un mercader cualquiera. El nuevo dueño tenía que ser un hombre honesto, que mostrara un gran respeto por el patrimonio de su familia y tuviera firmes creencias católicas. De lo contrario no habría negocio.

Mi tío llamó una por una a las compañías que habían hecho ofertas de compra. No consiguió nada hasta que dio con una multinacional con sede en Chicago llamada Webster & Bates, que había hecho una de las propuestas más altas. Le ofrecieron una comisión a él y una comisión al banco a cambio de la información.

El director de la academia de pasantes no estaba muy contento con que un aprendiz tomara ese tipo de decisiones. Cuando mi tío le dijo el valor de la comisión el director le estrechó la mano y lo felicitó por su iniciativa.

— Me gusta la gente que está bien despierta. Bienvenido al trabajo.

Mis abuelos escucharon la historia en silencio. Cuando mi tío terminó de hablar, mi abuelo soltó una carcajada.

— Este hijo mío es un Vargas. Y yo siempre he dicho que los Vargas no son bobos.

En noviembre del año pasado mis abuelos decidieron volver a San Juan, el pueblo del Tolima donde nacieron ambos y de donde los sacó la guerra. Mi tío se encargó de que se instalaran en una casa cómoda con ventanales grandes para que mi abuela pudiera ver crecer los rosales que plantó a la entrada. El acta de sucesión que mis abuelos firmaron antes de irse decía que la casa del río quedaría en posesión de sus dos hijos en partes iguales. En diciembre mi tío le compró a mamá su parte del terreno. Al mes siguiente empezó los estudios para la construcción del complejo de apartamentos.

Volvió en la camioneta dos horas después. El abogado había llegado por su cuenta. Era un tipo alto, con el cabello gris y unos párpados caídos que le daban un aire lejano, como si todo el tiempo pensara en algo que no decía. Yo lo había visto por primera vez unos meses antes, cuando vino con mi tío a conocer el terreno. Ese día mamá le preguntó si era especialista en derecho inmobiliario. El abogado dijo que no; era penalista. Mi tío no explicó dónde lo había conocido ni por qué, entre tantos abogados, había decidido contratarlo a él y apuntarlo como inversor en el proyecto.

Se sentaron en la sala de estar. Mamá aún estaba en su cuarto y yo había vuelto al libro que leía en esos días para matar el tiempo. Era uno de los casos de Phillip Marlowe. En ese momento estaba metido en un problema. Había negociado información peligrosa con un mafioso que tenía el poder suficiente para desaparecerlo y los contactos necesarios para hacer que nadie se preocupara por buscarlo. Había salido intacto. Ahora manejaba su convertible

por las calles costeras de Los Ángeles. En el asiento del copiloto iba una mujer que era tan peligrosa como el mafioso, tal vez más. Marlowe trataba de seducirla. Habría golpes, vidrios rotos y cartuchos vacíos, pero la conversación siempre era la parte más violenta. Era un duelo de lobos en un mundo de lobos, un juego en el que cada uno domina al otro o lo destruye y dejar de jugar es imposible.

Inés golpeó dos veces y abrió la puerta de mi cuarto.

— Me pregunta su tío que si está ocupada.

Se secaba las manos con un trapo. A sus pies se había hecho un charco del agua con la que había lavado las ollas de la comida. Le dije que yo contestaba y se fue dejando un rastro de gotas por el corredor.

El abogado estaba sentado en una esquina del sofá, la más cercana al sillón donde se había sentado mi tío. Hablaban como si estuvieran en un confesionario. El televisor estaba encendido, con el volumen alto, y nadie lo miraba.

— ¿Te interrumpo? —dijo mi tío.

— Las tareas de siempre —dije y recordé la exposición para la clase del miércoles que en algún momento tendría que empezar a hacer. Me senté frente a los dos.

— ¿Cuánto falta para el grado? —me preguntó mi tío.

— Ya puedes comprar la corbata.

— Me dijiste lo mismo hace un año.

— Esta vez falta menos.

Mi tío no sonrió. En la mesa de centro había un vaso con un poco del brandy que estaba en la alacena desde la Navidad antepasada. El abogado sacó una pitillera del bolsillo del pecho. Ya se había puesto el cigarrillo en los labios cuando mi tío le hizo un gesto con la mano. Lo volvió a guardar.

— Jaime Garcés —dijo mi tío cuando notó que yo miraba al abogado—. Es mi socio en el proyecto.

Jaime Garcés hizo un saludo con la cabeza.

— Ya nos conocíamos —dijo.

No le pregunté a mi tío por su trabajo. Trataba de evitarlo. Empezaría a hablar en siglas y porcentajes y yo tendría que fingir que entendía. A veces le pedía que me explicara un concepto o una transacción. Él soltaba una sola frase en la que intentaba traducir una idea del lenguaje de la plata al lenguaje de los mortales. Yo siempre tenía la sensación de que algo se

perdía en el proceso. Algo se quedaba de ese lado, enredado en el sistema complejo de signos que mi tío tenía en la cabeza, un tejido de asociaciones ocultas donde, de alguna manera, cabíamos todos.

Inés terminó de secar los platos en la cocina. Corrió un baúl de madera y se trepó encima para poner la vajilla en el estante. Solo entonces noté el silencio de la sala. Alguien había apagado el televisor. Desde el piso de arriba llegaba un susurro del radio que mamá ponía todas las noches. Sonaba más remoto esta vez y supuse que mamá había cerrado la puerta.

— ¿De quién crees que son los restos? —le pregunté a mi tío.

— No puedo saber.

— Te pregunto qué piensas.

— No me interesa jugar a los detectives.

— Parece que han estado ahí mucho tiempo —dije sin saber a cuánto tiempo me refería—. Tal vez mis abuelos sepan algo. Aquí han matado gente por correr una cerca o por robarse una vaca. Tal vez tú recuerdas algo. Ya sabes que mi mamá no quiere involucrarse.

— Esa capacidad de imaginar cosas debe ser útil en tu profesión.

Inés apagó la luz de la cocina y se fue a su cuarto. Nunca hacía un comentario, sin importar lo que escuchara. Pensé que en las novelas de misterio el mayordomo era el único que sabía todos los secretos de la familia y aun así los guardaba. No lo hacía para conservar el trabajo. Un sueldo de sirviente no valía esas molestias. El mayordomo sabía que tenía un poder secreto sobre sus amos. Tal vez sentía una especie de compasión por ellos.

— ¿Para qué me llamaste? —le pregunté a mi tío.

— Los restos están en muy mal estado —dijo—. No entiendo cómo terminaron así.

— ¿Qué te hace pensar que no estaban así cuando los encontraron?

Me miró por encima de las gafas.

— Un muchacho tenía un pedazo de cráneo en el bolsillo.

Me quité las pantuflas y puse los pies sobre la mesa de centro. El abogado se había acabado el brandy. Parecía concentrado en algo invisible sobre la alfombra y empecé a dudar que estuviera escuchando.

— Es cierto que el procedimiento no fue el mejor —contesté—, pero tal vez no haya tiempo para detenerse en eso. Hay que ver qué puede hacer la Fiscalía. ¿O prefieres dejarle el trabajo a Medicina Legal?

— Los obreros que estuvieron ahí deben saber algo —dijo mi tío.

— Si el asunto fue como creo, ellos tampoco vieron el cuerpo antes de sacarlo. No podrían decirle nada a un forense. O a un antropólogo. ¿Has pensado en contactar al Cementerio Central?

— Eso es lo menos importante. Quien sea que investigue va a preguntar quiénes desenterraron los restos.

— Y no va a ser difícil que se entere. Algo así no podría pasar en una construcción sin que lo sepa la persona que está a cargo.

— ¿Te refieres al maestro de obra?

— ¿No hablaste con él hace un rato?

Mi tío y su abogado se miraron.

— Creo que se le olvidó mencionar algunas cosas —dijo mi tío. Sonó como un villano en una película de *gangsters*. Pensé que tal vez de ahí había sacado la frase.

Entendí que los obreros no les habían dicho nada. No iban a delatarse entre ellos. Si el cuerpo era antiguo habían destruido un bien del patrimonio histórico nacional. Si era reciente habían alterado evidencia de un caso abierto.

— ¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté—. Puede que los obreros encuentren el resto del cuerpo.

— Están casi seguros de que no está ahí. Cavaron hacia el norte y el sur y solo encontraron esas cuerdas.

— Parece que al maestro se le olvida mencionar muchas cosas —dije en un tono demasiado serio, que quería parecerse al que había utilizado mi tío.

— Son unas sogas viejas —contestó él sin darse cuenta—. Estaban enterradas a unos metros del cuerpo, corriente abajo. Los nudos que tenían eran grandes, de amarrar ganado.

El abogado se subió el puño de la camisa y miró el reloj.

— ¿Dijiste que son cuarenta y cinco minutos hasta la ciudad? —le preguntó a mi tío.

Los acompañé hasta la puerta. El abogado se subió a una camioneta Jaguar azul con placas de Manizales. Estaba recién lavada y me hizo recordar que yo era capaz de sentir envidia.

Cerré la puerta y le puse el seguro. Mientras caminaba a mi cuarto volví a pensar en Marlowe, que en cada caso se metía en un laberinto de alcantarillas que no era el subsuelo de la ciudad sino sus mismas calles. Se abría paso entre la podredumbre de los cuerpos, con las aguas negras salpicándole la cara, y siempre encontraba la manera de salir entero. Un

poco golpeado y más pesimista que antes, pero todavía él mismo. Yo no podía creer en un hombre solitario que se enfrentaba al mundo sin manchar la armadura. Había que ser más que humano para no salir al menos con un cierto olor impregnado.

Apagué la luz del pasillo. El murmullo del radio ya no se oía en el piso de arriba. Dormí poco.



La muchacha de información había dicho tercer pasillo a la derecha. Entre la colección de humanidades y la colección de ciencias puras había una estantería alta que tenía un rótulo blanco: literatura criminalística. Pensé que la muchacha de información me había entendido mal. Yo no venía a buscar una novela de Agatha Christie. En una repisa había un libro rojo. En el lomo, impreso en letras negras, se leía *Los rastros de un crimen: procedimientos básicos de análisis de la escena*. La muchacha no se había equivocado.

Me tomó un tiempo examinar todo el anaquel. Algunos títulos parecían hechos para confundir a cualquiera que no hubiera estudiado medicina. En una de las repisas más bajas encontré un volumen con tapas de cuero negro. Las hojas tenían las manchas y el olor dulce del polvo de muchos años. La cubierta no decía nada y miré la primera página. *Método de estudio de restos humanos hallados en el campo colombiano. Su importancia médica, jurídica y social*. El autor era un tal Ciro Antonio Cruz. No había fecha de publicación. Las letras parecían heridas por los pequeños agujeros sin tinta que dejaba la impresión con plancha de relieve. Ese ejemplar podía ser de mitad del siglo XX. Lo metí en mi maleta y seguí buscando.

Había varios manuales que explicaban en detalle cómo determinar la edad, el sexo, la estatura y el ancestro de un cuerpo muerto. Casi todas las técnicas eran mediciones estadísticas o cálculos geométricos. Algunos hablaban también de indicios que podían reconocerse a la vista o al tacto. Todos advertían que la precisión del análisis dependía por completo de la experiencia del profesional que lo llevara a cabo.

Uno de ellos me llamó la atención. Era una edición pequeña, escrita por la doctora Charlotte Deswarte y publicada por primera vez en el país en 2011. Se llamaba *Escrito en los huesos: claves de interpretación para antropólogos forenses*. El título era esperanzador. Yo sabía leer. Esperaba que eso fuera suficiente.

Llevé los libros de vuelta al puesto de información. Mientras la muchacha registraba el préstamo recordé que en el catálogo virtual había visto un libro que no encontré en el estante. La muchacha me dijo que el único ejemplar estaba en el archivo privado de la biblioteca.

— ¿Al menos puedo verlo? —pregunté.

— Puedes verlo en tu casa.

— Pensé que no estaban disponibles para el público.

— No es parte de la colección privada. Lo pusieron en el archivo para que no estuviera por ahí rondando.

La muchacha dijo algo por teléfono. Unos minutos después un empleado llegó al puesto de información. Debía tener unos cuarenta años. Empujaba un carrito con varias pilas de libros. La muchacha le dictó un código y el empleado buscó entre el montón. Sacó un libro de treinta por treinta centímetros, impreso a todo color en papel satinado. Limpió la cubierta con un trapo y sus ojos se deslizaron sobre el título. *Shots after the shooting. Fotografías aterradoras de asesinatos reales. Edición revisada y ampliada.* Hizo un gesto como quien se da cuenta de que ha pisado una cucaracha. Todavía lo hacía cuando me entregó el libro y me miró de arriba abajo.

Se fue con su carrito de vuelta al ascensor. Puse el libro sobre la mesa. En lugar de registrarlo la muchacha lo abrió y empezó a mirarlo. Pasaba las hojas como si fueran la sección de crónica roja del periódico, con tanta familiaridad que se me ocurrió que lo había hecho antes. Se detuvo en la foto del cadáver de un hombre abandonado en un potrero.

— ¿Qué le pasó en la cara? —me preguntó y puso un dedo sobre la página. Debí suponer por mi elección de libros que yo estudiaba algo relacionado con las ciencias forenses.

— Animales carroñeros —respondí—. Está ahí abajo, en la descripción.

— ¿Es muy frecuente?

— Si el cadáver está al aire libre —. Me gustaba esa posición de autoridad.

La descripción decía que el hombre había muerto por varias heridas de cuchillo. El potrero quedaba a las afueras de un pueblo al norte de Minas Gerais. El año era 1974. En principio la policía no había podido identificar al culpable. Unos meses después habían arrestado a un hombre llamado Abel Figueira que confesó el asesinato. El texto no decía nada sobre sus motivos.

— No entiendo —dijo la muchacha.

Yo estaba lista para explicarle que en climas tropicales es muy común la presencia de canes y aves necrófagas.

— Eso de morirse es como una idea prestada —siguió. Su dedo aún estaba sobre la masa blanca y rosada que había sido el rostro del hombre—. Todavía no creo que tenga algo que ver conmigo.

Levantó la mirada del libro y pareció acordarse de que no hablaba sola.

— Para ti debe ser diferente.

Negué con la cabeza.

— Cada cosa que veo lo hace un poco más extraño.

La muchacha sonrió apenas. Me pareció que había un asomo de alivio en alguna parte de ese gesto.

Registró el préstamo y me entregó los libros. Algunas personas leían en unas mesas junto a los anaqueles de ciencias jurídicas. A ella no le importó cuando me dijo en voz alta

— Tal vez el que lo hizo también piensa en eso.

Se refería a Abel Figueira, el hombre que había tomado un cuchillo y había encontrado la voluntad necesaria para enterrarlo en cuello de otro hombre. ¿Pero cuál era la pregunta? ¿Si pensaba en qué? ¿Si sentía el mismo asco que sentíamos nosotras al ver la carne abierta? ¿Si sentía miedo? ¿Si él también trataba de entender que no estaba a salvo de pudrirse en un potrero y que los perros salvajes le comieran la cara? En cualquier caso, yo no sabía la respuesta.

— Supongo —dije por no quedarme callada.

Cualquier cosa que hubiera contestado habría sido igual de insatisfactoria. La muchacha no dijo nada. Bajé las escaleras hasta la puerta y antes de salir a la calle me detuve a meter los libros en la maleta.



La luz pálida del mediodía prometía que había un sol detrás de la nube inmensa que cubría al pueblo. Era el mejor momento para no interrumpir el trabajo. Algunos obreros comían en vasijas plásticas sentados en el pasto. Para otros el almuerzo era una sola cerveza. Me vieron bajar por el camino de tierra y ninguno se levantó.

No vi al maestro de obra entre los trabajadores que estaban junto a la casa. Uno de ellos, de bigote negro y casco naranja, miraba hacia la montaña y bebía de su botella.

— No me diga que va a venir a visitar cada tercer día —dijo sin mirarme.

— Quién sabe —contesté, sin saber si ofenderme—. Tal vez me acostumbre.

El obrero soltó una risa y dio otro sorbo.

— ¿Hay algún problema si vuelvo a ver el cuerpo? —pregunté.

— Ahí está en la casa —dijo él.

— No se ha ido —dijeron al tiempo varios obreros que pensaron que sería un buen chiste.

Entré por la puerta que daba al patio. Recordé la última vez que había estado ahí, cuando las cosas que importaban estaban metidas en cajas y las que no importaban en bolsas de basura. Entonces ya no era una casa. Era un esqueleto de barro y madera que se mantenía en pie sin ningún motivo.

Yo había crecido ahí, como habían crecido ahí mi mamá y mi tío. El primer cuarto a la derecha era el más grande, la habitación de los abuelos, con un crucifijo sin Cristo colgado en la pared sobre la cama y un olor permanente a cera para el piso. A la izquierda estaba un cuarto pequeño que en otro tiempo había sido la habitación de mamá y mi tío. Yo lo conocí como el cuarto de trastes, donde se habían acumulado las cajas, las revistas y el moho de muchos años. En seguida estaba la cocina, con las paredes azules manchadas de grasa y la cafetera puesta como un santo en la mitad del mesón de piedra. El último cuarto estaba al otro lado del patio. Era donde mi abuelo tenía la máquina de coser. En la pared del fondo, colgados de un tubo de metal que hacía de percha, había sacos, faldas, pantalones y vestidos de personas que, por cualquier razón, no habían ido a recogerlos. Mi abuelo nunca quiso botar nada.

Ahora no había más que paredes y espacio. A ratos se escuchaba el gorjeo de unas palomas que habían hecho nido en el tejado. En el piso de la habitación principal estaba el mismo costal de antes. Las costillas mantenían su orden ilógico debajo del cráneo que todavía estaba roto. La brisa del río entraba por la ventana abierta y venía a respirar en los poros de los huesos.

Yo tenía la maleta con los libros que había sacado de la biblioteca el día anterior. Había revisado algunos de ellos y había doblado las esquinas de las páginas que tenían fotos o ilustraciones. Mientras leía me pregunté varias veces por qué me tomaba el trabajo. La

respuesta siempre era la misma: porque era lo más evidente. Si había un caso, alguien tenía que investigar. Yo no había escrito las reglas del juego.

Me senté en el piso junto a los restos y abrí el libro de la doctora Charlotte Deswarte. El primer capítulo se concentraba en advertir al lector de algunos problemas que podían surgir en el proceso de identificación:

En el campo de la morfología ósea existen varios métodos que proponen que el sexo de un cuerpo se determine según un sistema binario de categorías opuestas. Algunos expertos, sin embargo, prefieren estudiar el sexo según una escala o un rango de medición. Esto se debe a la frecuencia con que en un mismo cuerpo se encuentran rasgos contradictorios o ambiguos. También es común que en el análisis de unos restos se encuentren rasgos neutrales, que no corresponden a ninguno de los sexos reconocidos. Hay que tener en cuenta que no existe un estándar universal que permita concluir el perfil biológico de cualquier cadáver esquelétizado. El cuerpo humano se desarrolla según las condiciones ambientales y geográficas en las que se encuentre. Es plástico en la medida en que se transforma según las prácticas repetitivas de un sujeto: su trabajo, su dieta, sus hábitos personales y sus costumbres culturales. En consecuencia, cada método de identificación debe estar diseñado de manera específica para el contexto en que será aplicado. Este libro se basa en los estudios realizados a 312 restos humanos que datan de los siglos XVIII y XIX, conservados en la colección Eugène-François Vidocq en el museo de osteología de Montmort, Bourgogne.

Deswarte proponía examinar cuatro partes de la estructura ósea: la pelvis, las clavículas, el cráneo y la mandíbula. El antropólogo tendría que mirar cada conjunto de huesos para evaluar en él la existencia de ciertos rasgos. Luego estimaría un puntaje en una escala de 1 a 10, donde 1 quería decir que un rasgo estaba ausente y 10 que era muy marcado. Deswarte planteaba una ecuación en la que los puntajes hacían las veces de variables. Al final la ecuación permitía calcular qué porcentaje de cada sexo estaba presente en un cuerpo esquelétizado.

De las cuatro partes que indicaba la doctora yo conocía el paradero de tres. Eso reducía de manera importante la cantidad de variables disponibles, pero no hacía imposible la aplicación del método.

El sexo de un cuerpo se asocia casi siempre a su genitalidad y a sus funciones reproductivas. Aunque es cierto que la región pélvica puede revelar datos importantes, este estudio propone la ampliación de esa búsqueda. Durante el análisis de los restos de la

colección Vidocq nos encontramos con el caso del individuo L 244-1, fallecido alrededor de la segunda mitad del siglo XIX. El cuerpo tenía características óseas predominantemente masculinas, pero en su caja torácica se podían ver de forma clara los efectos del uso repetido de un corsé. Gracias a estudios complementarios, que se ocuparon de analizar los huesos de los pies del sujeto y su contexto social e histórico, se logró determinar que durante una gran parte de su vida había utilizado indumentaria femenina.

Algunos de los rasgos que tenía que evaluar no estaban ilustrados en ninguno de los ejemplos gráficos del libro. Los descarté porque no supe dónde buscarlos. No sabía dónde en ese cuerpo que parecía examinarme de vuelta estaban los procesos mastoideos o el plano oclusal. Para ninguno de esos lugares hay nombres cotidianos, tampoco nombres literarios. Son territorios que solo ha nombrado la medicina, regiones del mapa que solo el lenguaje clínico ha colonizado.

Unos pasos se anunciaron sobre el cemento del patio y llegaron hasta la entrada. Me alejé del cadáver por instinto, aunque no lo había tocado.

— ¿Cómo lo encuentra? — me preguntó un tipo joven, de overol azul y sin casco.

— No mucho mejor —dije.

Se quedó parado en la puerta. Desde allí miró los libros abiertos en el piso, el cuaderno tachado de números, los restos.

— No quiero molestarla, pero ya van a ser las dos. Este cuarto lo usan los obreros para cargar las carretillas.

Miré alrededor. El único bulto que había era el cadáver.

— Sobre todo cuando llueve —dijo él, anticipándose—. Ya vio que el cielo está cerrado. No sé si quiera volver otro día. De pronto la coge la tormenta.

Recogí mis cosas y me levanté. Entonces recordé la conversación que había tenido con mi tío el día que encontraron los restos.

— ¿Le importaría llamar al maestro de obra? —pregunté.

— Javier Molina, para servirle.

Lo miré bien.

— Tengo mala memoria para las caras, pero nunca había olvidado una en dos días — dije.

— Hubo un cambio de personal.

— ¿Solo en su cargo?

— También algunos obreros. Es un procedimiento de control de servicio de la constructora. Rutina.

Cuando salí de la casa no había nadie en el pasto. Bajé la cuesta hasta un lugar donde pudiera ver el río. Las zanjas que habían cavado a ambos lados del agua eran profundas. Había varios tubos con los que algunos hombres empezaban a armar un andamio. El obrero de bigote negro pasaba por la orilla con un balde en cada mano. Miró hacia la cuesta, donde yo estaba.

— Nos vemos el jueves —dijo.



Entré al salón veinte minutos después de que empezara la clase. Un muchacho, de pie bajo la luz azul del proyector, hablaba de una guerra en alguna parte. En la pantalla había fotos de hombres con fusiles.

La profesora estaba sentada en la primera fila. Era Beatriz Escobar, esa ensayista bogotana que escribió un libro en el que hacía un canon de la literatura colombiana. Al estilo de Harold Bloom, seleccionaba una lista de autores y obras que valía la pena leer entre todo lo que se había escrito en el territorio nacional desde los últimos años de la colonia hasta finales del siglo veinte. Algunos críticos habían reconocido en él un esfuerzo necesario por que solo las obras con el más alto valor estético permanecieran en la memoria. La mayoría de los profesores de la facultad había expresado su desacuerdo y había comentado que era una burla que su lista del canon tuviera solo seis páginas.

Llevaba veinte años jubilada pero todavía tomaba el curso que le asignaran. Poco a poco los profesores jóvenes habían ido reclamando las clases de historia y de teoría crítica que ella dictaba antes. Ese semestre solo había quedado a cargo del segundo grupo de trabajo de grado. La mitad de los estudiantes que habían inscrito la clase le tenían una admiración religiosa. Los demás habíamos llegado tarde para inscribirnos en el primer grupo.

Cuando el muchacho se sentó, Beatriz se puso las gafas y leyó un nombre de la lista. Nadie se levantó. Buscó otro nombre y volvió a llamar.

— Laura Rodríguez.

Me paré del puesto con la maleta todavía en la espalda. Beatriz cruzó los brazos mientras esperaba a que yo pusiera mi presentación en el computador. No había hecho una. Dejé la foto de los hombres con fusiles que ya estaba en la pantalla.

Beatriz revisó su libreta de apuntes.

— La clase pasada nos dijo que iba a estudiar la novela de folletín.

— Novela policial —dije.

— Por eso. ¿Estadounidense?

Era una suposición válida, pero me alegró no tener que darle la razón.

— Europea.

— ¿Inglesa?

— Nórdica.

Se quitó las gafas y me miró. Se daba cuenta del reto.

— Muy original. Díganos qué hay para estudiar en la novela policial nórdica.

Hablé de la historia que se repetía en varias novelas suecas e islandesas. Primero alguien descubre el cadáver. La policía llega a la escena con un equipo de investigadores científicos y un detective. Los científicos dicen que necesitan tiempo para sacar las conclusiones importantes y se demoran toda la novela en hacerlo. Mientras tanto el detective, que es un empleado del Estado, llama a la oficina de desaparecidos, a la oficina de migración, a la oficina de esto y la de lo otro también. Hace uso de todas las entidades del gobierno que están a su disposición. La novela dura lo que dura el papeleo. Trámites, certificados; ningún detective en la historia ha pasado tanto tiempo sentado esperando una llamada como Kurt Wallander y Erlendur Sveinsson. Al final el caso se resuelve por la magia de la burocracia.

Beatriz esperó a que yo dijera algo más. Después de un rato se recostó en el asiento y habló fuerte para despertar al salón.

— En primer lugar —dijo—, tendría que explicar de qué manera cabe el género policial en la academia. Acaso cabe Borges, pero Borges siempre es una excepción.

No pude evitar levantar una ceja.

— Además, usted habla de un mundo en el que las instituciones del Estado son capaces de hacer justicia. Nada más lejos de su contexto social. Yo le aconsejo que piense mejor su tema. Eso no le da para una tesis.

Un profesor abrió la puerta y dijo que necesitaba el salón. Beatriz miró su reloj y despachó la clase.

El camino de vuelta al pueblo fue tan largo como siempre. Desde el primer tramo de la carretera se podía ver la ciudad desplegada a los pies del cerro, desnuda ante la mirada de cualquiera. Por varios kilómetros hacia el horizonte se alcanzaban a reconocer todavía las avenidas, los callejones, los parques, las medianeras de los edificios, la gente que siempre tenía algo que hacer. En la ciudad todos eran presos y guardias al mismo tiempo, todos vigilantes y vigilados en una sabana infinita donde la vida estaba expuesta y no había dónde esconderse.

La carretera subía hasta la cima de la montaña y volvía a bajar del otro lado. Más allá del embalse estaba ese enredo de calles pavimentadas y casas cada vez más altas que recordaba todavía a la quietud vacía del campo. El pueblo siempre estaba demasiado lejos para los que no vivían en él. Detrás de la sombra protectora del cerro, parecía que estaba a salvo de la ley de la ciudad y de su ojo omnipresente.

Estacioné frente a una casa de tres pisos, a una cuadra de la Alcaldía Municipal. La Secretaría de Planeación quedaba en el segundo. Era una sala con piso de madera y mala iluminación donde habían arrinconado tres escritorios para que los empleados atendieran a la gente. Me senté en una silla plástica junto a la puerta. Un hombre con chaqueta de invierno subió las escaleras y se sentó en la silla que estaba a mi lado. El empleado detrás del escritorio de en medio lo vio y le hizo un gesto.

— Siga doctor. Ya le conseguí los planos.

El hombre de la chaqueta de invierno se levantó y pasó junto a un letrero que decía *Por favor tome un turno*. Debajo del letrero había un dispensador rojo sin tiquetes.

El nuevo maestro de obra había dicho que el cambio de personal era un procedimiento usual de la constructora. A mí me parecía una manera de solucionar un problema antes de que lo hubiera. Estaba casi segura de que los obreros a los que reemplazaron eran los mismos que tuvieron algo que ver con la mala exhumación. Me levanté y fui hacia un escritorio donde un funcionario de camisa azul miraba la pantalla del computador sin parpadear. Volteó para ver el reloj que estaba en la pared. Eran las 4:53.

— En un rato se acaba el horario de atención —me dijo.

Volví por la silla plástica y la puse frente al escritorio.

— Me gustaría saber el nombre de la empresa que está a cargo de una obra.

— Hay que mirar la licencia de construcción —contestó—. ¿Tiene la dirección del terreno?

— Kilómetro 12.4 en la Avenida Intermunicipal, lado este.

Escribió algo en el teclado y se quedó un rato moviendo el mouse. Después me miró.

— Usamos el internet público del Municipio —dijo.

El hombre de la chaqueta de invierno se levantó del escritorio de al lado. Lo escuché bajar las escaleras pero no pude verlo a través de la ventana cuando salió de la casa. Me pareció que el atuendo era un poco exagerado. Era cierto que llovía con frecuencia, pero no iba a caer una nevada en plena provincia del Guavio.

— ¿Está segura? —me dijo el funcionario cuando logró que el computador respondiera. No apartó la mirada de la pantalla y yo esperé hasta que decidió explicarse—. Esos terrenos están dentro del área de aislamiento hídrico. Están muy cerca del río. Ahí no se puede construir.

El funcionario giró el monitor para que yo pudiera ver el mapa. La zona urbana era una gota de tinta en la mitad de treinta siluetas verdes que parecían las piezas enormes de un rompecabezas. Eran las veredas. Cada una tenía cinco o seis veces el tamaño de ese gallinero alambrado de cables de energía que muchos pensaban que era todo el pueblo. Unos centímetros al norte del punto negro, a la derecha de la línea gris de la carretera, estaba el terreno de mis abuelos. No había nada en él, ninguna marca.

— Tal vez se equivocó de dirección —insistió el funcionario, que debió pensar que yo no había entendido nada—. ¿A nombre de quién está el proyecto?

— Daniel Vargas y Jaime Garcés.

Repitió su ritual de teclear y mover el mouse por unos minutos.

— Conjunto residencial —leyó al fin—. Kilómetro 12.4 en la Avenida Intermunicipal. Lado *oeste*. El terreno está sobre la montaña, a casi trescientos metros del río —. Su sonrisa quería decir que me perdonaba el error.

— Claro —sonreí también.

El funcionario siguió leyendo. Estoy segura de que dijo el nombre de la constructora. No lo escuché. Ya no importaba.

A la mañana siguiente mamá no fue a trabajar al colegio. Dijo que no se sentía bien. Había dejado de llover en la madrugada y el viento traía un olor a greda.

Me senté en el escritorio de mi cuarto. La ecuación era simple, bastaba con reemplazar los valores. Los resultados finales fueron $x = 0,22$ y $1 - x = 0,78$. Había un 22% de características masculinas en el cuerpo. Eso suponía una probabilidad del 78% de que los restos fueran de una mujer.

Me tomé un momento para sopesar esas cifras y la manera en la que había llegado a ellas. En principio, la ecuación ofrecía una precisión de 80% a 85% en la identificación del sexo de unos restos óseos. Al no poder estudiar la pelvis yo había perdido dos variables, dos más si contaba las partes que no supe dónde buscar. Si la doctora Deswarte tenía razón y la ausencia de una variable disminuía ese rango de precisión en un 5%, mi aplicación del método tenía una exactitud del 60%. Y si tomaba en cuenta la diferencia de contextos, tal vez solo era confiable en un 50%. La ecuación me daba la misma oportunidad de llegar a una verdad que lanzar una moneda.

Salí de casa a un pueblo despejado que hasta ahora se despertaba. Estaba dispuesta a creer en los resultados de la técnica de la doctora Deswarte mientras no encontrara algo mejor. En la maleta llevaba el libro de Ciro Antonio Cruz sobre el estudio de restos encontrados en zonas rurales. La introducción se llamaba «La República de Colombia y el crimen que engendra».

Desde tiempos remotos se dice que este país son dos países: el que imaginan las leyes y el que se vive a diario en los campos y ciudades. Ya en la Colonia era notable la tendencia de las gentes que aún no se llamaban colombianas hacia la desobediencia. Algunos pensaban que nuestra disposición natural para el incumplimiento de las normas sociales era una consecuencia de la configuración geográfica de la región. Mientras en las zonas elevadas de la Cordillera de los Andes se cometían sobre todo delitos de hurto, el Caribe y el litoral del Pacífico eran más propensos a los delitos de sangre. Los últimos vestigios de esta teoría se consumieron en el fuego del 9 de abril de 1948. La violencia que ha invadido al país en los últimos años no conoce diferencias entre la estepa del Casanare y los cerros del Tolima. La situación reclama un mejor esfuerzo por parte de los intelectuales para definir la identidad nacional y explicar su inherente vocación por el delito.

Una segunda hipótesis surgió hace más de cincuenta años como un intento de entender el crimen nacional. Carlos E. Putman la propuso en su Tratado práctico de medicina legal a

finales del siglo pasado y desde entonces solo se ha vuelto a retomar en el presente estudio. Allí Putman nos recuerda lo que hemos sabido siempre: que el origen del carácter de una nación está en la constitución de sus comunidades. La razón para el crimen es principalmente somática. La raza conquistadora vino a las Indias en exilio, remando en las galeras sórdidas de los barcos de reos. La sangre de los delincuentes españoles todavía corre por las venas del pueblo, mezclada con la sangre maliciosa del indígena, acostumbrado a la trampa, al engaño y al homicidio.

Los juristas y legisladores modernos deben saber que gobiernan un país que tiene una predisposición biológica al delito. Un hombre solo puede ser bueno hasta donde se lo permite su naturaleza. Donde acaba su capacidad de decisión moral debe empezar el control del Estado. Es necesario apretar las bridas de la sociedad y fortalecer los mecanismos de aislamiento, vigilancia y sanción. La medicina, de la mano la ley, tendrá algún día un valor incalculable al momento de diferenciar lo normal de lo patológico y al ciudadano del criminal.

El río rebosado andaba despacio, enredándose en las piedras antes de voltear y perderse detrás de la casa. Esta vez no había nadie cerca. Di la vuelta y entré por la puerta de atrás, que daba al cuarto saqueado que había sido la cocina. Sentados en bancos de madera y en baldes, tres obreros se tomaban el primer café del día.

— Muy cumplida —me dijo el de bigote negro.

— Y usted muy pendiente.

Me dejaron ir hasta la habitación principal sin decir nada. No se habían movido cuando volví a la cocina.

— ¿Dónde está? —pregunté. Ninguno de los tres parecía interesado.

— Es mejor que hable con el maestro —dijo el de bigote.

Bajé hasta la orilla. La tierra se había deslizado hacia el cauce durante la tormenta de esa noche. La zanja donde encontraron el cuerpo había desaparecido bajo el agua y el barro. El maestro no estaba por ninguna parte.

— ¿Ha visto al maestro de obra? —le pregunté a un muchacho que cortaba tablas con una sierra mecánica. Tenía una máscara de seguridad y yo apenas podía ver sus ojos.

— No ha llegado —gritó por encima del zumbido de la máquina.

Todo el mundo trabajaba. Los obreros chiflaban y se lanzaban cosas de un lado al otro del río.

— ¿Sabe qué pasó con el cadáver?

Señaló un punto lejano corriente abajo, casi donde empezaba la montaña. No vi nada allá sobre el pasto. Empecé a caminar por la orilla. El muchacho se acercó con la sierra en la mano. Di un paso atrás.

— No lo busque —dijo. Apagó la máquina y habló en voz baja—. Dieron la orden de volver a enterrarlo.

Mamá se despertó con la luz que entró por la puerta y le dio en la cara.

— ¿Has hablado con mi tío? —pregunté.

— Creo que me va a dar una migraña —dijo. Volví a cerrar la puerta. Las cortinas estaban corridas y el sol que pasaba a través de ellas teñía el cuarto de un rosado opaco.

— No contesta el celular —insistí—. ¿Me das el número del apartamento?

— Hace años que no paga el teléfono —dijo mamá y dio un bote en la cama.

Fui hasta la mesa de noche y abrí el primer cajón para buscar la agenda telefónica.

— ¿A dónde sales tanto últimamente? —me preguntó.

— Cosas de la universidad.

— ¿Estabas en la construcción?

Dejé el cajón abierto y me senté a los pies de la cama. Había sido ingenuo pensar que mamá no estaba al tanto.

— Un poco tarde para empezar a preocuparte —le dije.

— ¿Qué querías que hiciera?

— Algo.

— No voy a hablar así contigo.

Su boca se cerró con un silencio definitivo. Fue como si alguien hubiera desconectado el televisor en medio de la película. Mamá no estaba dispuesta a jugar el juego del juez y el acusado.

— No es la primera vez que alguien cambia una palabra en un papel —dijo—. Tampoco hay nada malo en despedir a unos empleados.

— Entonces no había razón para hacerlo parecer un despido de rutina.

— Esa decisión le ahorró a los obreros un proceso legal.

— Y también a mi tío. ¿Y los restos?

— No había una investigación en curso. Volver a enterrarlos no hacía ninguna diferencia.

La miré por un rato para intentar descifrar si ella creía en lo que estaba diciendo. Su rostro no me reveló nada.

— Quiere evitarse un problema con la ley que él no se buscó —dijo—. Solo hizo lo que haría cualquiera.

Un aire tibio se había estancado en el cuarto. Mamá no lloraba. Guardaba las lágrimas en los ojos y se le hinchaban los párpados, como ahora. Supe que no había dormido esa noche. Me miró de vuelta y pensé que tal vez ella también trataba de descifrarme. De pronto habló para contestar una pregunta que yo no le había hecho.

— El duelo es un ciclo. Cada tanto hay que volver a empezar.

Mamá y mi tío fueron niños en una época en la que había una sola ruta diaria para ir a la ciudad. Había un cine a quince minutos del pueblo, por el camino que llevaba hasta la fábrica de cemento. Estaba en el salón de juegos de un barrio obrero que tenía su propia escuela, su propio hospital y un comedor comunal. El complejo industrial quedaba en las faldas de un cerro que más arriba se convertía en páramo. Por las heladas que marchitaban las flores en la madrugada lo llamaban Siberia.

Todos los jueves al salir de clases los niños caminaban hasta el barrio obrero para ver la función de las tres. Proyectaban películas que habían sido populares décadas antes: historias de ladrones de bancos, de asesinos, de vaqueros o de monjes shaolín que permanecían en la imaginación de su público y decidían a qué se jugaba en los descansos. Siempre que no recibía una cinta nueva el proyccionista ponía *Testigo de cargo*, que tuvo a toda la escuela hablando de las piernas de Marlene Dietrich por muchos años.

Mamá iba a las funciones con una compañera de curso que se llamaba Carmen. A veces se quedaban a la película de las cinco y volvían al pueblo en la ruta de los trabajadores. Carmen vivía a dos cuadras de la plaza principal, en una casa blanca con un huerto grande donde sembraban papa y maíz. Era la tercera hija de Victoria Sánchez y Cristóbal Guerrero, una profesora de primaria y un agricultor que mandaba hacer sus trajes en la sastrería de mi abuelo.

El primer hijo del matrimonio había muerto a las pocas semanas de nacer por un problema respiratorio que nadie en el hospital pudo explicarse. El segundo hijo había enfermado de una malformación cardíaca cuando tenía tres años y había muerto un año después. Los médicos concluyeron que alguno de los padres era portador de una anomalía genética, tal vez ambos, y que lo más probable era que nunca tuvieran un hijo sano. Entonces Victoria ya estaba embarazada. Cuando Carmen nació sus padres pidieron que le hicieran todos los exámenes posibles para saber si iba a vivir. Unos días después se la llevaron a casa.

Mamá y Carmen se conocieron como se conocen los niños, en medio de un juego cualquiera que después las dos olvidaron. Cuando crecieron fue como si la otra siempre hubiera estado ahí. Recorrían el patio de la escuela buscando cucarrones y orugas para ponerlos en un cuaderno donde habían hecho su propio álbum de naturaleza muerta. Tenían un ritual que solo ocurría las raras veces en que atrapaban una mariposa: una de las dos le abría las alas sobre la página mientras la otra le enterraba un alfiler en la cabeza. Los insectos se secaban entre las hojas del cuaderno hasta convertirse en cáscaras grises. Algunos gusanos dejaban una mancha verde como una máscara mortuoria sobre el papel.

Carmen conocía la historia de sus hermanos. Sabía que era posible que ella también enfermara y había aprendido a reírse para soportarlo. Tenía el humor ácido ante su propia muerte que solo tienen los que se han acostumbrado a pensar en ella. Una noche, después de que mamá la invitara a cenar en casa, mamá y mi abuela la llevaron en el Renault 5 hasta su casa. En el camino Carmen les contó que la sequía había acabado con la cosecha que sus papás iban a vender ese año.

— ¿Y qué van a hacer en estos meses? —preguntó mi abuela.

— Tienen una plata ahorrada —contestó Carmen—. Era para mi universidad. De todas formas no iban a tener que gastarla.

Carmen soltó una carcajada. Mamá la conocía y se rio también. Mi abuela se quedó callada. Mamá dice que no entendió o tal vez no quiso entender.

Ese año Carmen empezó a tener vómitos. Después de meses de consultas y exámenes le diagnosticaron un problema gástrico. Tomó los medicamentos que le recetaron y no faltó un solo día a estudiar, pero nada cambió. En diciembre Victoria la llevó a un médico naturista que le recomendó tomar jugo de tomate y hacerse extirpar el apéndice.

La operaron al año siguiente. Carmen contó que al despertar de la cirugía una enfermera se le acercó y le dijo que el procedimiento había sido inútil. Habían descubierto que su sangre

contenía una sustancia tóxica que la envenenaba poco a poco. La sustancia había nacido con ella y durante toda su vida había trabajado de manera insidiosa dentro de su cuerpo. Mamá pensaba que era una alucinación provocada por la anestesia, pero Carmen estaba segura. Nadie pudo convencerla de otra cosa.

El mes en que cumplió dieciocho un médico le dijo que tenía cáncer de estómago. Ella rechazó el diagnóstico. Decía que necesitaba una transfusión que limpiara su cuerpo y se rehusó a hacerse una quimioterapia. Mamá la vio por última vez un viernes en clase. Se veía cansada pero no enferma. Esa tarde se fue caminando hasta su casa. Llevaba la maleta en la mano y las medias sucias de barro porque había estado persiguiendo una mariposa.

En la noche tuvo fiebres muy altas y sus papás la llevaron a Bogotá para hospitalizarla. Los médicos no dejaron que nadie se quedara en la habitación. Cristóbal y Victoria pasaron la noche despiertos dentro del carro en el parqueadero del sótano. Carmen murió en la madrugada.

El sábado en la tarde un coche fúnebre la llevó de vuelta al pueblo. El director de la funeraria pidió hablar con los padres mientras ellos firmaban el papeleo. Dijo que por una situación excepcional había que enterrar el cuerpo ese mismo día. Victoria preguntó cuál era la situación. El director contestó que el embalsamador estaba de vacaciones.

Ninguno de los padres había visto a su hija desde que la llevaron al hospital. Dijeron que su voluntad era velarla. El director se negó.

— Créanme, señores. Queremos ahorrarles una experiencia muy desagradable. La visión del cadáver en su estado natural puede perturbar el bienestar de los dolientes. Exhibir un cuerpo sin desinfectarlo también nos traería problemas serios de higiene. Incluso nuestro personal más experimentado tiene que respetar con el mayor rigor las medidas de seguridad. Cualquier tipo de contacto directo nos expondría a la contaminación. Sería poner en riesgo la salud pública.

De niña, Victoria había visto morir a su abuelo en su propia casa, en la misma cama en la que había dormido desde que se casó. Ese día la familia se reunió alrededor del cuerpo y su abuela quemó sándalo para ayudar al alma a llegar al cielo. Victoria había tomado la mano fría de su abuelo y había reconocido en ella la misma mano que arrancaba naranjas de los árboles y se las daba al desayuno. Tenía el olor de su abuelo y al ponerla sobre su mejilla supo que todavía era capaz de esa caricia compasiva con que él a veces la despedía. Al tercer día la abuela de Victoria había vestido a su esposo con sus mejores ropas y había hecho cavar

un hueco en el patio de la casa. Luego había puesto una cruz de palos sobre la tumba, que con el tiempo se había descompuesto y se había deshecho en la tierra.

Victoria dijo que iban a velar el cuerpo de Carmen sin embalsamarlo.

— Disculpe señora —contestó el director de la funeraria—, pero se trata de un requisito legal. No quisiera verme en la necesidad de involucrar al inspector de salud.

— Por favor, llame al inspector. Y de paso pídale que me muestre dónde está escrito que uno no puede llorar a sus muertos como se le dé la gana.

Cristóbal se fue a la casa a buscar un vestido para Carmen. Mamá no quiso que Victoria entrara sola a la morgue y se ofreció a ir con ella. Hasta entonces mamá solo había visto a los cadáveres tranquilos que descansaban en los ataúdes acolchados de las salas de velación. Pensaba que al morir todos los cuerpos tenían el mismo brillo de cera, la misma rigidez hermética que los hacía verse como si estuvieran flotando. Al entrar a la morgue supo que todo eso era una ilusión.

Carmen estaba tendida boca arriba sobre una camilla metálica. Tenía el cabello enredado tras la espalda y las manos apretadas en puños blancos a ambos lados del cuerpo. Solo la cubría una bata de hospital.

Nadie le había dicho a mamá que los ojos y la boca no se cerraban con la muerte. Una línea marrón cruzaba los ojos de Carmen de lado a lado. Las pupilas estaban cubiertas por una nube espesa. Sus labios se habían oscurecido por dentro y los separaba el espacio que quizás había ocupado el tubo de reanimación. Victoria le dio un masaje en los párpados para cerrárselos. Repitió el masaje en los músculos de la mandíbula. Luego enrolló una toalla y se la puso bajo el mentón.

Un empleado de la morgue entró con el vestido que había traído Cristóbal. Hasta hoy mamá no recuerda cuál era. Victoria soltó el nudo y abrió la bata. El cuerpo era el mismo que mamá había visto tantas veces cuando se bañaban juntas en el río. Parecía todavía más delgado, como si la piel se hubiera sumido en la carne. Una mancha azul empezaba a dibujarse a un lado del abdomen. Al darle la vuelta para quitarle la bata vieron que la espalda y las piernas de Carmen tenían el color del vino. Toda la sangre del cuerpo se había desplazado hacia abajo en una última marcha fúnebre.

Mamá recuerda que cuando pusieron a Carmen en el ataúd ella pensó que no parecía dormida. Parecía muerta. En los otros cadáveres que había visto la muerte estaba escondida, disimulada detrás de la apariencia del sueño. Entonces era lejana, incomprensible. El cuerpo

de Carmen en cambio tenía todas las marcas de la muerte. Sus tejidos habían empezado a devorarse a sí mismos, como si hicieran su propio duelo. No era un cadáver silencioso. Era un cadáver que se mostraba para decir que nadie estaba a salvo.

Mamá se había enfrentado una vez a la muerte sin máscara. Yo no tenía derecho a pedirle que lo hiciera de nuevo.



El aire del edificio estaba cargado de un olor a cloro y desinfectante. Yo era la única persona en el pasillo. Miré el reloj. En la silla junto a mí estaba la maleta llena de libros que no me habían servido para nada. En la tarde del día anterior, después de que mamá se tomara una aspirina y se volviera a dormir, yo había sacado las llaves del carro del cajón de su tocador. Faltaban pocos kilómetros para llegar a la ciudad cuando vi a una muchacha que hacía autostop al borde de la carretera. Miré los potreros desolados que rodeaban la vía, oscurecidos por el atardecer púrpura que empezaba a cerrar la montaña. Aumenté la velocidad.

En la biblioteca devolví los manuales de identificación de restos, la novela de Raymond Chandler y el álbum de fotos de asesinatos. Luego recorrí los anaqueles del piso de literatura en busca de algo con qué llenar el vacío. La investigación real se había vuelto imposible y yo tenía que volver a buscarla en los libros.

Llegué al puesto de información con una antología de relatos policiales bajo el brazo. Era una edición encuadernada de varios cuentos que se habían distribuido semanalmente en 1964 junto con la sección de pasatiempos del periódico. En la parte inferior de algunas páginas había fragmentos de crucigramas y gráficos que solucionaban problemas de ajedrez planteados en la publicación pasada.

La mayoría de los títulos en el índice me resultaban nuevos. Uno de los primeros en la lista estaba firmado por Jack Ritchie, que según su reseña biográfica había nacido en 1922 en Milwaukee, la misma ciudad donde unas décadas más tarde nacería Jeffrey Dahmer. El traductor del periódico había nombrado el cuento como *Falta el cadáver*. Tenía apenas seis páginas y lo leí mientras hacía la fila para registrar el préstamo.

Quien contaba la historia era un hombre de mediana edad llamado Mr. Warren. En las primeras líneas Mr. Warren le confesaba al lector que él era el asesino. Desde entonces

cualquier cosa que el narrador dijera se convertía en objeto de sospecha. Se me ocurrió que de todas formas un lector nunca podía conocer con certeza las intenciones de un narrador ni estar seguro de su honestidad. La trampa que le preparaba el narrador al lector era la misma que un asesino le preparaba a su víctima. La ficción y el acecho buscaban crear la ilusión de que la máscara que el impostor tenía puesta era su verdadero rostro.

También desde el principio el detective conseguía resolver el caso. Una mezcla de razón fría e intuición lo llevaba hacia una verdad más inventada por él mismo que descubierta. En ningún momento el detective veía al muerto. Al final, por la ausencia del cuerpo, la policía no podía inculpar al asesino.

Al pensar en eso di media vuelta. Subí las escaleras y me paré de nuevo frente a la colección de literatura criminalística. Tenía que existir un método de identificación que no necesitara de la presencia del cadáver.

Leí algunas contraportadas y tuve que hacer el recorrido varias veces para llevar todos los libros hasta la mesa. Había autores de todas las disciplinas: médicos, químicos, patólogos forenses. Cada uno proponía una técnica diferente. Un entomólogo colombiano llamado Juan Carlos Quintero describía un experimento que había hecho con un grupo de estudiantes en el 2012.

Un cerdo de veintidós kilogramos fue sacrificado con tres disparos de un revolver calibre 44. Se escogió a un cerdo como objeto de estudio por su conocida similitud fisiológica al hombre. En principio se pensó en emplear un cuerpo humano, pero el equipo investigador no pudo encontrar a una familia que quisiera donar uno después de conocer las características del experimento. El cadáver del animal se instaló en un área boscosa de los cerros orientales de Bogotá.

El objetivo de la investigación era estudiar las fases de la descomposición y su relación con la presencia de ciertos insectos. Se sabe que los zorros de monte y los gallinazos han sido capaces de convertir partes de un cuerpo en hueso en menos de un día. Para crear las condiciones adecuadas se levantó una malla de alambre alrededor del cerdo. Esta permitía el paso de los insectos pero impedía el acceso a otros carroñeros más grandes.

Las primeras en colonizar el cadáver fueron varias decenas de moscas adultas de la familia Calliphoridae. Al llegar plantaron sus huevos en los orificios del cuerpo, en principio la nariz, las orejas, la boca, los genitales y las heridas de proyectil en la frente. Al cabo de 48 horas el cadáver empezó a hincharse por la acumulación de gases de la putrefacción.

Permaneció en ese estado por trece días, hasta que la presión hizo que los tejidos reventaran. Quince especies de moscas de doce familias diferentes llegaron entonces al cuerpo y pusieron sus huevos en las cavidades internas. Los huevos de las primeras colonizadoras ya empezaban su etapa de larva y se alimentaban de la carne y las vísceras.

El cuerpo estuvo expuesto por cinco días, durante los cuales drenó la mayor parte de su volumen y su peso. En los períodos de exposición al sol la temperatura interna aumentó y algunas larvas tuvieron que salir a la superficie para evitar cocinarse adentro. El tejido que estaba en contacto con el suelo empezó a disolverse en un líquido fétido y oscuro. Esto se prolongó por cuarenta y un días, en los que varias especies de coleópteros y hormigas devoraron los tendones y los cartílagos. Algunos quilópodos y arácnidos llegaron para alimentarse de los demás insectos que habían ocupado el cadáver.

Al final de todo el proceso, que duró en total sesenta y un días, el animal se redujo a un esqueleto. Esto quiere decir que en promedio, en un ambiente boscoso a 10 °C de temperatura y a 2.600 metros de altura sobre el nivel del mar, un cerdo de veintidós kilogramos tarda dos meses en descomponerse.

Era muy poco tiempo. Fuera de las condiciones de laboratorio bastarían un par de semanas para que los buitres y los zorros dejaran un cuerpo sin carne. Si el entomólogo tenía razón, era posible que esa persona hubiera muerto apenas días antes de que los obreros la encontraran.

Pensé en los carteles que la gente ponía en la estación de buses del pueblo. *Se busca:* hombre de 1,70 de estatura, niña que vestía el uniforme del colegio, joven que salió a dar un paseo acompañado por un beagle que responde al nombre de Tony. Los veían por última vez en la puerta de su casa o en la plaza de mercado, caminando solos o subiéndose a un carro con placas de una ciudad desconocida. Dejaban camas destendidas, comida en la mesa, libros sin leer, cajones llenos de ropa que la familia conservaba por años o quemaba en una hoguera. Algunos se iban lejos, se perdían en el anonimato del campo y se volvían parte del suelo o del subsuelo de ese paisaje sin cédula. Con el tiempo ellos también se convertían en tierra sin identidad.

Mercedes Castaño, bióloga de la Universidad de los Andes, citaba un experimento similar al de Quintero. Lo había realizado David C. Hoffman en 1946 a las afueras de Salt Lake City, Utah. Hoffman había utilizado cuarenta y seis cadáveres de perros recogidos del incinerador de la ciudad. Todos excepto tres habían recibido inyecciones de estricnina. A dos

los habían atropellado y uno había muerto ahorcado. No supe si fue Hoffman o Castaño quien tomó la decisión de no contar la historia de esa muerte violenta. Estaba claro que un artículo científico no permitía digresiones que le restaran credibilidad al estudio. Aun así, no era razón suficiente para robarle al lector la continuidad de un misterio. El afán de objetividad no hacía más que quitarle posibilidades a la escritura.

Cada perro pesaba entre siete y trece kilogramos. Algunos cadáveres se habían instalado en pastizales, otros en pantanos, otros en montañas y unos pocos sobre piedras expuestas al sol. Castaño decía que según las estaciones los cuerpos habían tardado un mínimo de trece días y un máximo de ciento cincuenta días en esqueletizarse.

En todos los casos el esqueleto se conservó después del final del experimento. Esto llevó a Hoffman y a sus investigadores a preguntarse si la estructura ósea de un cuerpo se descompone. En los documentos del estudio Hoffman concluye que no, pero lo cierto es que depende de dónde esté. Varios casos policiales han demostrado que los huesos se destruyen si permanecen enterrados el tiempo suficiente en un suelo que contenga aluminio en cantidades tóxicas. Hay que señalar, sin embargo, que esa situación es muy rara. Por lo general el hueso perdura porque la mayoría de sus componentes son materia inorgánica. Prueba de esto es que se han encontrado fragmentos óseos de más de tres millones de años de antigüedad, como el homínido Lucy.

Poco después de las ocho de la noche el celador entró a la sala de lectura y empezó a cerrar una a una las persianas. Recogí los libros que tenía en la mesa y los llevé a casa. Casi a la medianoche me di cuenta de que era inútil seguir buscando. El rango de tiempo era demasiado amplio. Según algunos autores, como Castaño, era posible que los obreros hubieran encontrado a uno de los primeros hombres que poblaron los Andes en el Pleistoceno.

Busqué el directorio de profesores de medicina en la página de internet de la universidad. Había decenas de fotos y biografías bajo el título de cada departamento. Casi al final, después de todas las especialidades quirúrgicas, unas letras negras en una caligrafía genérica anunciaban el Departamento de Medicina Legal. Abajo había un solo nombre.

Me levanté temprano a la mañana siguiente. La secretaria de la Facultad de Medicina, que había llegado unos minutos antes que yo, me devolvió el saludo con una sonrisa que no era para nadie. Me dio un número de salón y un horario. Tuve el tiempo suficiente para perderme en el pabellón de laboratorios y dar una vuelta innecesaria hasta encontrar un

edificio de salones blancos. Ahora esperaba a que fueran las ocho, sentada en el pasillo aséptico junto a una maleta llena de libros de ciencia que no me habían revelado ninguna verdad.

La profesora llegó a las siete y cincuenta. Se llamaba Isabel Cárdenas y los viernes dictaba la clase de Análisis de la escena y procedimientos periciales. Era más alta de lo que parecía en la foto y más joven de lo que dejaban suponer los títulos en su currículum. Pasó frente a mí con la mirada en el piso y el celular al oído. Una oleada asfixiante de perfume floral me golpeó como el viento que deja el paso de un camión.

Al entrar al salón colgó la llamada sin despedirse y dejó su abrigo sobre el escritorio.

— La clase de inmunología es en el salón de al lado —dijo cuando me vio parada en la puerta.

— Gracias, pero no estudio medicina.

Se me quedó mirando como si yo fuera una delirante que se había perdido en el mundo de los cuerdos.

— Soy estudiante de literatura —dije—. Vengo a buscar ayuda para una investigación.

— ¿Literatura? —preguntó ella aunque había escuchado bien.

Dos estudiantes pasaron al lado mío y se sentaron en los puestos del fondo. Eran las ocho y diez.

— Sería la primera vez que me consultan para algo así —dijo Isabel—. No sé si puedo ayudarle.

— Solo tengo unas pocas preguntas.

— Puede hacérmelas a la salida.

Volví al pasillo donde había estado esperando. Un grupo de estudiantes llegó casi a las ocho y veinte. Cuando la profesora fue hasta la puerta para cerrarla me puse de pie.

— ¿Le importa si me quedo? — pregunté.

Volvió a mirarme, esta vez como si quisiera identificarme en una fila de sospechosos. Se fijó en las correas de mi maleta, donde yo no había colgado el carnet de la universidad como solían hacerlo otros estudiantes.

— Tal vez las preguntas queden resueltas con la clase —dije. Era mi costumbre insistir.

No hubo respuesta. Di un paso atrás para volver al pasillo. Todavía sin decir nada, Isabel se hizo a un lado para dejarme entrar.

Había apagado las luces para que los estudiantes pudieran ver las proyecciones en la pantalla. Aún en la oscuridad noté que no había más de diez puestos ocupados en un salón para cien personas. Me senté en la primera fila.

— ¿Cómo les fue con la tarea? —dijo Isabel—. ¿Quién me dice cómo murió la mujer?

Un muchacho que estaba sentado en una esquina levantó la mano.

— La estrangularon —dijo.

— Muy bien César. ¿Cómo sabe?

— El análisis del laboratorio. Encontraron petequias en la piel del rostro y en los ojos.

Isabel fue hasta el escritorio y anotó algo en la lista de asistencia. Luego se sentó frente al computador y empezó a pasar diapositivas. Presentó un caso nuevo. Se trataba de un joven que había aparecido muerto en su casa en Galicia, España. Una foto de la escena como la había encontrado la Policía Judicial llenaba toda la pantalla.

El hombre estaba tendido en el suelo de su cuarto. No debía tener más de treinta años. Varias manchas de sangre cubrían la pared junto a él y se escurrían de vuelta hasta el cuerpo. La cara y los brazos del hombre estaban teñidos de sangre seca. En el piso había un charco espeso que había empapado un par de zapatos y había continuado su expansión silenciosa debajo del armario.

La cabeza del hombre estaba apoyada sobre algo que podía ser una chaqueta impermeable o una maleta de campamento. Estaba echada hacia atrás, como si sus ojos reseco buscaran algo en el techo. La boca estaba abierta de una forma que solo era posible si la mandíbula estaba rota. Bajo el mentón estaba la herida que sin duda lo había matado. Era un orificio de al menos tres centímetros de diámetro, de un rojo brillante como una granada abierta. A través de él se podía ver un trozo mutilado de la lengua. Detrás de los jirones de carne se veía también el paladar salpicado de coágulos negros. Junto a los pies del hombre había una escopeta de caza. La policía no había encontrado ningún cartucho vacío en la escena.

Yo había visto cadáveres antes. Más en los libros y en las pantallas que en la vida, pero en todo caso había visto más que la mayoría de la gente. Sabía por experiencia que no todo el mundo sentía esa misma atracción culpable por las imágenes violentas, o al menos no del mismo modo. A los niños les encantaba escuchar cuentos de tripas y de sangre, pero casi todos los abandonaban al crecer. Yo nunca había acabado de entender esa curiosidad que hacía que los relatos de lo cruento fueran para mí un placer deliberado. Estaba segura, sin

embargo, de que no era la única. Los escritores, los productores de cine y los periodistas se hacían fortunas vendiendo historias que pocos querrían protagonizar. A veces pensaba que esas imágenes crudas atraían porque le prometían al espectador una ilusión de superioridad. Eran lo más cercano a la experiencia de ser inmortal, la única oportunidad de ver la muerte de primera mano y sobrevivirla.

Cuando la foto del hombre apareció en la pantalla sentí la necesidad de respirar más hondo de lo que permitían mis pulmones. Me obligué a mirarla. No era mi voluntad sino una reacción de mis vísceras la que me lo impedía. Poco a poco la imagen se fue volviendo inofensiva, todavía incomprendible pero cada vez más familiar, hasta convertirse en un dolor conocido. Solo cuando la profesora pasó la diapositiva noté las marcas pálidas de mis uñas en la palma de mi mano.

Isabel les dijo a sus estudiantes que debían revisar las fotos de la escena, el acta del levantamiento y los resultados del examen del antropólogo forense.

— Esta tarde van a recibir los documentos del caso en sus correos. Tienen que resolver si fue un suicido o un homicidio.

Un estudiante levantó la mano y le pidió a la profesora que no dejara más tarea.

— Ya tenemos la lectura de Ressler para la otra semana. Podemos estudiar este caso en el examen final.

Los demás secundaron con un coro. Me di cuenta de que para ellos era un trabajo como cualquier otro. La gente se moría todo el tiempo y tal vez un caso de cada cien permitía una investigación interesante. Lo demás era llenar papeles, ir al juzgado, recoger cuerpos y meterlos en bolsas.

Isabel repitió la tarea y los estudiantes guardaron sus cuadernos sin protestar. Cuando todos salieron el salón permaneció tan callado como antes. Miré los puestos vacíos a mi alrededor.

— Los médicos que quieren lidiar con la muerte son muy pocos —me dijo Isabel mientras se ponía el abrigo—. Casi todos escogen su profesión por amor a la vida.

Caminamos por el pasillo blanco hacia las escaleras. Algunos estudiantes se habían sentado afuera del salón y esperaban a la siguiente clase. No hablaban de nada que no se hablara también en los pasillos de otras facultades. Me pregunté si había algo que los hiciera distintos. Cada día para ellos era una nueva experiencia de la podredumbre, de la destrucción de los cuerpos, de lo irreparable. Quizás los forenses eran los que menos disfrutaban de la

capacidad que tienen los hombres de olvidar su propia muerte. Isabel decía que sus estudiantes debían prepararse para el encuentro con el sufrimiento de los demás.

— Son ellos los que les dan las noticias a los familiares. Los que abren el cuerpo del hijo con un escalpelo y después le informan a la madre los resultados de la autopsia.

Nos sentamos en una mesa de la cafetería del primer piso. Le pregunté de qué manera era posible prepararse para algo así.

— A veces yo también me lo pregunto —dijo—. En una ocasión vi llorar a un doctor que tenía más de treinta años de experiencia en las morgues. Había recibido los restos tan desfigurados de un niño que solo pudo identificarlos con un análisis de ADN. Es posible ser indiferente, pero al final es uno quien decide no perder la compasión.

Según Isabel, los médicos no se volvían insensibles, como solía decir la gente de otras profesiones. Muchos mantenían la convicción de que valía la pena proteger la vida de los demás. También los médicos legales investigaban con la esperanza de que un día vivir con otros fuera posible. Lo cierto era que debían desarrollar algunas inmunidades para poder hacer su trabajo.

Tenían que habituarse cada vez más al dolor, a los fluidos, a los olores, a la carne. Era un proceso sistemático que requería de esfuerzo y de voluntad. No era lineal y, de hecho, estaba lleno de retrocesos. Había que tener una intención clara y repetírsela a uno mismo cada vez que le volviera a temblar la mano al enterrar una aguja en el brazo de alguien más.

Me contó que, por profesión, las tasas de suicidio más altas las tenían los médicos. Eso no tenía que ver solo con la rivalidad y el egoísmo que abundaban en el oficio. En algún momento todos pensábamos en matarnos, pero hacía falta algo más que intención para llevarlo a cabo.

— Los médicos son más capaces que otros de dar el paso. Su trabajo les ha enseñado a tener menos asco, igual que al empleado que limpia los baños de este edificio. Tienen la misma resistencia al miedo que tiene un celador. No es algo con lo que se nace. Es algo que se adquiere después de tomar la decisión de perder algunos escrúpulos. Por eso al momento de cortarse las venas un médico va a tener menos reparos.

Dijo que unos años antes había sido alumna en la Melbourne Medical School. Había participado en un proyecto de maestría que estudiaba la amígdala y la ínsula de varios cerebros de gente muerta.

— Son algunas de las áreas que producen y almacenan las respuestas emocionales — explicó.

Seleccionaron cerebros de hombres y mujeres que habían sido cardiólogos, cirujanos, enfermeros y forenses. El experimento concluyó que los conjuntos de neuronas asociados a la empatía tenían un funcionamiento medio o bajo en dos tercios de los sujetos estudiados. Al parecer ese resultado tenía una relación directa con las prácticas diarias que los sujetos habían mantenido en vida.

En muchas situaciones los médicos no necesitaban de la empatía. Por el contrario, el hecho de sentirse afectados por el dolor emocional o físico de otro, algunas veces hasta el punto de compartir ese dolor, podía ser un obstáculo en el camino de lo que querían hacer. Un oncólogo, por ejemplo, no tendría la fuerza suficiente para permanecer en su oficio si entrara en duelo tras la muerte de cada uno de sus pacientes terminales. A nivel práctico, incluso, había que ignorar en gran parte el dolor de un quemado para poder cambiarle los vendajes. Después de muchas situaciones que les exigían perder un poco de compasión para lograr algo, los cuerpos cerebrales de los sujetos llegaban a modificar sus estructuras para permitir que su reacción fuera diferente. En la mayoría de los casos los doctores acababan por eliminar en su trabajo la culpa y el arrepentimiento que sentirían si le causaran dolor físico a alguien fuera de los espacios clínicos.

Casi todos ellos habían conseguido reducir una respuesta química de sus cuerpos a través de un comportamiento repetitivo. El estudio sugería que si alguien se esforzaba de manera voluntaria por dejar de hacer propia la experiencia sensible de los demás, y si lograba hacerlo durante un tiempo suficiente, su cerebro empezaría a incorporar esa característica en su constitución física. Era poco probable, sin embargo, que alguien lograra bloquear por completo esa capacidad. En todo caso los sujetos habían mantenido un contacto cercano con sus amigos y sus familias. Casi todos habían tenido parejas y sin duda todos eran capaces de amar. Acaso era una especie de supresión temporal, se preguntaron los estudiantes, como si al entrar al consultorio los doctores tomaran su capacidad de reconocer a los otros y la encerraran en una jaula para ratones. Al final, por falta de tiempo, el estudio no abordó la pregunta de si era posible recorrer el mismo camino en sentido opuesto.

Me quedé callada, absorta en calcular las implicaciones de todo lo que había dicho Isabel.

— ¿Sobre qué son las preguntas? —dijo.

— Quiero saber lo básico sobre el proceso de la descomposición de un cuerpo.

— ¿Para qué necesita una estudiante de literatura saber sobre descomposición de cadáveres?

Isabel tenía un puesto de medio tiempo en el Instituto de Medicina Legal. Era investigadora académica de la Escuela de Ciencias Forenses, o al menos eso decía su reseña biográfica en la página de la universidad. La función del Instituto era servir como soporte científico a las entidades judiciales del país, ante todo la Fiscalía y la Policía Judicial. Por primera vez desconfió de ella. Pensé bien mi respuesta.

— Le sorprendería todo lo que un escritor tiene que aprender —dije al fin.

— ¿Está escribiendo un cuento?

— Se parece más a una novela. Hay un muerto, una investigación.

— Una novela policial.

— Algo por el estilo.

— ¿Sabe? Todos los autores de policial deberían consultar a un médico legal alguna vez. Así no saldrían con tantas idioteces. Cualquier principiante que haya leído un manual barato de balística sabe que una bala de hielo no se puede disparar. Se derrite con el calor del arma.

Sonreí.

— ¿Quién es su detective? —preguntó.

— Una estudiante de literatura —. Me asombró mi falta de creatividad.

— ¿Una estudiante de literatura con un conocimiento avanzado sobre descomposición de cadáveres?

— Ya no quedan muchos detectives de los viejos—dije—, de los que encontraban la verdad y hacían justicia solos, sin ayuda. Tal vez en algún momento mi personaje encuentra a un aliado en la investigación que es un forense.

— ¿Qué tal le resulta eso de basar personajes en personas reales?

— No me va tan mal.

— Le dejo que me ponga en su novela con una condición: que escriba que yo resolví el caso.

Esta vez fue ella quien sonrió.

Miró su reloj de pulso, que parecía andar un poco más rápido que los demás.

— Tengo diez minutos —dijo—. ¿Cómo empieza la historia?

— Unos obreros que excavan en una construcción encuentran fragmentos de un esqueleto. La detective quiere saber cuánto tiempo ha pasado desde que murió la persona.

— A eso le llamamos el intervalo post mortem. Tal vez la técnica menos confiable es deducirlo a partir del estado del cuerpo. Cualquier cosa altera el proceso de descomposición. Hay que tener en cuenta todos los aspectos del contexto. Un niño pequeño se descompone más rápido, por ejemplo. También alguien obeso, según dónde esté distribuida la grasa. La putrefacción se acelera en climas calientes y todavía más si hay acciones humanas, como quemar los restos, disolverlos en ácido, desmembrarlos...

— ¿Por dónde empiezo?

— ¿Qué tan conservado está el esqueleto?

La explicación se me atoró en la garganta. No sabía hablar el idioma necesario para describirle el estado de los restos a un médico.

— ¿Como el modelo plástico de un laboratorio o como un jarrón del año tres mil antes de Cristo? —dijo ella para ayudarme.

— Como el modelo de laboratorio después de varios golpes de martillo.

— ¿Qué le hizo el asesino?

— Todavía no sé si fue un asesinato.

— ¿Una novela policial sin asesinato?

— No dije que no haya ocurrido.

— ¿El autor no debería tener la respuesta al misterio?

— No siempre se tiene esa ventaja.

— Descríbame la escena.

Describí la casa de mis abuelos como si fuera un lugar que yo había imaginado: el valle que nace junto a la montaña, las paredes blancas ya resquebrajadas, la cuesta que baja hasta el cauce de un río gris y helado. Le conté la historia del descubrimiento, la intervención de los obreros y la mala exhumación. Traté de mostrarle el cuerpo muerto con palabras.

— ¿Había objetos alrededor de la fosa? —preguntó.

— Solo unas cuerdas. Tenían nudos de amarrar ganado.

— ¿Hay ganado cerca?

— Hay pocas casas pero varios lotes donde la gente deja sus vacas.

— ¿Había vegetación en la zanja donde encontraron el cuerpo?

— Pasto. Había crecido entre los huesos y las raíces se habían alojado dentro del cráneo.

Isabel asintió en silencio.

— Eso quiere decir que los restos estuvieron enterrados un buen tiempo. En las primeras semanas, cuando el cuerpo empieza a segregar fluidos, la vegetación muere. El suelo se envenena con el amoníaco de la descomposición. Una vez un colega me contó la anécdota de un condenado a muerte que en su última cena pidió una sola aceituna con hueso. Se la pasó entera. Creía que cuando lo enterrarán un árbol de olivo iba a germinar desde su cuerpo. Por supuesto, eso nunca pasó. Ya ve por qué es tan importante consultar a un forense.

» Varios meses después el cadáver actúa como abono. Crecen plantas nuevas pero distintas a las del entorno, porque la composición química de la tierra ha cambiado. Le toma al suelo uno o dos años volver a regularse.

— ¿Cree que alguien lo enterró ahí?

— No tiene sentido. ¿Usted enterraría algo en un lugar donde el agua lo puede desenterrar al día siguiente?

— Es un mito que los criminales sean particularmente inteligentes.

— Tiene razón, pero alguien estúpido al menos teme que lo capturen. No descarto nada, pero lo más probable es que no haya sido un entierro antrópico.

— ¿Entonces cómo terminó enterrado?

— Pudo ser un entierro accidental. El agua se lo llevó y quedó sepultado en el barro.

— Suena como algo sacado de un cuento de Agatha Christie. Todo pasó sin errores, como tenía que pasar. Un milímetro a la derecha, el río se lleva el cuerpo y nadie nunca lo encuentra.

— Las ventajas de la literatura —dijo ella—. Los hechos pueden ser exactos hasta el absurdo.

— ¿Eso quiere decir que alguien lanzó el cuerpo al río?

— O lo abandonó a la orilla. En todo caso, el cuerpo se enterró fresco o al poco tiempo de empezar la descomposición. Si hubieran sido solo huesos sin carne no se habrían encontrado tan juntos.

— ¿Y las partes que faltan?

— Puede haber muchas causas. La acción de un hombre, como le dije antes. La misma corriente del río. También la acción de la fauna si el cuerpo estuvo un tiempo expuesto en la orilla. La lesión del brazo es una fractura post mortem. Las fracturas en los huesos vivos terminan en una punta afilada y casi siempre se astillan. Pudo ser un lobo.

— No hay lobos en el páramo.

— Entonces un perro.

Isabel hizo los cálculos en voz alta. La persona murió, pasó unos días a la intemperie, el río se la llevó y la sepultó en la orilla. La vegetación se marchitó, luego crecieron plantas nuevas y el suelo acabó por retomar su estado normal.

— Me parece que el intervalo mínimo de tiempo son dos años. Lo más pronto que pudo morir esa persona fue en el 2015. El intervalo máximo es alrededor de 1992, y lo más probable es que sea una exageración. No creo que el cuerpo haya podido permanecer ahí más de veinticinco años. En una zona lluviosa tan cerca de un río es muy difícil que una creciente no lo haya arrastrado.

— ¿Por qué alguien abandonaría el cadáver a la orilla? —pregunté.

— De eso se encarga un perfilador criminal.

Volvió a mirar su reloj de pulso y dijo que se hacía tarde. Era media hora de viaje hasta el anfiteatro. Sacó un frasquito azul traslúcido de su bolso y se echó más perfume en el cuello y en la ropa. Al mirarme notó que yo volteaba la cara para respirar el aire fresco. Soltó una risa que no parecía suya.

— Es mejor que el olor a muerto —dijo.



Pasé la tarde del día siguiente sentada junto al teléfono. Cada vez que el buzón de voz repetía su mantra mecánico yo colgaba la llamada y hacía una nueva. Mamá tampoco sabía nada de mi tío desde el jueves, cuando nos enteramos de que había dado la orden de enterrar los restos.

En la noche descargué un documento de trescientas páginas del sitio web del Ministerio de Medioambiente. El texto explicaba en detalle las normas de construcción relacionadas con la preservación ecológica en el departamento. Un apartado de la sección titulada «Restricciones» decía, en resumen, que en los terrenos del área de aislamiento hídrico no se podía hacer nada.

Las razones para la prohibición eran varias. Por un lado estaba la conservación de los ríos. El río Teusacá era una de las fuentes que abastecía al Embalse, una reserva de 71 millones de metros cúbicos de donde Bogotá sacaba el 85% de su agua potable. La

construcción en una zona cercana al río arrojaría lodo y arenas al cauce. Eso sin tener en cuenta que, cuando el condominio estuviera terminado, los desechos de las personas que vivieran allí también irían a parar al agua. Por otro lado estaba la protección de las estructuras. El área que bordeaba al río era vulnerable a las inundaciones. Mis abuelos habían tenido que comprobarlo varias veces.

La casa del río se había construido mucho antes de que las leyes de conservación ambiental existieran. Cuando mis abuelos decidieron volver a su pueblo natal, mamá y mi tío pusieron anuncios en los periódicos. Había sido imposible encontrar inquilinos, mucho menos compradores. La casa necesitaba demasiado trabajo para las pocas comodidades que ofrecía. Había que encerar los pisos de madera cada semana porque la humedad erosionaba las tablas. Cada dos meses había que volver a resanar las grietas de las paredes para que no entrara la brisa. Mis abuelos hacían el trabajo porque de otra manera la casa se caía. Tenía estufa de carbón y lavadero manual y nadie estaba dispuesto a gastar el dinero necesario para modernizarla. La ley también prohibía sembrar porque el cultivo alteraba la estabilidad del suelo. El terreno no era un bien sino un estorbo. Solo servía para poner las vacas a pastar.

El último apartado del texto explicaba el procedimiento que debían seguir las instituciones locales si un ciudadano no respetaba las leyes de uso de suelo. Tan pronto recibiera una queja, la Secretaría de Planeación debía transmitirla a un asesor jurídico. Este se encargaría de frenar los procesos de construcción que estuvieran en marcha. Si consideraba que el proyecto causaba un daño serio al ambiente, el asesor podía ordenar que se demoliera la estructura edificada hasta entonces. Eso quería decir que, en el mejor de los casos, se perderían todos los dineros de la inversión.

Mi tío y su abogado habían movido la dirección de la casa algunos cientos de metros al oeste en los expedientes oficiales. Una lectura tediosa de la edición vieja del Código Penal que mamá guardaba en el estudio me reveló que esa acción tenía sus propias consecuencias. Según un artículo escrito en el lenguaje rancio de la ley, incluir información falsa en un documento privado podía resultar en una sentencia de uno a nueve años de cárcel.

Yo sabía que esa manipulación de las coordenadas del terreno no podía ser legal. Aun así, se trataba de mi tío. Los tipos como él no iban presos. Acaso les ponían una multa si alguna vez los descubrían. Mi tío no había dejado de ser el hombre que llevaba la ensalada a los almuerzos familiares. Era el mismo que de vez en cuando fumaba cigarrillos sin filtro porque le hacían pensar en las tardes que pasaba en la sastrería cuando era pequeño, sentado

en el mesón de madera mientras mi abuelo cortaba telas con un Piel Roja encendido en los labios y el radio a todo volumen. Mi tío no era un criminal. Era un tipo cualquiera que a veces tomaba malas decisiones.

De seguro había hecho falta mucho más que cambiar una palabra en la licencia de construcción para conseguir que el proyecto fuera posible. Por ejemplo, ¿de qué manera habían evitado las inspecciones de la Corporación Regional, que vigilaba el cumplimiento de las leyes ambientales? Y si alguien los denunciaba, ¿qué harían para que la queja acabara en la caneca de la basura y no en la mesa de un juzgado? Lo más probable era que mi tío también se hubiera hecho esas preguntas al tomar la decisión de seguir adelante con la obra. Algo me decía que era el abogado quien conocía las respuestas.

En la página de internet de la firma de abogados Holguín y Umaña había apenas un párrafo de información sobre Jaime Humberto Garcés. No decía nada importante. Había ingresado como asociado a la compañía en el 2010, después de un año de dirigir una firma independiente. Ejercía el derecho desde 1988 y se había titulado como penalista en la misma universidad donde yo estudiaba. Con respecto a su trayectoria, el sitio se limitaba a decir que en la última década había prestado asesoría en casos de importancia nacional en el departamento de Caldas.

La página web de un semanario de Manizales no mostró ningún resultado cuando escribí el nombre completo del abogado en el recuadro de búsqueda. Tampoco el nombre de su antigua firma, Garcés Mejía y Asociados, me dirigió a ninguna noticia. Sospechaba que «caso de importancia nacional» quería decir escándalo, así que busqué entre los artículos judiciales más leídos de cada año desde el 2007.

A mediados del 2008 el semanario había cubierto la historia de un juicio célebre. Los periodistas lo habían bautizado como el caso Santamaría. Mauricio Santamaría era un hombre de cincuenta y dos años que había ocupado el puesto de gobernador de Caldas de 2004 a 2006. La presión pública lo había obligado a abandonar el cargo un año antes de que terminara su período de gobierno. Las cartas que pedían su renuncia habían empezado a llegar a su despacho luego de que los medios nacionales difundieran un documento que lo acusaba de conspiración. Se trataba de un acta de una página que dejaba constancia de una reunión en el municipio de Riosucio, Caldas. Al final la firma de Santamaría aparecía junto a la firma del comandante del Bloque del Sureste Antioqueño de las Autodefensas.

Los periódicos y los canales de noticias sumaron el nombre de Santamaría a otros tantos que se habían ido anunciando por esos días. En los meses precedentes al menos sesenta personas con alguna influencia en la vida pública habían sido acusadas de colaborar con los ejércitos ilegales de extrema derecha. Tiempo después se comprobó que todos ellos habían participado en un pacto secreto que prometía refundar la patria con las armas. Algunos se habían unido porque creían, como mucha gente, que el camino a un país soñado debía pavimentarse con cadáveres. La gran mayoría, sin embargo, se había aliado a cambio de un cargo político o de la promesa de uno.

Los paramilitares solían rodear los pueblos antes de entrar para estar seguros de que nadie pudiera irse. Llegaban en la madrugada, sacaban a la gente de sus casas y empezaban a llamar nombres de una lista. Cada misión debía mostrar algún resultado, de manera que si no tenían una lista escogían gente al azar. Luego llevaban a los escogidos al lugar que hubieran dispuesto como patio de sacrificio, tal vez la cancha de fútbol o el matadero del pueblo. Llevaban machetes, sogas, piedras, palos y las propias manos. Muchas veces no se disparaba un solo tiro. Antes de irse incendiaban el pueblo para que otros ejércitos no pudieran tomarlo. Quemaban las casas y las iglesias, las tiendas y los talleres, los cultivos y los animales. Para los vivos no quedaba más que ceniza negra.

El semanario publicó varias cartas de los lectores que decían que el pacto era apenas otra forma de las mismas infamias a las que los gobernantes ya los tenían acostumbrados. Ninguna de las cartas ponía en duda los motivos de los soldados ni de los políticos. Un lector decía:

Está claro que los del monte y los de la oficina actuaron en pos de un falso sentido de justicia. Pero sobre todo está claro que actuaron por avaricia y deseo de poder. Son estos los impulsos más bajos de la raza humana, la prueba de su naturaleza vulgar. A fin de cuentas, ¿qué es el hombre si no un animal codicioso?

El proceso judicial en contra de Santamaría se había detenido en una investigación preliminar. Según el semanario, los expertos no habían podido comprobar la autenticidad del documento. En abril de 2008, cuando ya todo se había olvidado y el pueblo colombiano había reelegido a su presidente, un campesino de Riosucio encontró el cadáver de Arturo Roble en un potrero. Estaba a un kilómetro de su propia casa. Llevaba la misma camisa que se había puesto una semana atrás, cuando les dijo a sus tres hijas que saldría a encontrarse con un amigo. Tenía dos disparos de contacto en el rostro.

Arturo Roble era el alcalde del pueblo donde había vivido toda su vida. También era el hombre que le había entregado a la Fiscalía el documento que relacionaba a Santamaría con un bloque de las Autodefensas. Casi un mes después de que se encontrara su cuerpo, la fiscal seccional de Manizales ordenó el arresto preventivo de Santamaría por ser sospechoso de ordenar el asesinato del alcalde. Las evidencias que habían llevado a la acusación no se hicieron públicas.

El encargado de la redacción política decía que el Estado había asignado a un abogado de oficio para la defensa. En el mismo artículo había una foto del ingreso de Santamaría a la cárcel La Blanca de Manizales. Santamaría aparecía encorvado, con la mirada entre los zapatos, sin levantar la cara por temor a encontrarse con el ojo de la cámara. Junto a él se veía de manera clara a Jaime Garcés, que levantaba un brazo para alejar a los fotógrafos y llevaba bajo el otro los papeles del caso.

El último artículo reportaba que Santamaría había quedado en libertad tras cuatro meses de cárcel. Todo indicaba que su abogado había demorado el proceso hasta conseguir que se vencieran los términos de la acusación. El redactor contaba que el equipo informativo del semanario había esperado toda la tarde frente a la cárcel para conseguir una declaración de Santamaría. Cuando al fin salió por una puerta de rejas azules, vestido con una camiseta blanca y un jean viejo, Santamaría empezó a caminar sin contestar a las preguntas de los periodistas. Un carro de seguridad privada lo esperaba al borde de la carretera.

— Llevamos cinco horas aquí —le había dicho el redactor—. Concédanos diez minutos y nos vamos satisfechos.

Santamaría se había vuelto a mirar al periodista y había levantado la mano abierta en un gesto de despedida.

— Disculpenme, caballeros. Mi mujer me espera en mi casa.

Entonces se había subido al carro, que desapareció entre las montañas en dirección a la ciudad.

Después de eso estaba la plétora usual de artículos de opinión. Todos decían que el caso era apenas otro síntoma del fracaso de una sociedad, algo que sólo podía ocurrir en la tierra de Colón, el edén donde los manatíes son sirenas, República Bananera, Macondo.

El tono de llamada sonó dos veces más. Luego un crujido distante y la voz de mi tío que decía

— Espero que tú vayas a pagar la cuenta del teléfono.

— No cobran las llamadas si nadie contesta —dije.

Esperé un momento a que empezara a inventar cualquier excusa para haberme evitado por tres días. En cambio habló como si fuera él quien necesitara una explicación.

— Tu mamá me cuenta que seguiste jugando a ser Magnum.

¿Se refería al arma? No quise preguntar. Mamá no se había tomado la molestia de contarme que había conseguido hablar con mi tío. Si con eso quería evitar que me involucrara todavía más en el asunto, ya era tarde. Una respiración tenue raspaba la bocina del otro lado.

— No habrás pensado en disgustar a tus abuelos —dijo.

Yo había olvidado por completo esa línea de investigación. Ahora era demasiado tarde para seguirla. Nadie les había contado a mis abuelos del descubrimiento. Hasta ese día no sabían nada de ningún cadáver.

— No te llamé para hablar de ellos —dije, consciente de que no había discusión posible sobre el tema.

— Es una decisión temporal —dijo—. En unos meses todo estará terminado y podremos pedir que se investigue, si eso es lo que quieres.

Yo conocía bien el tono que usaba mi tío cuando quería burlarse de alguien. Este no era el caso. Sonaba sincero de una manera inverosímil, como un niño que está seguro de que la luna es de papel.

— En alguna parte hay alguien que todavía espera a que esa persona vuelva a casa — dije. Pensé que eso podía no ser cierto. En todo caso, necesitaba decir algo que hiciera ver a mi tío la realidad de lo que había hecho.

— No creas que no he pensado en eso —contestó.

— ¿Por eso hiciste que volvieran a enterrar los restos? —pregunté—. ¿Por compasión?

— Tienes que entender que mis opciones eran pocas.

Su respuesta me hizo recordar con quién hablaba. Mi tío no era ingenuo. Por supuesto que sabía que ocultar un cadáver era un delito grave. Más allá de eso, mi tío sabía que sus acciones podían estar encubriendo un asesinato. Supe que él tampoco creía que pudiera dar marcha atrás y hacer lo correcto. No era más que algo que decía para tranquilizarme, o a lo mejor algo que pensaba para tranquilizarse a sí mismo.

— Los hombres del mercado financiero no son inmorales —dije yo, parafraseando a George Soros—, son amoraes.

Su risa fue casi de complicidad, como si yo le hubiera contado un chiste viejo.

— ¿Quiénes crees que trabajan en esto? ¿Ancianos multimillonarios que controlan el mundo desde un sótano en Suiza? Son los tipos que hacen la fila en la cafetería. Son un empleado más en un mundo donde todos somos empleados de alguien.

— Que levante la mano el que no esté en capacidad de hacerle daño a otro —dije.

El silencio fue tan profundo que por un momento creí que mi tío había colgado.

— No se trata del dinero —dijo—. Se trata de arreglárselas en la vida. Cada uno hace lo que puede con lo que tiene.

Pensé que para mí había sido fácil insistir en investigar el misterio de los restos. Yo no tenía nada en juego. No era mi esfuerzo ni mi trabajo de años el que podía derrumbarse en unos pocos días. Era mi tío quien podía ir a la cárcel y convertirse en un criminal a los ojos de los demás. Me pregunté si, de estar en su situación, yo habría hecho algo distinto.

— Hoy leí una historia interesante —le dije—. Tenía que ver con tu abogado.

— Ya es tarde. Vete a dormir.



Las calles de la ciudad tenían una vida secreta que sólo era visible cuando estaban vacías. Sentada al volante, me quedé mirando a dos pájaros que saltaban sobre las ramas de acero del semáforo en rojo. En la calle el viento revolvía los restos de una bolsa de basura que había roto algún hombre o algún perro. Era muy temprano en la mañana y los movimientos de la vida humana aún no habían comenzado.

Tuve que pitar un par de veces para despertar al hombre que abría las puertas del parqueadero público. Caminé por la Séptima entre los tiquetes rotos de la función de teatro de la noche anterior. La lluvia había dejado pozos de agua negra que se habían estancado junto a los andenes. Faltaban unos minutos para que abrieran la biblioteca.

En la mitad de la cuadra había una tienda, escondida en medio de una casa y una frutería. El letrero azul que decía *Discos Milonga* estaba cubierto de una capa gris de suciedad y de tiempo. Era un local de reventa, de esos que no salen en las noticias cuando cierran por

bancarrota. No había nada en la puerta de vidrio que anunciara que la tienda estaba abierta. En la caja un hombre de pelo blanco leía un libro.

La puerta golpeó una campanita en el techo cuando la empujé. El hombre levantó la mirada el tiempo suficiente para darme los buenos días y decir que si compraba un disco podía llevar el segundo a mitad de precio. Le agradecí. Luego volvió a su libro.

Los pasillos eran estrechos entre los muebles de madera. A cada lado un letrero plástico anunciaba un género distinto: funk, boleros, músicas del mundo. Pasé uno a uno los CDs de la sección de música latinoamericana. Encontré un par de discos de Spinetta y de Wilfrido Vargas, uno de Chico Buarque, unos cuantos de Rafael Orozco. En las paredes había varios montones de discos sobre repisas sin letreros. La mayoría eran vinilos de segunda mano que recogían las canciones más sonadas de un año cualquiera. Algunas portadas decían «disco de cortesía» justo encima del logo de la empresa que los había regalado a sus empleados.

En un estante sin nombre, junto a una antología de música cubana, encontré un CD que se llamaba *Disparen al pianista*. Era una recopilación de canciones de varios artistas hecha por Dalia Records en 1992. No pude saber si el nombre del disco era una referencia a la novela de David Goodis. En la portada aparecían las teclas de un piano salpicadas de sangre. Noté que era una foto, no una ilustración. Me pregunté de dónde la habían sacado.

Entré a una cabina con puertas de vidrio que tenía el olor de las cosas olvidadas. En la parte trasera del álbum unas letras blancas sobre un fondo negro decían «Las mejores canciones sobre los peores actos del hombre». La frase era oscura pero bastaba para sugerir algo. Más abajo estaba la lista de las canciones incluidas en el álbum.

Puse el CD en la abertura plateada del equipo de sonido. Por unos segundos el aparato ronroneó y se sacudió como el motor de una lavadora vieja. De pronto los audífonos vibraron con un piano de *vaudeville* o de ronda infantil. Era *Maxwell's Silver Hammer*, de The Beatles. Pasé las canciones una tras otra mientras leía los títulos en la contraportada. *Psycho Killer* de Talking Heads. *Dirty Frank* de Pearl Jam. *Roxie* en la versión de Liza Minelli. *Pedro Navaja* de Rubén Blades. *Folsom Prison Blues* de Johnny Cash.

Las canciones podían no ser nada más que un poco de diversión sana, inocente, desinfectada. Era posible escucharlas como se veían las películas de domingo en la tarde en la televisión nacional. Se podía incluso cantarlas sin saber siquiera de qué hablaban. O se podía diseccionar a cada canción como a una rana, como Ed Gein a una de sus víctimas, y meter las manos sin guantes hasta el fondo del dolor. Podían perturbar o entretener, como

casi todo el arte. Era decisión de quien oía si hacía que las canciones fueran un problema o una distracción.

Presioné de nuevo el botón para pasar a la siguiente pieza. La canción empezaba con una batería sola que no reconocí. Miré la lista. Era una canción de The Police. Una voz clara, pero en alguna parte rota, empezó a cantar

*Once that you've decided on a killing
First you make a stone of your heart
And if you find that your hands are still willing
Then you can turn a murder into art*

El bajo entró casi como una voz humana, como si quisiera salirse de las notas y empezar a articular palabras. Al mismo tiempo apareció ese sonido de latón o de campana vieja que sólo tenía la guitarra de Andy Summers. Con la llegada de los demás instrumentos se revelaba lo que la canción era, se descubría su ritmo verdadero. Y Sting seguía

*Because it's murder by numbers
One, two, three
It's as easy to learn
As your ABCs*

La canción tenía un aire de pieza informativa en la radio o de jingle a la hora de las televentas. En la estrofa Sting volvía a enunciar las palabras con cuidado, como si dijera un secreto terrible.

*If you have a taste for this experience
If you're flushed with your very first success
Then you must try a twosome or a threesome
You'll find your conscience bothers you much less*

*Because murder is like anything you take to
It's a habit-forming need for more and more*

*You can bump off every member of your family
And anybody else you find a bore*

El bombo de la batería persistía en el fondo de todo, como un pulso bajo el agua. La música ya no parecía venir de los audífonos sino de un lugar profundo en mi memoria.

*You can join the ranks of the illustrious
In history's great dark hall of fame
All our greatest killers were industrious
At least the ones that we all know by name*

Un rayo de sol iluminó el lomo del equipo de sonido, que temblaba con las revoluciones del disco. Afuera los supermercados empezaban a levantar sus puertas. Un vendedor ambulante pasó con su carrito frente a la ventana de la tienda. Puse el CD de vuelta en el estuche plástico. En el camino a la caja pasé por la sección de música latinoamericana y cogí el disco de Chico Buarque.

Desde la entrada de la tienda vi al celador que abría las puertas de la biblioteca. Me tomé un momento para pensar en lo que iba a buscar. La conversación con Isabel me había convencido un poco más de que yo perseguía la historia de un crimen. En los veinte minutos de nuestra charla ella no mencionó una sola vez la posibilidad de una muerte natural. Tal vez eso tenía que ver con la idea que la doctora tenía sobre las novelas policiales. Los restos podían no ser más que un cadáver del cementerio que el río había desenterrado, pero sin duda un final así decepcionaría a los lectores. Lo que buscaba un lector de relatos policiales era más que una muerte. Me pregunté hasta qué punto yo quería que la respuesta al misterio fuera un asesinato. En todo caso, la suposición de que se trataba de un crimen le daba un rumbo a mi investigación.

La muchacha del puesto de información era la misma que unos días antes había mirado el álbum de fotos de asesinatos conmigo.

— ¿Cómo va el estudio? —me saludó.

Me pregunté lo mismo. Hacía cuatro días que yo no aparecía por la universidad.

— Un poco atareado —contesté.

— Muchos casos por resolver, me imagino.

— Uno en particular.

— ¿Tienes pistas?

— Las que no encuentro me las invento.

Fue la primera vez que la escuché reír.

— Busco periódicos de la década de los noventa que cubran la zona de Bogotá y los pueblos cercanos —dije. Según Isabel, la muerte había podido ocurrir como máximo hacía veinticinco años. Supuse que podía empezar por ahí.

— ¿Alguna noticia en especial?

— Quiero ver qué hay.

La muchacha hizo un gesto con la mano para señalar la sala en la que estábamos. Era lo bastante amplia para alojar doce filas de anaqueles, varios computadores, las mesas de lectura y el puesto de información.

— El archivo de prensa está guardado en un sótano de este tamaño. Los estantes llegan casi hasta el techo. Es mejor que tengas una idea de lo que buscas.

Me explicó que la colección de prensa estaba organizada por meses. Yo podía pensar qué tipo de noticia me interesaba y luego pedir el archivo del mes correspondiente. Me recomendó que empezara por los periódicos de la ciudad.

— Si algo importante pasó en algún pueblo, lo más probable es que lo hayan reportado acá.

Me senté frente a un computador de escritorio. Varios sitios web tenían listados de acontecimientos históricos en el país de 1990 al 2000. Todos mencionaban los atentados de los carteles del narcotráfico, las marchas de la Séptima Papeleta, el racionamiento de energía, el asesinato de los miembros de la Unión Patriótica, el mundial de fútbol. Había un sitio dedicado a nombrar los lugares y las fechas de las decenas de masacres paramilitares. Recordé el caso que Jaime Garcés había defendido. Yo no descartaba todavía la posibilidad de que en el fondo todo esto fuera otra historia de guerra. Tal vez esa era la respuesta más lógica al misterio. En una clase Beatriz me había dicho que por eso no se escribía novela policial en Colombia. «No se investiga porque todo el mundo sabe quién mata».

Una búsqueda en internet me confirmó que un bloque paramilitar se había asentado por más de veinte años al norte de Cundinamarca. Nunca habían atacado un pueblo de los alrededores de Bogotá. De pronto algo encajó en algún lugar de mis recuerdos. Mamá y mis

abuelos me habían contado la historia muchas veces. Las FARC se habían tomado mi pueblo en julio de 1994.

Fui al puesto de información y pedí el archivo de ese mes. La muchacha dijo un código por teléfono. Unos minutos después de una caja de madera llena de periódicos subió por un ascensor pequeño empotrado en la pared. Llevé la caja hasta una mesa.

El 22 de julio, tres días después de la toma, un periódico bogotano había contado el evento en un artículo de media página.

Eran las siete y media de la noche del martes pasado. Las calles del pueblo de La Calera estaban casi desiertas. En pocos minutos empezaría Café con aroma de mujer y todo el mundo estaba en casa frente al televisor. Los que no tenían televisor estaban sentados junto al radio. Habían pasado cinco meses desde la primera vez que la administración municipal le pidió al Ejército Nacional un refuerzo en la seguridad del pueblo. Desde hacía tiempo circulaba el rumor de que la guerrilla tenía campamentos en los cerros.

Marcela Rincón salió de su trabajo en el Embalse San Rafael a las ocho en punto, según le contó a un corresponsal de este medio. Eran las ocho y cuarto cuando llegó al pueblo. En el camino a casa se detuvo en el negocio de Doña Cristina, que está junto a la Alcaldía, en el marco de la plaza.

— *Lo mejor es que cierre temprano y se vaya —le dijo Marcela a doña Cristina—. En el Embalse nos dijeron que la guerrilla se robó unos carros en el páramo.*

Doña Cristina pensó que no eran más que habladurías.

— *¿Qué diablos va a hacer la guerrilla en el páramo? Si esos llegan es por otra parte. Nadie le reportó el robo de los carros al Ejército.*

Cerca de las nueve de la noche se escucharon los primeros disparos. Doña Aurora estaba sentada en la sala de su casa, viendo la telenovela.

— *Cuando escuché el alboroto le dije a mi hijo: qué raro que echen pólvora desde hoy, si la fiesta patria es mañana.*

Más de cuarenta guerrilleros de los frentes 53 y 54 de las FARC habían llegado al pueblo en un bus, una camioneta y un todoterreno robados del Parque Nacional del páramo de Chingaza. Entraron a la plaza del pueblo haciendo disparos al aire. Al poco tiempo los hombres y mujeres, que llevaban banderas de Colombia en la hombrera izquierda de sus uniformes, empezaron a detonar granadas en el atrio de la iglesia y cerca de la estación de

policía. Alfonso Peña contó que los guerrilleros entraron varias veces al billar que tiene junto al Banco de Colombia.

— Les decían a los clientes que se calmaran, que la cosa no era con ellos. Tomaron gaseosa y se comieron el pan que yo había comprado para el desayuno. Estaban flacos, la piel quebrada de lo asoleados. Uno de ellos se quedó mirando el computador que tengo ahí en la esquina, boquiabierto, como si nunca hubiera visto nada parecido. Perdóne que le cuente, señor reportero. Cuando yo era niño mi papá y mis tíos me llevaban al páramo a cazar venados. Yo sé lo frío y lo solo que es el monte. Yo sé lo que es dormir en piso de piedra, entre esa neblina que no deja ver ni las propias manos. Uno amanece con la ropa mojada sin que haya llovido y tiene que andar así todo el día, empapado por entre matorrales donde no hay camino. En esos momentos lo único que uno pide es que todo se acabe rápido para irse a la casa.

Según los presentes, una muchacha de uniforme se paró en la puerta del billar y dijo «Afuera todo el mundo. Vamos a volar el banco». Los que estaban en las mesas salieron agachados para esquivar las balas perdidas y entraron en la casa de algún conocido. Unos minutos después un estallido retumbó en todo el pueblo. El edificio del banco estaba en llamas.

Mamá me había contado que vio el incendio desde la ventana de la casa donde se había refugiado. Por esos días mamá trabajaba como tutora de matemáticas en una academia en Bogotá. Había salido del trabajo a las siete de la noche. Al volver al pueblo en el Renault 5 notó que la carretera estaba vacía. Entró por la vía principal. Antes de llegar a la mitad de la calle escuchó que disparaban al aire. Intentó tomar una calle secundaria, pero también los disparos la obligaron a devolverse. Entonces parqueó el carro en una esquina y golpeó en la primera casa donde vio una luz prendida.

Era la casa de doña Marta, la cocinera de la escuela. En ropa de dormir y con el cabello suelto, Doña Marta le abrió la puerta a mamá y la metió a empujones a la sala. Le dijo que la guerrilla se había tomado el pueblo.

Doña Marta tenía un hijo que se llamaba Mariano. Tenía dieciséis años y era acólito en la iglesia. Los médicos nunca se habían puesto de acuerdo para diagnosticarlo. Había dicho su primera palabra a los diez años: mamá. Hasta ese día decía muy pocas palabras y casi todas eran para él mismo. Mamá dice que hablaba a su manera: abría la boca y vocalizaba sin mover los labios ni la lengua. Era rubio, fortachón y tenía una sonrisa permanente.

Mariano había estudiado en la escuela bajo el cuidado de su madre. Ese año habría empezado el bachillerato si el director del colegio departamental no se hubiera negado a recibirlo. Una reunión de padres había concluido que lo mejor para él era recibir una educación especializada en casa. El verdadero motivo de esa decisión, que nadie mencionó en la junta, era que los muchachos del pueblo le tenían miedo a Mariano. Los padres también le temían. Decían que podía ser peligroso y no iban a esperar a que algo pasara para comprobarlo.

— Si hay que defender a alguien del peligro es a él —decía Doña Marta.

Esa noche el ruido de las explosiones y el llanto de mamá hacían que Mariano se quedara de pie en una esquina con las manos sobre los oídos. Cantaba para no escuchar las balas.

Doña Marta le prestó el teléfono a mamá para que llamara a mis abuelos. Ellos estaban dormidos cuando escucharon las voces que bajaban por la carretera que venía de Siberia, a menos de quinientos metros de la casa. Al primer grito de «somos el Ejército del Pueblo» mi abuelo cerró las cortinas y le dijo a mi abuela que no encendiera las luces. Se quedaron sentados en el piso, sin atreverse a mirar por la ventana, mientras oían el motor de los carros y los disparos que se dirigían hacia la plaza.

A las diez de la noche doña Marta encendió el televisor. El noticiero QAP había empezado a transmitir la toma en vivo. Un equipo de grabación había venido desde Bogotá y se había asentado a la entrada del pueblo, que en la soledad de la guerra no era más que potreros y noche. A lo lejos se veía el humo espeso que se elevaba por encima de los tejados. De vez en cuando el destello rojo de una bengala cruzaba el cielo.

A las once y media de la noche empezaron a llegar las primeras tropas del Ejército. Se instalaron a 600 metros de la plaza, muy lejos del lugar donde todavía estallaban las granadas. Reporteros de QAP Noticias ingresaron a las viviendas más apartadas del centro urbano para conseguir testimonios. Don Ambrosio y Don Felipe Guerrero estaban en la cocina de la casa que compartían, tomando cerveza, cuando empezó el ataque.

— *El Ejército no hace nada —les dijo don Ambrosio a los reporteros—. Están allá aplastados, como si vinieran de paseo. Van a dejar que nos maten.*

— *Acuérdese del Palacio de Justicia —le contestó don Felipe—. Si se mete el Ejército es peor.*

Los testigos cuentan que un grupo de guerrilleros llegó hasta la puerta de la empresa de Ingeniería de Transportes. El celador de turno era Rafael Moreno, un muchacho de veinte años, hermano del jardinero del municipio y pariente lejano del alcalde.

— *Así es acá —dijo doña Mariela, que vive junto a la empresa de Ingeniería de Transportes—. Como en todos los pueblos, todos somos familiares.*

Un hombre de uniforme le dio la orden al celador de que los dejara entrar. Doña Mariela dice que Rafael no contestó y se quedó parado en la puerta. El hombre le apuntó a la frente con un fusil recortado. Algunos de los presentes creen que Rafael empezó a decir algo. Nadie recuerda qué fue. Tampoco recuerdan el ruido del disparo, solo el cuerpo en el piso y una voz grave que pareció murmurar algo.

Las exequias se llevaron a cabo el 20 y el 21 de julio. Julio Rafael Moreno Cifuentes recibió sepultura en el cementerio del pueblo, junto a la tumba de su padre.

A la media noche mamá sintió que los disparos tronaban cada vez más lejos. Una hora después las tropas del Ejército Nacional entraron al pueblo y empezaron a formarse en las calles. Doña Marta abrió la puerta y les preguntó a los militares si ya se podía salir. Un soldado raso, abrazado a un fusil, le dijo que no.

Se puede decir que los motivos de las FARC son evidentes. Los sucesos del 19 de julio hacen parte de sus tácticas militares más recientes, que pretenden tomar el control sobre los territorios de la Cordillera. La Calera es un punto crucial para afirmar su presencia en las cercanías de la capital. El objetivo principal del ataque era anunciarse, hacerle sentir a la ciudad que la guerra estaba tocando a sus puertas. En últimas, la toma de las FARC era previsible. La estrategia hace parte de las mismas artes de la guerra que nacieron con el hombre, mucho antes de que se escribiera para recordar.

No fue sino hasta las dos y media de la mañana que el Ejército anunció que las calles estaban despejadas. Solo entonces mamá salió de la casa de doña Marta. Se sorprendió al encontrar el Renault 5 todavía en la esquina. La puerta del copiloto tenía el rasguño de una bala que había pasado zumbando junto a la carrocería. De camino a casa vio a los bomberos y a los hombres de la Defensa Civil que trataban de apagar los últimos vestigios del incendio. Todo el pueblo se había reunido en la plaza principal. Cada uno contaba dónde había estado cuando empezó la toma, qué había hecho. Unos a otros se preguntaban por los amigos y los conocidos. Mamá recuerda a un anciano que miraba las losas rotas y los escombros como si pensara en volver a levantar todo con sus propias manos. Ya nadie lloraba.



Esa noche le pregunté a mamá cuántas personas habían muerto en la toma de las FARC.

— Una. Un celador. Era de apellido Moreno, sobrino de don Álvaro, el amigo de tu abuelo.

— ¿Es verdad que lo sepultaron esa misma semana?

— Tus abuelos y yo estuvimos en el entierro. El año pasado lo exhumaron para ponerlo en un osario.

— ¿Crees que pudo haber muerto alguien más?

— Si fue así, nadie supo nada. ¿Por qué preguntas?

— Es para un trabajo de la universidad.

Yo me había quedado en la biblioteca hasta que cerraron las puertas. No encontré ningún reportaje del evento en otros periódicos. Tenía muy poca información para descartar que la persona que encontraron los obreros hubiera muerto durante la toma, pero la posibilidad parecía cada vez más lejana. En un pueblo pequeño sin duda la gente notaba las ausencias. Parecía muy poco probable que esa noche hubiera ocurrido una muerte que todos desconocieran, aún menos si tenía en cuenta que nadie había intentado ocultar el cadáver del celador.

Al llegar a casa revisé el folleto que la Alcaldía Municipal regalaba todos los años como incentivo turístico. Además de una lista de cosas para hacer en el pueblo, que no ocupaba más de media página, el folleto contenía un recuento de algunos hechos importantes. La toma guerrillera de 1994 apenas se nombraba en una frase. No había mención de otros ataques en esos años.

En la última página había una foto de la procesión del viacrucis del año anterior. Un tumulto de gente llenaba la calle que estaba frente a la casa de doña Graciela, la maestra más antigua del jardín infantil. En la acera de la casa había cuatro niños que representaban la crucifixión. Dos niñas cubiertas con velos improvisados hacían de la Virgen y María Magdalena. Un niño vestido de romano golpeaba clavos imaginarios con un martillo falso. El cuarto niño estaba parado sobre un taburete, con los brazos extendidos sobre una cruz de papel cartón. La sangre era ténpera roja.

Pensé que en ninguna lista de eventos históricos yo había visto la marcha por los niños en Pereira. La busqué en internet para recordar su fecha. Un artículo del *Diario del café* decía que el 27 de noviembre de 1998 los pereiranos se habían reunido en la Plaza de Bolívar para

una misa de mediodía. En la noche habían recorrido las calles principales de la ciudad llevando carteles y velas blancas.

El Comité de Derechos Humanos y el obispo de Pereira habían convocado a la marcha unos días antes. Era una manera de hacer algo con la rabia que sentía la gente por lo que había ocurrido en las últimas semanas. El artículo apenas mencionaba los incidentes, pero yo los recordaba. El 7 de noviembre de ese año un muchacho había salido a pasear a caballo por los potreros del barrio Nacederos, cerca del aeropuerto y del batallón militar. Entre la maleza alta y los rastros vio un par de zapatos que alguna vez habían sido blancos. Junto a ellos reposaba un bulto negro que el muchacho pensó que era un animal. Al acercarse supo que eran los jirones de un pantalón viejo. El muchacho se bajó del caballo. Cerca de los retazos de ropa había una esfera amarillenta, demasiado pequeña para ser un balón de fútbol. Reconoció en ella las cuencas de unos ojos y la cavidad de una nariz. Miró alrededor, en busca del resto del cuerpo. A pocos metros, debajo de un árbol, había otro cráneo. El muchacho caminó entre los matorrales: más trozos de ropa, huesos, un tercer cráneo. Un cuarto. Un quinto. Entonces llamó a la policía.

La Fiscalía envió a un grupo de técnicos forenses para que hicieran el levantamiento. Los restos estaban tan dispersos que les fue imposible determinar a cuántas personas habían encontrado. Al final de la jornada los técnicos calcularon que tenían al menos trece cuerpos. Los huesos eran cortos, porosos y livianos. Algunos tenían una resistencia similar a la de una zanahoria. Nadie puso en duda que se trataba de cadáveres de niños. El análisis de laboratorio concluyó que los más jóvenes tenían entre siete y ocho años.

Más de una semana después, el 18 de noviembre, la policía recibió otra llamada. Un ciudadano anónimo dijo que había encontrado restos humanos en un terreno despoblado en el kilómetro 1 de la vía que va de Pereira a Marsella. Se trataba de una enramada espesa junto a la carretera, protegida del sol por la cúpula de varios árboles. Estaba a pocos minutos del lugar del anterior descubrimiento. Los técnicos de la Fiscalía contaron doce cuerpos más y otros nueve cráneos.

No era la primera vez que sucedía algo así. Desde 1992 la prensa reportaba historias de cuerpos de niños que aparecían en los potreros que rodeaban los barrios de Pereira. Cada cinco o seis meses alguien encontraba uno a las afueras de un sector residencial, dos a la orilla de una carretera. Los descubrimientos de noviembre llevaron la situación al límite. Nunca antes se habían encontrado tantos cadáveres juntos. La mayoría de la gente estaba

herida y furiosa. Los demás estaban muy ocupados para molestarse con titulares sensacionalistas.

El artículo del *Diario del café* decía que las muertes podían ser una consecuencia extraña del conflicto armado. El comandante de la Policía Metropolitana de Pereira había dicho: «Las causas de esta situación son varias. En los últimos diez años los ejércitos privados del narcotráfico se han fortalecido mucho en esta región. No podemos estar seguros de sus alcances. Por ahora el deber de las autoridades es recordarle a la ciudad que los adultos deben proveer el sustento económico del hogar, no los niños».

Todos los miembros de alguna entidad pública que se habían pronunciado al respecto habían dicho algo parecido. Según las estadísticas, los niños que desaparecían eran sobre todo los que salían a vender periódicos, a limpiar vidrios, a conseguir el pan con cualquier trabajo que les ofrecieran. Un periodista le había preguntado al comandante quiénes eran los autores de los crímenes. «Tenemos varias hipótesis —había contestado el policía—. Es posible que una organización de tráfico de órganos trabaje en la zona. Tampoco descartamos que estas sean las prácticas de un culto satánico».

Los medios nacionales habían divulgado la noticia como el caso de las fosas de Pereira. Los reportajes decían que los cuerpos se habían encontrado en tumbas clandestinas. Un año después, ya en la cárcel, Luis Alfredo Garavito negaría haber enterrado los cadáveres. Las actas de la Fiscalía le daban la razón y describían abandonos superficiales. Las pocas fotos de las escenas que yo había conseguido ver mostraban cuerpos o partes de cuerpos sobre la hierba. Algunos no eran más que huesos. Otros conservaban todavía pedazos de carne y piel rasgados por las heridas que los mataron, roídos por la descomposición y los animales. Los periódicos, sin embargo, habían insistido por años en que se trataba de enterramientos. Quizás los redactores ya estaban acostumbrados a escribir sobre fosas comunes.

Yo conocía bien el caso. Había leído un libro de crónica periodística sobre Garavito hacía un tiempo. Se llamaba *La Bestia* y su autor era Gustavo Medina, un antropólogo bogotano que no había tenido ninguna participación en la investigación. La crónica era breve y tenía cierta aspiración de novela gótica, como si fuera una historia que alguien contó hace tiempo a la luz de la chimenea de un castillo embrujado. Era uno de esos libros que están demasiado preocupados por quitarle el sueño al lector. Aun así, era una recolección bastante completa de lo que se sabía de los asesinatos y del hombre que los había cometido.

También había visto varias veces las dos únicas entrevistas que Luis Alfredo Garavito había concedido en televisión. En los círculos de interesados por el caso, sobre todo foros anónimos en internet, se decía que Garavito había cobrado decenas de millones de pesos por cada una. Yo no sabía si eso era cierto. Sabía, sin embargo, que los programas habían doblado su audiencia con apenas el anuncio de su aparición en público.

Todo lo que tuviera que ver con Garavito despertaba una atención indignada pero inmediata. La gente tenía un apetito inconfesable por saber de él. Cada mes un tabloide cualquiera repetía los rumores falsos de que en pocos días saldría de la cárcel. En una ocasión yo había leído un artículo que decía que se lo había visto deambular por las calles de Cartagena, con gafas de sol y un fingido acento bogotano. Al público le gustaba recordar ese peligro latente pero imaginario, como un niño que siente una fascinación macabra al recordarse a sí mismo que debajo de la cama está el Coco.

Las instituciones judiciales estaban al tanto de ese terror colectivo. Cada año la Fiscalía le abría más investigaciones a Garavito, de manera que los procesos acumulados pudieran retenerlo en la cárcel cuando su condena se cumpliera. Mientras tanto Garavito permanecía encerrado con la paciencia de quien está seguro de que no le conviene salir. Todo el mundo sabía que no estaba listo para ser libre. Y aún si un día lo estuviera, del otro lado de las rejas nadie estaría listo para recibirlo.

Yo recordaba que en más de una ocasión Garavito había matado en los barrios del sur de Bogotá y en los pueblos de los alrededores, como Soacha. El lunes por la mañana volví a la biblioteca para revisar la cobertura del caso en la prensa. Llevé el libro de Gustavo Medina para consultar algunas fechas.

El libro empezaba con la historia de su captura. La policía de Villavicencio había arrestado a Luis Alfredo Garavito en las últimas horas de la tarde del jueves 22 de abril de 1999. Fui al puesto de información y pedí el archivo de ese mes de *El Relator*, un diario nacional.

Llevé la caja de periódicos hasta la última mesa al fondo de la sala de lectura. Me aseguré de sentarme lejos de las ventanas y de los sillones donde se habían acomodado dos ancianos. Esa línea de investigación era tan arbitraria como cualquiera. Lo que me había llevado hasta ella era sobre todo la curiosidad, el deseo de encontrarme con lo impensable. Recordé mi conversación con la doctora Isabel y me pregunté de qué manera podía prepararme para ese encuentro. Lo único que vino a mi memoria fue un capítulo de *El silencio de los inocentes*

en el que Clarice Starling entraba a un depósito abandonado. En el asiento trasero de un viejo Packard de colección, la detective encontraba una cabeza humana conservada en un frasco de formol. Clarice pensaba entonces que sería capaz de ver cualquier cosa, sin importar cuán horrible, si tenía la certeza de que podía hacer algo bueno al respecto.

Saqué el primer periódico de la caja y pensé que yo no era la agente especial Starling. Mi curiosidad no podía tener buenas intenciones. Más allá de la posibilidad de que Garavito fuera el asesino de la persona que estaba enterrada en la construcción, yo no tenía nada que aportar al caso. No podía atrapar al culpable: Garavito llevaba dieciocho años en la cárcel. Si se trataba de encontrar la verdad, mi lectura de los detalles morbosos no ayudaría a identificar los cadáveres sin nombre que se pudrían en cajas marcadas con el sello de Medicina Legal. Yo no podía hacer nada, excepto quizás mirar hacia atrás para buscar otras versiones de la misma historia.

En el número del 22 de abril no había ningún titular que anunciara la captura. Miré en las páginas interiores, en busca de reportajes de segunda plana. No encontré nada. En todo el ejemplar del 23 de abril no había ninguna noticia sobre Garavito. Nada el 24, tampoco el 25. Volví las páginas y revisé los titulares. Todos los reportajes de esa semana anunciaban: «Masacre en la cafetería escolar», «El terror vuelve a los salones de clase». Leí un poco para entender a qué se referían. Entonces caí en cuenta. Dos días antes de la captura de Garavito, el 20 de abril de 1999, había ocurrido la masacre de Columbine.

Dos jóvenes armados con pistolas semiautomáticas y explosivos caseros atacaron las instalaciones de un colegio en Littleton, Colorado. Se estima que hay más de diez personas muertas. Los jóvenes, que eran alumnos del colegio, fueron encontrados muertos en la biblioteca.

Los artículos sobre la masacre llenaban páginas enteras. Algunos mostraban a Dylan Klebold y a Eric Harris, sonrientes sobre el fondo gris de las fotos del anuario escolar. El periódico del 23 de abril había publicado una traducción al español de una columna de Leonard Blake, sociólogo de la Universidad de Michigan. El traductor había decidido conservar su título original: «*On American Crime*».

En mi último viaje a Londres me encontré con un hombre que me dijo: «Es cierto que nosotros tuvimos al primer asesino en serie, pero ustedes tienen a todos los demás». Luego añadió con un mal acento americano: «serial killers are as american as apple pie».

En cierto sentido, los estadounidenses también hemos empezado a pensar en nuestro país de esa manera. Es evidente que hay ciertas tragedias que nos afectan de manera casi exclusiva. Hace un mes la policía de Nuevo México capturó a David Parker Ray, de quien se dice que mató a una cantidad aún desconocida de mujeres. Desde 1966, cuando Charles Whitman se atrincheró en lo más alto de la torre de la Universidad de Texas y disparó a las personas que pasaban por el campus, han ocurrido decenas de matanzas similares. La masacre en la escuela secundaria de Columbine es apenas la más reciente de ellas.

El parecido entre los crímenes de varias personas habla más de un problema social que de problemas individuales. Parece ser que en cada comunidad hay circunstancias específicas que precipitan ciertos tipos de violencia. No se puede decir que ellas sean las causas directas del crimen. No basta que haya un cuchillo sobre la mesa para explicar que yo mate a mi mamá. Los factores del entorno actúan, más bien, como condiciones de posibilidad.

El asesinato en serie no se convirtió en una epidemia en Estados Unidos por azar. Algunos criminólogos dicen que la geografía nacional ha jugado un papel importante. El país está interconectado por autopistas de costa a costa. Esto permite que alguien se desplace con mucha facilidad de un extremo al otro, en busca de víctimas en condados lejanos donde no tenga antecedentes penales. También la arquitectura de las grandes ciudades ha contribuido al desarrollo de esta forma de crimen. En 1950 se implementó un sistema de callejones oscuros y amplios en la parte trasera de las zonas residenciales, donde es fácil atacar a alguien o abandonar un cuerpo sin ser descubierto.

La abundancia de tiroteos masivos en Estados Unidos es posible gracias a la facilidad con que la gente puede acceder a un arma de fuego. Hoy en día las políticas de regulación prohíben su venta a los menores de dieciocho años, pues se consideran una «población en riesgo». Eric Harris y Dylan Klebold tenían diecisiete años en diciembre del año pasado, cuando compraron las armas con las que hace tres días asesinaron al profesor David Sanders y le desfiguraron la mandíbula a Lance Kirklín, un estudiante de dieciséis años que si sobrevive quizás no pueda volver a hablar. Eric y Dylan simplemente llevaron a su amiga Robyn Anderson, que tenía 18 años, a la tienda. Allí la chica mostró su licencia de conducción sin hacer preguntas: coleccionar armas es un pasatiempo muy común. Robyn ha dicho en las entrevistas que pensó que quizás los muchachos eran aficionados a la cacería.

Las armas de fuego son cotidianas en Estados Unidos. Algunos han llegado a decir que son una de las bases de nuestro orden social. El ciudadano americano nació como un ciudadano armado. La Segunda Enmienda de nuestra Constitución defiende el derecho de los civiles a portar armas en nombre de la «defensa de un Estado libre». En este caso defender al Estado quiere decir defenderse a sí mismo y a su propiedad. El ciudadano que se definió en las actas de la Independencia es un individuo vigilante, que controla que los demás no crucen los límites de su libertad privada. Me atrevo a preguntar cuál es la libertad que se vive en esta Tierra de los Libres. Acaso pensamos que la libertad de cada uno acaba donde empieza la del otro. Al contrario, creo que Bakunin tenía razón cuando dijo que la libertad ajena es un requisito para la propia. Nadie puede ser libre en soledad.

Los estadounidenses nos hemos apropiado de estos crímenes como una parte más de nuestra identidad. Sucesos como el de Columbine se reportan en exceso en los medios, se hacen documentales sobre ellos, se escriben novelas. La historia se repite una y otra vez hasta que el evento se convierte en un objeto de fascinación. Recuerdo que hace algunos meses mi hija de seis años me pidió que compráramos un juego de mesa. En la sección de pasatiempos de un almacén de cadena encontré un juego que me llamó la atención. Se trataba de un mazo de cartas coleccionables: cada una tenía el rostro de un asesino en serie o en masa. Debajo de cada foto había un nombre, una fecha de nacimiento y a veces de muerte, un modus operandi y un número de víctimas. Había unos pocos asesinos de ficción entremezclados con los reales. Por supuesto, traje el juego a casa.

Es fácil condenar a quienes hacen del crimen un espectáculo. Sin embargo, creo que hace falta detenerse por un momento y preguntar si eso está mal en sí mismo. Yo también soy culpable de alimentar el torrente de mercancías sobre el asesinato con este texto. Sin embargo escribo porque creo que no es ilegítimo sentir intriga ante nuestros fracasos más grandes como sociedad. Estados Unidos está acostumbrado a callar los problemas que no quiere discutir. Quizás esta fascinación por los sucesos sangrientos pueda resultar al fin en una discusión de algunos de los problemas sociales de nuestro país.

Si la curiosidad morbosa creara criminales, entonces todos los lectores de este texto tendrían las manos manchadas de sangre. Sin embargo, una pregunta se queda sin responder: ¿dónde termina la curiosidad y empieza la admiración? ¿En qué momento un texto como este, que quiere pensar el crimen, se vuelve su cómplice?



El martes me di cuenta de que en todos los periódicos de abril no había nada sobre Garavito. Salí de la biblioteca para caminar un poco. Era casi el mediodía y la gente había empezado a ocupar las calles. Por la acera de enfrente pasaba un grupo de mujeres en atuendo de oficina. Un muchacho salía de la academia de música con el estuche de un violín y un maletín de partituras. Seguían ahí a pesar de todo, cuerpos junto a otros cuerpos. Cada uno estaba a merced de los demás. Sabían que salir a la calle requería de una confianza ciega. Era ponerse en manos de los otros sin hacer preguntas. Y sin embargo lo hacían todos los días, como si fuera un acto de perdón cotidiano.

Me senté en un banco del andén y revisé el libro de Gustavo Medina. Cuando lo arrestaron, Garavito se presentó como Bonifacio Morera Lizcano. Al parecer la policía de Villavicencio lo capturó mientras intentaba violar a un niño. La Fiscalía sospechaba que hubiera violado a otros más, pero hasta entonces nada lo relacionaba con ningún asesinato. Los investigadores no dieron con su verdadero nombre hasta el 20 de julio de ese año. Incluso entonces no lo vincularon todavía con el caso de los cadáveres de Pereira. Tampoco lo relacionaron con los restos que habían aparecido en Villavicencio, Tuluá, Armenia y otros treinta pueblos y ciudades.

En agosto los delegados de las Fiscalías de diez departamentos se reunieron con funcionarios del CTI, la Policía Judicial y Medicina Legal para buscarle solución al problema de los cadáveres de niños. Pereira se convirtió entonces en la sede nacional de estudio de desapariciones y hallazgos de restos. Fue allí donde todos los hilos de la historia empezaron a tejerse. El equipo interinstitucional notó que muchos de los cuerpos encontrados en distintas regiones tenían lesiones similares. Por primera vez los investigadores dejaron de lado las hipótesis de crimen organizado, que parecían las más evidentes, y empezaron a buscar a un solo hombre.

En principio el equipo hizo un álbum con las fotos y los antecedentes judiciales de treinta sospechosos. Uno de ellos era un hombre de cuarenta y dos años que llevaba varios meses preso en la cárcel de Villavicencio. Esperaba un juicio por violación tentativa. Los hombres del CTI decidieron seguir su pista. Empezaron por inspeccionar la habitación de hotel donde el hombre vivía en el momento de su captura. En los cajones encontraron recibos de otros hoteles y pasajes de bus con los que poco a poco descubrieron en qué lugares había estado y

cuándo. También encontraron varios recortes de periódicos. Casi todos eran artículos que reportaban la desaparición de un niño o el hallazgo de su cadáver. El 28 de octubre la Fiscalía al fin tuvo pruebas suficientes de que Luis Alfredo Garavito estaba involucrado en al menos 116 asesinatos. Ese día decidieron interrogarlo. Solo entonces, cuando supo que no podía negar nada, Garavito confesó.

Volví a la sala de lectura y pedí el archivo de octubre de *El Relator*. En el periódico del sábado 30 estaban los primeros titulares del caso: «El hombre que mató a más de cien niños», «¿Quién es Luis Alfredo Garavito?». Las páginas estaban repletas de fotos suyas en varios momentos de su vida. La prensa se había propuesto exhibir cada detalle de su pasado, por trivial que fuera. Los primeros artículos habían querido llamarlo «el Monstruo de Pereira», pero al parecer el apodo no pegó.

El interrogatorio empezó en la noche del jueves 28 de octubre y terminó en la madrugada del viernes 29. Unos redactores decían que había durado nueve horas, otros decían que diez. La Fiscalía registró el suceso en cámara de principio a fin. Algunos fragmentos del video se filtraron después a las agencias de noticias, que los emitieron por televisión.

En el periódico había varias imágenes tomadas del video. El interrogatorio se había hecho en una sala de conferencias de la Fiscalía de Villavicencio. Era una habitación amplia y llena de pupitres rojos que recordaba a un salón de clases. Con las manos entrelazadas sobre las piernas, Luis Alfredo Garavito miraba al lente de la cámara. Estaba vestido con una chaqueta rompevientos amarilla y un pantalón que podía ser gris o negro. Reconocí el bigote oscuro y los ojos verdes que había visto tantas veces en otras fotos. Descubrí que yo misma pasaba los ojos sobre su cara sin asombro. Su rostro era tan familiar que era fácil no verlo.

Detrás de él, sentado en uno de los pupitres, estaba el psiquiatra de Medicina Legal. Era un hombre moreno, de camisa a cuadros y expresión tranquila. Tenía un anillo de compromiso en la mano derecha.

Los artículos nombraban a las personas que no se veían en cámara. Detrás del escritorio estaba la fiscal octava de Armenia, que había ido a interrogar al acusado por la aparición de varios cadáveres de niños en el Quindío. Junto a ella estaba el defensor de oficio asignado por el Estado. En una esquina había una secretaria sentada frente a un computador. Su trabajo era transcribir todo lo que se decía en la sala.

Garavito empezó a llorar un llanto espectacular y con pocas lágrimas cuando supo que las pruebas eran irrefutables. En la siguiente foto se veía cómo el psiquiatra de Medicina

Legal ponía sus brazos alrededor de Garavito para reconfortarlo. Quizás creía que un poco de comprensión bastaría para salvarlo.

Según los artículos, Garavito pidió un momento para rezar. Las fotos lo mostraban arrodillado junto a una silla en la sala de conferencias, de espaldas a la cámara pero con cuidado de quedar dentro de la toma.

— Pido perdón a Dios, a mucha gente, a la sociedad y a la justicia —dijo—. Era sin querer. Había algo dentro de mí que me obligaba a hacer esto.

Entonces, como para confirmar su identidad, Luis Alfredo Garavito empezó a contar la historia de su vida. Había nacido el 25 de enero de 1957 en Génova, un pueblito enclavado en la Cordillera Central que entonces todavía hacía parte del Viejo Caldas. Era un caserío pequeño que se había reconocido como pueblo de manera oficial apenas veinte años atrás. Aun así, Génova ya tenía alguna fama. En la década de los treinta había nacido allí Pedro Antonio Marín, un campesino que había peleado en las filas de las autodefensas liberales en los años de la Violencia. Más tarde había liderado al grupo de hombres armados que se refugió en Marquetalia, y había tomado los nombres de Manuel Marulanda y Tirofijo cuando el grupo se convirtió en una guerrilla comunista organizada.

El periódico se encargaba de recordar esa coincidencia a cada momento. Se refería al pueblo como «Génova, cuna de bandidos». En realidad Garavito apenas había pasado unos meses allí. Las tensiones políticas entre liberales y conservadores habían sacado a la familia del departamento. Sus padres se fueron a vivir a Tuluá, Valle del Cauca, con Luis Alfredo en brazos. Compraron una finca pequeña en el corregimiento de Ceilán, donde criaban ganado.

En su primer día de clases Luis Alfredo no lloró. Creció como un niño más, que se avergonzaba de usar gafas y que de vez en cuando se enamoraba de sus compañeras de curso. En los años siguientes sus padres tuvieron otros seis hijos. Al terminar quinto de primaria Luis Alfredo dejó el colegio y empezó a trabajar.

Tenía doce o trece años cuando descubrió el trago. Quizás le gustó la pesadez onírica de las borracheras, la manera en que el aguardiente obligaba a su cuerpo a entrar en un letargo parecido al sueño. Se emborrachaba cada fin de semana y buscaba peleas en las cantinas del pueblo. En el barrio lo llamaban Conflicto. Con el tiempo los amigos y los vecinos habían acabado por acostumbrarse a su carácter. Un muchacho pendenciero no era raro en ninguna parte, mucho menos en el Valle del Cauca en los años sesenta. Era apenas natural. Luis Alfredo era un hombrecito que se hacía respetar.

Era imposible saber cuál había sido el principio de todo. El periódico se limitaba a nombrar los hechos y a llamarle enfermo. Yo tenía que inventar la mitad de la historia para tratar de entenderla. El libro de Medina decía que Garavito había empezado a desear a otros muchachos cuando tenía quince años. Yo intentaba imaginar cómo había sido. Él era un niño y había empezado a fijarse en otros niños que conocía. Tal vez algunos eran un par de años menores, pero eso no importaba. Se imaginaba a solas con uno de ellos en lo profundo de un potrero, donde sabía que su padre no podría encontrarlos. Entonces Luis Alfredo extendía la mano y empezaba un tacto tímido de la entrepierna del niño. El niño lo recibía con una quietud obediente. Las manos de Luis Alfredo se enredaban en el botón de un pantalón, luego en la tela de una camiseta. Pronto el niño y él eran dos cuerpos desnudos sobre el pasto. A veces había algo nuevo en la situación: un movimiento brusco, un golpe placentero. Tal vez un golpe que dejaba una marca. Un gemido que empezaba a parecerse a un grito.

¿Pero cuál era el límite de las fantasías? Era posible imaginar cualquier cosa. Todo el mundo había imaginado al menos una vez que le encajaba una bofetada en la cara a alguien. A veces, cuando leía o cuando veía una película, yo inventaba historias en las que yo era la protagonista. La última vez había estado leyendo la crónica que escribió Mark Arsenault sobre la vida de Craig Price. El primer capítulo contaba los detalles del asesinato de Rebecca Spencer. Price había salido de su casa en una noche de verano y había caminado por los patios traseros hasta la casa de Rebecca, que estaba en la misma cuadra. Pensé en lo fácil que sería para mí salir al patio trasero sin que mamá se diera cuenta. Sería difícil, en cambio, cruzar el muro hasta el patio de los vecinos. Después de cruzarlo tardaría un rato en buscar una ventana que pudiera forzar. ¿Qué haría cuando la encontrara? Tal vez abrirla despacio. Intentar no hacer ruido al caer sobre mis pies. Tropezar con las cosas en la oscuridad de una casa desconocida. Luego andar por los pasillos hasta llegar a la cocina. Abrir todas las gavetas en busca del cajón de los cuchillos.

¿Y entonces? Llegar hasta el cuarto, donde la vecina ya se habría despertado porque sintió una presencia en sueños. La vecina que todos los domingos salía a sacudir un tapete en el balcón. La misma que me sonreía en la calle pero no sabía mi nombre, a la que yo le sonreía de vuelta sin odio y sin afecto. En la luz escasa de la ventana, verla entreabrir los ojos, todavía sin ver nada. Entonces levantar el cuchillo y tratar de convencerme de que yo estaba ahí por una razón. Alguna cosa debía buscar si me había tomado el trabajo de entrar hasta ese cuarto

en medio de la noche. Intentar decidir un lugar del cuerpo donde enterrar el cuchillo antes de que la mujer acabara de levantarse. No poder controlar el temblor de la mano.

Por esa misma época Luis Alfredo había hecho un viaje a Buga. Había ido a pagarle una promesa al Señor de los Milagros. Al salir de la iglesia vio a un niño que caminaba por la calle. El recuerdo de su fantasía lo rondaba todo el tiempo. Se decidió a hablarle al niño y quizás no supo si lo hacía o si todavía lo imaginaba. Luis Alfredo nunca dio los detalles de lo que pasó entonces. En su confesión habló como si todo el mundo conociera la historia y él solo estuviera ahí para repetirla. El niño caminó con Luis Alfredo por la orilla del río Guadalajara, casi hasta la estación del ferrocarril. Entonces Luis Alfredo se le acercó y le puso una mano sobre el pantalón. El niño gritó. Dos hombres de la Defensa Civil que estaban cerca oyeron el grito y llegaron al sitio. Acompañaron al niño de vuelta a casa. A Luis Alfredo lo llevaron a la estación de policía, donde pasó unos días en el calabozo.

Al volver a Tuluá Luis Alfredo encontró que su familia ya sabía del incidente. Su padre lo echó de la casa. Le dijo que si acaso no había mujeres. Entonces Luis Alfredo empacó su ropa y nunca más volvió.

Por un tiempo trabajó como ayudante en las fincas del Valle. En Trujillo se enamoró de una muchacha que vivía en una hacienda donde él sembraba y cuidaba a los animales. Se hicieron amigos y se veían todos los fines de semana al salir de la iglesia. Luis Alfredo creía que la muchacha también se había enamorado de él. Ninguno de los dos se lo confesó al otro. En pocos días no hubo más trabajo que hacer en la finca y Luis Alfredo se fue.

Buscaba un lugar donde asentarse y decidió probar en el Eje Cafetero. En Armenia lo contrataron en una panadería. Andaba siempre sin dinero: la mitad lo gastaba en el alquiler de la pieza donde vivía, la otra mitad en trago. No había dejado de tomar desde que empezó a los doce años. En las madrugadas solía llegar al trabajo todavía borracho del día anterior.

Encontró la sede de Alcohólicos Anónimos de la ciudad y empezó a asistir a las reuniones. En el día trabajaba en la panadería, iba a la iglesia y luego a la reunión. En la tarde se tomaba unas cervezas mientras esperaba a que oscureciera. Entonces iba hasta el parque Valencia y buscaba a uno de los niños que salían a esa hora a pararse en los zaguanes. Le daba tres mil pesos por una hora de sexo. Al día siguiente, en la iglesia, rezaba el *mea culpa* más veces de las que le había puesto el padre en la penitencia.

Su familia se había olvidado de él con la misma facilidad con la que él se había olvidado de ellos. Los compañeros de tragos no eran amigos. Eran borrachos que vivían por inercia,

porque matarse era más difícil que sentarse en la silla plástica de una cantina todo el día. Supuse que Luis Alfredo había llegado a un punto en el que nada lo conmovía. Era el punto más bajo, que no era la tristeza sino el vacío. Ahí, cuando no quedaba nada, todo valía. Un hombre podía hacer cualquier cosa si no tenía nada que perder.

Luis Alfredo había jugado varias veces con la idea del suicidio. Por entonces se convirtió en un pensamiento constante. Se internó por voluntad suya en el Hospital San Juan de Dios de Armenia. Quiso hablarles a los doctores de sus ensoñaciones sexuales con niños, que cada vez eran más violentas. Nunca supo cómo hacerlo. Tampoco les dijo que su único deseo era tener esposa e hijos. Más que cualquier otra cosa, Luis Alfredo quería formar un hogar con una mujer. Nunca lo intentó porque se sentía incapaz.

Luego de unos meses salió del hospital por la misma puerta por donde había entrado. Entonces tenía más o menos veinte años. Perdió el puesto en la panadería y lo contrataron en Supermercados Centrales de Armenia. Era el encargado de cualquier cosa que hiciera falta: cambiar un bombillo, ordenar las mercancías, limpiar la bodega. Trabajaba todos los días, también los fines de semana. El poco tiempo libre que tenía en las tardes lo pasaba en las cantinas, con una botella de cualquier trago que pudiera pagar.

Sus fantasías eran cada vez más complejas. En su confesión dijo que el ritual de comprar niños en el parque Valencia nunca bastó. Muy pronto supo que lo que buscaba no era sexo. Se dio cuenta sin pensarlo, sin ponerlo en palabras. Nunca llegó a explicárselo a sí mismo. En el trabajo Luis Alfredo tenía dos horas para almorzar. Un día de octubre o de noviembre de 1980 las aprovechó para tomar un bus hasta Quimbaya, un pueblo cercano. Vio a varios niños que caminaban por la plaza. Se acercó a uno de ellos. El periódico no decía su nombre porque el mismo Luis Alfredo nunca llegó a saberlo. Entonces intentó lo mismo que había intentado en Buga, con la diferencia de que esa vez resultó. Fue la primera vez que violó a un niño. Lo dejó vivo y desnudo en un potrero. Tomó un bus de vuelta a la ciudad y regresó al trabajo.

Algo debió ser diferente entonces. Quizás se concentró menos en lo que hacía. Quizás repetía las imágenes y las sensaciones en su cabeza. No había llegado a realizar su fantasía por completo. Si con la primera vez hubiera alcanzado a satisfacer su deseo, se habría detenido. Lo que sucedió fue quizás que inventó una carencia. No tenía nada, pero de pronto descubrió que podía jugar a que algo le faltaba.

Violar a la hora del almuerzo se convirtió en rutina. Muchos de los niños nunca contaron nada. Tal vez temían que sus padres les dijeran lo que solía decir mi abuelo: que un muchacho tenía que ser bueno para pelear, que no podía dejarse. Los pocos niños que contaron sus violaciones aparecieron en los titulares judiciales de los periódicos de la ciudad. Entonces Luis Alfredo empezó a viajar más lejos. A principios de 1981 fue hasta Sevilla, Valle del Cauca. Fue allí donde sintió que violarlos tampoco bastaba. Quiso experimentar con las cosas que había empezado a añadir a sus fantasías. Llevaba objetos en una maleta: velas, encendedores, cuchillas de afeitar.

Dijo que por esos días el sueño lo había abandonado por completo. Yo lo imaginaba acostado en la cama con los ojos abiertos, sin poder escapar de él mismo. Nunca dejó de ir a la iglesia. Buscaba un castigo para sus culpas que no llegaba. Años después los investigadores encontrarían entre sus pertenencias un cuaderno azul repleto de citas de la Biblia. La mayoría de los versículos que había copiado eran del Nuevo Testamento. En una de las últimas páginas estaba escrito: «Entonces Jesús se acercó al leproso, y este le dijo: Señor, no toques mi carne, porque es inmunda. Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: vuelve conmigo a Galilea. Yo te daré ropas nuevas y cada hombre te llamará su hermano».

Luis Alfredo contó que el jueves 6 de diciembre de 1986 estaba en la habitación alquilada donde vivía. Veía el noticiero de la noche. El presentador anunció de pronto que tenían una noticia de último minuto. En la pantalla apareció la imagen de una calle bogotana, iluminada apenas por los faroles de la calle. Un tumulto de gente y reporteros se apretaba en la puerta de una casa blanca. De vez en cuando un policía armado escoltaba a un grupo de gente fuera de la casa y hasta la acera opuesta. Por la calle solo pasaban los destellos fugaces de las patrullas de la policía y las ambulancias.

El presentador dijo que las imágenes correspondían a la fachada del restaurante italiano Pozzetto, donde hacía apenas unas horas había ocurrido una masacre. Se creía que más de veinte personas habían muerto. El presentador no había terminado de hablar cuando las puertas del restaurante se abrieron. Cuatro hombres, algunos de traje y otros con batas largas, salieron del restaurante llevando una camilla plateada. El tumulto se hizo más estrecho. Los flashes de las cámaras alumbraron al mismo tiempo al hombre que yacía muerto en la camilla. Estaba casi desnudo, apenas cubierto por su ropa interior blanca. Su cuerpo pálido estaba lleno de agujeros púrpuras, casi todos en el rostro y en el pecho. El trapo blanco y los agujeros que parecían llagas recordaban a la imagen del Nazareno en el sepulcro. El presentador dijo

que se trataba del cadáver de Campo Elías Delgado, el autor de la masacre. Al parecer el hombre se había suicidado con un tiro en la sien.

Luis Alfredo vio la noticia entera y esperó frente al televisor a que emitieran más reportajes. En las semanas siguientes compró todos los periódicos que registraban lo que había pasado esa noche. Campo Elías Delgado era más que famoso. Había ganado una importancia definitiva: nadie podía ignorar lo que había hecho.

En las entrevistas de los días siguientes, sus compañeros de universidad dijeron que Campo Elías se había interesado mucho por la literatura. Había sido un lector frecuente de la obra *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. En su confesión del 28 de octubre, Luis Alfredo aprovechó para comentar la novela de Stevenson, que él mismo no había leído pero que conoció a través de los artículos sobre Campo Elías.

— La historia es muy bella —dijo—. Trata de un doctor que se tomaba un brebaje y se volvía malo. Entonces podía hacer cosas que no se atrevía a hacer cuando era bueno.

La fiscal le preguntó entonces por su primer asesinato. Luis Alfredo contestó

— La primera vez fue en el año 92 en Jamundí. No sé quién era el niño.

El redactor del periódico se había tomado el trabajo de incluir algunos de los detalles que Luis Alfredo había omitido. El artículo decía:

Ocurrió el lunes 12 de octubre. El niño se llamaba Juan Carlos Ramírez. Tenía nueve años e iba de camino a casa.

Leí los párrafos siguientes. El reportaje no decía nada más sobre Juan Carlos Ramírez. No decía si salía del colegio o si volvía de comprar algo en la tienda. No decía nada de él, más allá de que por algún azar insondable había sido la primera víctima.

Abrí el libro de Gustavo Medina en busca de algo que le diera alguna realidad a ese nombre. Medina se había limitado a describir el asesinato. Era como si el niño hubiera empezado a existir cuando Luis Alfredo lo vio pasar desde la cantina y dejó la cerveza que se estaba tomando.

Volví a leer el periódico. «Se llamaba Juan Carlos Ramírez. Tenía nueve años e iba de camino a casa». Lo imaginé delgado, de cabello claro y cara morena. Tenía el semblante tranquilo de los niños que entienden las cosas antes de que cualquiera se las explique. La camiseta azul clara le quedaba un poco suelta porque era un préstamo de su hermano mayor. Ese día llevaba bermudas, pero no le molestaba usar pantalones largos. Nunca había conocido otra cosa que el calor de su pueblo.

Esa mañana su madre le había apartado un mechón de la cara y le había dicho que necesitaba un corte de pelo. Entonces le había entregado el manajo de almanaques para que saliera a venderlos en la plaza. Pero no había turistas en la plaza un lunes. Juan Carlos solo vio a los vecinos de siempre. Se compró un helado en un puesto del parque. Esperaba que su mamá se olvidara de pedirle las vueltas del dinero del desayuno. Al mediodía empezó el camino de vuelta a casa con el manajo de almanaques completo.

Juan Carlos caminaba entre casas de ventanas abiertas. A veces miraba el cielo y se preguntaba si después de ese sol caería un aguacero. Otro aguacero de octubre, como el que la semana pasada había inundado el patio de su casa. Pensó que quizás sus tenis blancos ya se habían secado. Si esa tarde no llovía saldría a jugar un partido con los muchachos de la otra cuadra.

Dejó atrás el murmullo de la rockola de una cantina. A lo lejos ya se veían las hojas del yarumo que crecía frente a su casa.

Escuchó un chiflido que venía del camino y dio media vuelta. Un hombre venía hacia él, vestido con una camisa de franela. Juan Carlos lo había visto por primera vez en el pueblo hacía apenas unas semanas. Supuso que le iba a pedir direcciones. Lo esperó en la mitad de la calle.

El hombre se acercó. Juan Carlos vio que era un tipo flaco, con la delgadez del hambre y no del trabajo. El hombre le dijo que iba de camino a apartar unos terneros en un potrero cercano.

— Si me ayuda le doy mil pesos.

Juan Carlos recibió un poco de ese vapor de aguardiente que era el aliento del hombre. Mil pesos eran unas onces. Juan Carlos le preguntó dónde quedaba el potrero.

El hombre le pidió que lo siguiera. Caminó delante de él por entre cercas de alambre. A veces parecía que el hombre no conocía el terreno, pero Juan Carlos pensó que debía ser porque estaba borracho. Llegaron a un sitio desde donde no se podía ver la carretera. Ahí el hombre le dijo que esperara mientras sacaba los lazos para amarrar a los terneros.

Quizás Juan Carlos quiso gritar cuando sintió el primer puño en la boca. Tal vez quiso levantarse del suelo, pero el hombre se sentó sobre él y empezó a amarrarle un lazo alrededor de las muñecas. Los ojos le ardían con cada nuevo golpe. Entonces el hombre le bajó el pantalón hasta los tobillos. Juan Carlos tuvo tiempo para sentir la tibieza del sol en las piernas,

la vergüenza. El hombre lo puso boca abajo y Juan Carlos supo lo que iba a pasar. Me pregunté hasta qué punto yo sería capaz de imaginar.

Luis Alfredo dijo en su confesión que no sabía con certeza qué había cambiado ese día. La idea de matar a un niño se le había ocurrido muchas, muchas veces antes. No había sido capaz. Solía hacerles cortes pequeños en la piel de los brazos y quemarles las piernas con una vela. Pero después de cada orgasmo veía al niño que lloraba en silencio sobre el pasto, se abrochaba el cinturón y se iba. Esa mañana, mientras le sostenía las manos a Juan Carlos para que no se desatara, la idea volvió. Al final tomó la decisión. Supo que iba a matarlo unos minutos antes de cortarle el cuello.

El periódico decía: «La indagatoria se interrumpió por un momento porque el acusado sintió náuseas». Después de salir a tomar aire, Luis Alfredo volvió a su silla. No quiso hablar de los detalles de esa primera muerte. Dijo que esa mañana estaba borracho y no recordaba algunas partes. El trago se había convertido en un requisito cada vez que atacaba a un niño. En los asesinatos siguientes llevaría una botella hasta el potrero y se la tomaría entera ahí mismo. El grupo investigador ya sabía eso. Era la razón principal que los había hecho pensar que todos los crímenes estaban relacionados. Cerca de los cuerpos solían encontrarse botellas vacías de un trago que era siempre el mismo. Se llamaba Aperitivo de la Corte y era el brandy más barato que había en el mercado. Una vez mi profesor de literatura inglesa me dijo que la manera más audaz de leer *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* era pensar que la poción era agua de azúcar. No era más que un placebo, un bebedizo inútil que no tenía ningún efecto. La poción era apenas un simulacro que le permitía al Doctor pensar que no era él sino una criatura monstruosa quien golpeaba gente con su bastón hasta matarla. Era una manera de salvarse de saber que era un asesino. El Dr. Jekyll no podía soportar darse cuenta de que era él quien mataba, no otro.

Muchos de los niños habían aparecido desmembrados. Casi todos tenían la cabeza separada del cuerpo. La fiscal le preguntó al acusado por qué había decidido matarlos de esa manera.

— No sé por qué yo tomaba esas determinaciones —contestó—. De pronto era para que los niños no sufrieran y murieran más ligero.

Luis Alfredo estaba lleno de excusas que él mismo había acabado por creerse. Me pregunté si, como el Dr. Jekyll, no pensaba en sus verdaderos motivos porque no podía soportar hacerlo.

El artículo decía: «El procesado pidió que se hiciera otra pausa a la indagatoria. Vomitó».

Seis días después de matar a Juan Carlos Ramírez, Luis Alfredo se fue a Tuluá y mató a otro niño. El periódico decía que la segunda víctima se llamaba John Alexander Peñaranda. Había muerto a los doce años. Ese mismo año estuvo en Bogotá. En las periferias del sur de la ciudad recordaba haber matado a cuatro niños. En 1993 regresó a Armenia. De allí pasó al pueblo de Quimbaya y después a Calarcá. En ese año, según él, mató a once niños en total.

Luis Alfredo pidió su libreta de notas. El grupo investigador la había encontrado en una maleta con varias pertenencias que Luis Alfredo había dejado en casa de su hermana. En el periódico había una foto de la libreta: era una especie de cuaderno blanco con las portadas casi descosidas. Estaba tachado por todas partes de una letra alta, esbelta pero temblorosa, muy parecida a la de mi abuelo. Era la letra de alguien criado a la vieja usanza pero que no terminó el colegio. En ella Luis Alfredo había consignado los lugares donde había estado, la cantidad de niños que había matado y las fechas de sus muertes. No había ningún nombre. Cada niño era una línea de esfero sobre el papel.

Luis Alfredo terminó de leer los apuntes de su libreta. Los investigadores ahora tenían un enredo fantástico de nombres de departamentos y veredas, de corregimientos y provincias que llegaban hasta Ecuador y Venezuela. La fiscal concluyó que los niños muertos debían ser más de los 116 que los investigadores tenían en sus archivos. Pensé que esa incertidumbre de la cifra siempre había sido parte del horror. En cada emisión los noticieros habían reportado una cantidad de víctimas distinta: 100, 140, 170, más de 200. Parecía que cualquier niño en absoluto que hubiera desaparecido podía haberse encontrado con Garavito. Cualquiera podía ser víctima suya y por lo mismo parecía que todos lo eran.

Sin que nadie se lo pidiera, Luis Alfredo había llegado a nombrar sus propios actos.

— Yo lo titularía *El silencio de los inocentes*. En la época en que mataba niños me vi esa película como cinco veces.

Quizás Luis Alfredo pensaba que no existía ninguna diferencia de fondo entre sus acciones y la película. Al fin y al cabo, ambas habían atraído al público de todas partes, tal vez por las mismas razones. Su rostro, como el de Hannibal Lecter, estaba en todas las pantallas. De alguna manera, los crímenes de Luis Alfredo también habían sido un éxito en taquilla.

Al final del interrogatorio se hizo un silencio profundo en la sala. Tal vez desde la ventana de la Fiscalía se alcanzaba a ver el sol rosado que empezaba a levantarse sobre el llano. Poco antes de salir de la sala de conferencias, Luis Alfredo les hizo una petición a los presentes.

— No me miren así —dijo—. Yo no soy peor que Carlos Castaño.

El 29 de octubre de 1999 el Fiscal General y el director del CTI anunciaron la resolución del caso en una rueda de prensa. Aprovecharon la ocasión para hablar de la eficacia de la Fiscalía y del Cuerpo Técnico. Dijeron que las instituciones judiciales habían llevado a cabo una captura sin precedentes. Evitaron mencionar que esa captura excepcional se había tardado siete años.

Al día siguiente empezó el escándalo en los medios. Luis Alfredo Garavito se convirtió en el enemigo público número uno, por encima de cualquiera de las partes del conflicto armado. No había nadie en el país que no supiera su nombre. Su apellido se llenó de connotaciones oscuras: «Garavito» designaba ahora a una criatura única en su especie. Los periódicos nacionales repitieron que se trataba de «el asesino en serie más grande de todos los tiempos».

El libro de Gustavo Medina tenía fotos de algunos artículos extranjeros que comparaban a Luis Alfredo con Jack the Ripper y Charles Manson. Pensé que ninguno de ellos había cometido crímenes parecidos. Los comparaban solo por su reputación, por su leyenda.

Todos los artículos que yo había leído hasta entonces se preguntaban por qué. Recordé la ausencia de esa pregunta en los artículos del semanario de Manizales que reportaban las masacres paramilitares. También estaba ausente en el artículo que contaba la toma guerrillera de mi pueblo. Ahora era el enigma central del caso, que ni siquiera el acusado había sido capaz de descifrar. Cuando la fiscal le preguntó por qué había matado, Luis Alfredo dijo

— Hoy en día yo también me hago esa pregunta.

El caso estaba resuelto pero, de alguna manera, todavía era un misterio. Los redactores de los periódicos no conocían un lenguaje para decir todo lo que Luis Alfredo había hecho. Él tampoco tenía palabras para nombrar sus acciones. Había un silencio que atravesaba como una grieta la historia de ese hombre que ahora se disponía a volver a su celda en la cárcel de Villavicencio. Antes de salir del edificio, Luis Alfredo se dirigió a la fiscal, al abogado y al psiquiatra que lo habían interrogado.

— Yo no quiero que me miren como a un monstruo —les dijo—. Yo soy un ser humano.



La tarde empezaba a descender por el cristal de las ventanas de la biblioteca. Apenas había empezado a mirar los periódicos del 31 de octubre de 1999 cuando la muchacha de recepción llegó hasta mi mesa. De pie y sin el uniforme de trabajo parecía otra persona. Supuse que era apenas un par de años mayor que yo.

— Cuando termines con esta caja se la entregas al celador —me dijo.

— ¿Hoy cierran temprano?

— Solo yo me voy. Tengo clase a las seis y media.

Miró el periódico que estaba abierto sobre la mesa.

— ¿Este es el caso en el que trabajas? —preguntó—. No me digas que se escapó y lo están buscando.

— Nada de qué preocuparse —me reí—. Para resolver un caso a veces ayuda conocer otros.

— Claro —asintió ella—, como lo que hicieron con Manuel Octavio Bermúdez.

Yo no había pensado en eso hasta entonces. En abril de 1999, el mes en que capturaron a Garavito, habían empezado a aparecer niños muertos en los cañaduzales del Valle del Cauca. Todos tenían los pantalones abajo y un moretón en el cuello. Los forenses determinaron que la causa de muerte en todos los casos había sido estrangulación por ligadura. El asesino utilizaba como arma una soga delgada o un cordón de zapato. Algunos de los cadáveres estaban quemados.

A principios del 2003 la gente ya había encontrado dieciséis cuerpos, casi todos en Palmira. En mayo de ese año un funcionario anónimo de la policía filtró la información completa de los descubrimientos a un periódico del Valle. Los tabloides anunciaron que la historia de Garavito se repetía. La gente estaba más enardecida que nunca y la Fiscalía necesitaba mostrar resultados pronto para librarse de la presión pública. Entonces el fiscal encargado del caso propuso una solución. Visitarían a Garavito en la cárcel para pedir su consejo.

El fiscal no contaba con que Garavito ni siquiera comprendía sus propios crímenes. Su única conclusión, después de conocer los detalles de los descubrimientos, fue que el asesino tenía que ser del Valle del Cauca. Los investigadores ya daban eso por sentado, pues todos

los cadáveres habían aparecido en ese departamento. Al final la opinión de Garavito no había cambiado nada. Los investigadores solo habían conseguido que se divirtiera un rato jugando a ser Hannibal Lecter.

La muchacha de recepción conocía el caso.

— Podrías dedicarte a esto —le dije.

— No creo que sea lo mío. Un asesinato deja de ser divertido cuando hay que enfrentarse al dolor.

— Yo no estaría tan segura de eso. Sófocles todavía llena teatros.

— Podríamos ir un día y averiguar qué busca la gente en Sófocles.

— ¿Es una invitación?

— No te ilusiones.

La muchacha se fue con pasos silenciosos. Al bajar la mirada encontré un trozo de papel blanco sobre la mesa. Decía «Ana» junto a un número de teléfono.

Volví al periódico. En la edición del domingo 31 de octubre había otros artículos sobre la confesión y más fotos. En la esquina de una página encontré una columna firmada por una tal Patricia Hurtado. Miré al final del texto, en busca de alguna información sobre la autora. Al parecer era trabajadora social y dirigía una fundación en contra del maltrato infantil.

La columna hablaba de la infancia de Luis Alfredo Garavito. Sobre ese tema no se tenía más información que el testimonio que él mismo había dado. Contó que su padre solía golpear a su madre y arrastrarla por el suelo. Todos los días le decía: «yo la recogí del fango, mujerzuela». En una ocasión llegó a cortarla con un cuchillo. Luis Alfredo había crecido con la convicción de que el mundo era un lugar violento. Había aprendido que las únicas maneras de vivir con otros eran dominar u obedecer, inspirar miedo o tenerlo. En su confesión Luis Alfredo dijo que odiaba a su padre. Cuando estaba borracho solía pensar en buscarlo para matarlo. Nunca lo había hecho.

Yo conocía un odio parecido. De mi papá no se hablaba nunca en casa. La última vez que lo vi yo tenía quizás cinco o seis años. Era tarde en una noche de vacaciones y yo veía un capítulo de *Scooby Doo* en el canal de caricaturas. En la escena final Fred y Shaggy capturaban al fantasma y le quitaban la máscara. Debajo de ella descubrían el rostro del sirviente, el mismo que les había abierto la puerta y les había recibido las maletas cuando llegaron a la casa embrujada. De pronto sentí un estruendo que hizo vibrar todo el piso. Venía del pasillo. Al principio pensé que se había caído el cuadro que colgaba de la pared de la sala.

Entonces abrí la puerta y vi a mamá en el suelo. Él estaba de pie junto a ella. Quizás sintió algo parecido a la vergüenza cuando me vio parada en la puerta. Le extendió una mano a mamá para ayudarla a levantarse. Mamá se levantó sola, se sacudió la ropa y me dijo que volviera a mi cuarto.

Pasé el resto de las vacaciones en la casa del río con mis abuelos. Cuando volví a casa éramos solo mamá y yo.

En su columna, Patricia Hurtado comentaba el pasado de Garavito.

Como tantos otros criminales, Luis Alfredo Garavito creció en una familia disfuncional. La historia de su infancia revela quiénes son los responsables últimos de esta tragedia. Si a un niño se lo trata como a un criminal, se crea un criminal. Los niños maltratados son agresivos, se llenan de odio contra el mundo. Las historias clínicas demuestran que los traumas de la niñez son la razón principal por la que un ser humano se convierte en psicópata.

El descubrimiento de casos como este debe ser un llamado a la razón. La violencia contra los niños no solo ocurre en las casas. Cada día se les obliga a trabajar en las calles, a vender cualquier producto, incluso sus propios cuerpos. La explotación laboral de la infancia es un factor central de la formación de futuros delincuentes. Es por esto que en Colombia hay asesinos en serie similares a los que existen en Estados Unidos, monstruos capaces de matar a decenas de personas.

Me pregunté si la fundación de Hurtado trataba a los niños que habían sobrevivido a Garavito como posibles futuros asesinos. También me pareció extraño que Hurtado hiciera referencia a los asesinos estadounidenses. Algunos de ellos habían tenido una infancia muy tranquila. Dennis Rader fue el mayor de cuatro hijos de un hogar luterano. Su padre era miembro de la Armada y su madre fue contadora de un supermercado por muchos años. Dennis era *boy scout* y participaba en las actividades de los grupos juveniles de su iglesia. Ted Bundy creció en Philadelphia en casa de sus abuelos maternos, que lo criaron como a su hijo y lo llevaban a misa todos los domingos. En su última entrevista, unas horas antes de su ejecución, Bundy dijo que sus padres no bebían, no fumaban y no apostaban el dinero de las cuentas. También dijo que esperaba que nadie tomara el camino fácil de involucrar a su familia en los crímenes. Él era el único responsable de sus acciones.

Hurtado seguía:

A los doce años Garavito se había enamorado de varias de sus compañeras del colegio, como cualquier preadolescente. Solo después de que un amigo de su padre lo violara emergió su atracción por otros hombres. La patología que nació allí es evidente. El trauma hizo que el muchacho desviara su deseo hacia los hombres; peor todavía, hacia los niños. Muchos asesinos en serie han tenido una vida sexual mal integrada. Jeffrey Dahmer, John Wayne Gacy, Andrew Cunanan y Aileen Wournos son algunos de los sujetos que representan estas prácticas sexuales mal encaminadas.

Pensé que el asesinato en serie podía ponerse al servicio de todo tipo de intereses. Pasé la página. Después de la columna había un anexo que Patricia Hurtado había titulado: «Otros niños maltratados».

Los traumas de la infancia pueden convertirse, con los años, en una fuente de creatividad. Quizás se trate de una manera en que los hombres adultos hacen catarsis para no ejercer una violencia real. Alfred Hitchcock fue un niño maltratado por su padre que llevó su propia psicopatía a la pantalla. Edgar Allan Poe, huérfano y después rechazado por su padrastro, hizo del terror humano uno de los centros de su obra literaria. Basta con leer la Carta al padre de Franz Kafka para entender los efectos del abuso psicológico en la vida del escritor. Lo que acerca a todos estos artistas de lo macabro es su obsesión por lo oscuro, por el crimen y por la muerte. Así es como un hombre interpreta el mundo después del maltrato. La única diferencia es que los artistas, en lugar de destruir, crean.

Esas criaturas que Hurtado llamaba «artistas de lo macabro» eran una especie de asesinos contenidos. Eran todos los que se interesaban por el crimen y por la muerte un poco más de lo que resultaba sano. De seguro Hurtado no estaría dispuesta a afirmar que todas las personas que habían leído *Berenice* o que habían ido a una función de *Psicosis* tenían también un pasado traumático. Acaso era aceptable ver el apuñalamiento de una mujer y leer sobre tumbas profanadas, pero solo hasta cierto punto. Me pregunté dónde estaba el límite.

No había nada más sobre el caso de Garavito en la edición del 31 de octubre. El resto del periódico estaba dedicado casi por completo a un especial de Halloween. Un par de artículos sugerían ideas de disfraces y daban consejos para la seguridad de los niños esa noche. Al final, junto a los horóscopos, había un ensayo de una escritora de historias de terror llamada Samanta Rubio.

Los monstruos y nosotros

Se ha dicho bastante que los monstruos encarnan los miedos de una sociedad. Para los hebreos, por ejemplo, los espíritus impuros eran los que causaban las enfermedades del cuerpo. Algunos monstruos materializan terrores que trascienden los límites culturales. Casi todas las comunidades del mundo han imaginado a un monstruo marino: desde el Leviatán hasta Escila y Caribdis, pasando por Jörmungander y Caicai Vilu. El mar, desconocido e inmenso, es uno de los lugares donde nace el miedo.

La función que cumplen los monstruos cambia tanto como su apariencia. A lo largo de la historia, los poderosos han sabido usar el terror como un instrumento. En muchas ocasiones el monstruo ha sido el Diablo, pero también lo han sido el extranjero, la bruja, el homosexual, el negro, el moro y el judío. En principio, el vocablo «monstruo» viene del latín monstrum, que nombra a un hecho extraordinario. En la Roma clásica se pensaba que los portentos cumplían la función de un oráculo. Se decía que un hecho maravilloso «monstrat futurum, monet voluntatem deorum»: muestra el futuro, advierte la voluntad de los dioses. Un monstruo podía ser un ternero que naciera con una mancha en forma de luna en la frente. También podía serlo un hombre que naciera con seis dedos. Lo monstruoso se entendía como aquello que, por ser extraordinario, revelaba el curso de un orden superior.

La palabra «monstruo» comparte su raíz con el verbo mostrar. Desde su origen, el monstruo ha estado ahí para ser visto. Por su parte, la fama siempre ha tenido algo de monstruoso en cuanto implica una transgresión. Las virtudes del héroe clásico están, por definición, más allá de las capacidades humanas. Las celebridades modernas también se acercan a esta condición. Más de una vez he escuchado a alguien decir que Jimi Hendrix era un monstruo en la guitarra. Para hablar de la exhibición de lo monstruoso basta con recordar los freak shows, tan célebres en el siglo XIX, que convertían en espectáculo y en mercancía a los cuerpos que parecían exceder los límites de lo humano.

Se suele pensar que el reino de lo monstruoso y el reino de lo humano son opuestos necesarios: uno empieza donde acaba el otro. Nuestra definición de lo humano es limitada y lo monstruoso nombra todo lo que de alguna manera no cabe en ella. «Monstruo» es en realidad un sinónimo de «incomprensible». Como el lenguaje es humano, no alcanza a decir lo que se percibe que está más allá del hombre. «Monstruo», en todas sus formas, es una palabra que llena el vacío.

Los monstruos son una fuerza cultural importante, no sólo porque les dan forma a los temores colectivos. Los monstruos también son capaces de encarnar los principios de una

comunidad. El pintor John Gast, por ejemplo, representó al Progreso Estadounidense como una mujer gigante que avanzaba en vuelo rápido hacia el oeste, sembrando líneas de ferrocarril a su paso. De esto se habla poco, pues se piensa que representar los valores sociales es una función exclusiva del héroe. Esta labor cultural de los monstruos sugiere que la oposición entre lo humano y lo monstruoso quizás no es tan radical como se cree.

Los monstruos todavía cumplen una función profética. Walter Benjamin escribió alguna vez que el origen mismo de la ley es la violencia. La existencia de la ley depende de la capacidad de quien la impone para ejercer un castigo. Por eso la violencia máxima, la que se ejerce sobre la vida y la muerte, es el lugar por excelencia donde la ley se crea. Los monstruos son dueños de ese poder sobre la vida y la muerte. Los zombies, las momias y la criatura del Dr. Frankenstein superan a la muerte cuando vuelven de ella. Los cuerpos de los vampiros son invulnerables al tiempo. Jason Vorhees, Michael Myers y Freddy Krueger sólo mueren para volver en la siguiente película, y además ejercen su soberanía sobre la vida cuando asesinan. Ante los monstruos, las leyes que sujetan a los hombres se anulan. Los monstruos reclaman para ellos mismos la función de crear una nueva ley.

Esto nos inspira temor, pero también admiración. Las personas suelen sentir que las leyes humanas son una restricción, un impedimento. Siempre existe la esperanza de eludir la ley, dice también Benjamin. Siempre tenemos un deseo oculto de saber qué pasaría si nos quitáramos las ataduras del miedo a la cárcel, pero también las ataduras de la moral, las ataduras de la compasión, las ataduras del asco, que a fin de cuentas es la moral del cuerpo. Las historias sobre monstruos nos ofrecen la posibilidad de incumplir las leyes de forma vicaria. En ellas podemos vivir por un momento la experiencia de superar las reglas de lo que entendemos que es humano.

Los críticos de literatura y de cine suelen asumir que, ante una historia cualquiera, el espectador se identifica con el héroe. Muy pocos se atreven a notar que el espectador, al mismo tiempo, suele identificarse con el monstruo. Benjamin decía en Calle de dirección única que la repulsión surge del miedo de que en el fondo nos parezcamos a lo que no somos capaces de tocar. Todo el mundo está dispuesto a aceptar que le teme al monstruo o que siente repudio por él. Pero muy pocos querrían admitir que el deseo de ver al monstruo nace de la consciencia de que hay algo que nos acerca a él. En el momento del encuentro hay algo en nosotros que busca la semejanza. Y entonces ocurre que un ser distinto, de pronto, nos parece extrañamente familiar.



El reloj de mesa decía que eran casi las nueve de la mañana. Di una vuelta en la cama, dispuesta a dormir un poco más. La última semana se había sentido tan larga como un mes.

Una sensación vaga me mantuvo despierta. Esperé un rato a que se fuera sola. No sucedió. Me senté en la cama y miré de nuevo el reloj. Las manecillas mostraban las nueve en punto. Era miércoles, 15 de febrero. Yo me había olvidado de ir a la universidad.

Entré al salón cuando Beatriz recogía sus cosas. Todos los puestos estaban vacíos.

— Dígame a qué hora quiere que dicte la clase —dijo Beatriz.

— Discúlpeme, profesora. Han sido días difíciles.

En el camino hacia el escritorio me di cuenta de que no llevaba mi maleta.

— ¿Ya tiene un tema para su proyecto? —me preguntó.

— Tengo otras ideas para estudiar la novela policial nórdica.

— Todavía quiere estudiar el crimen en los países donde se cierran cárceles por falta de presos.

— El trabajo de la novela policial no es reportar el crimen. Eso ya lo hacen los noticieros.

— ¿De qué hablaría en su investigación?

— De los caminos que proponen algunas novelas nórdicas para llegar a la verdad.

Beatriz me sostuvo la mirada por un instante.

— ¿Y eso de qué le sirve al señor que vende tintos acá en frente? —preguntó.

— ¿A qué se refiere?

— No veo para qué hablar de verdad en un país donde rara vez se conoce.

No supe qué responder. Beatriz volvió a ocuparse en empacar los libros en su bolso.

— El relato policial depende de una idea de orden social —dijo—. De ahí parte la historia y ahí vuelve. La burguesía inglesa del XIX tenía una ilusión de orden muy bien cuidada. Por eso todo vuelve a estar en su lugar cuando Sherlock Holmes atrapa al asesino. El criminal era apenas una mancha en la tacita de porcelana que era Londres. Usted no puede contar la misma historia en Colombia, al menos no sin mucha ingenuidad. Tendría que cambiar el género literario o cambiar el país. O las dos cosas.

— Aun así, Sherlock sabía que habría otro crimen después de cada caso resuelto —dije. Todavía no estaba segura de cuál era mi punto—. Quizás en el fondo no se trataba de un regreso al orden sino de su búsqueda. Una búsqueda que nunca termina.

— Ya que habla de búsquedas —contestó Beatriz—, me parece que es hora de encontrar otras cosas de las que hablar. Este país no necesita más horrores.

— ¿Y qué hacemos con los que traemos a cuestras?

— Ya muchas páginas se preguntan si hay vida después de la guerra.

— Muy pocas se preguntan si los niños pueden jugar en las calles después de los crímenes de Garavito.

A Beatriz no le gustó que yo usara ese nombre como argumento.

— Ese señor ya es cuento viejo —dijo.

— No todos lo son. Hace dos años la policía supo que un hombre mataba mujeres en el cerro de Monserrate, a menos de un kilómetro de aquí. Se llama Fredy Valencia. No sé si usted lo recuerda.

Beatriz cerró la cremallera de su bolso. Sin la distancia del salón entre nosotras, su rostro era una visión nueva. Había algo cálido en él, algo que yo nunca había visto antes.

— ¿Entonces cuál es el tema de su proyecto? —me preguntó.

Su sonrisa quería decir algo que no pude descifrar. Se puso el bolso al hombro y caminó hacia la puerta del salón.

— Piénselo mejor —me dijo antes de salir.



Los artículos sobre Garavito llegaban hasta la segunda semana de noviembre. La noticia había ardido como una hoguera por unos días y se había apagado sola cuando la gente se olvidó de alimentarla. Desde la puerta de la biblioteca miré la mañana insípida. Caminé por andenes rotos hasta el parqueadero. Habían pasado casi dos semanas desde que los obreros encontraron los restos. Yo todavía no tenía pistas ni sospechosos. En ese punto, la investigación podía convertirse en cualquier cosa. Parecía que todos los caminos estaban abiertos.

Garavito nunca dijo que hubiera pasado por La Calera. Yo creía que no era imposible que el cadáver de la construcción fuera una víctima suya. Muchos de los niños de Pereira

todavía tenían cuerdas atadas a los tobillos o a las muñecas cuando los encontraron. Según mi tío, los obreros habían desenterrado unas sogas viejas a pocos metros del cadáver. Garavito también había desmembrado algunos de los cuerpos. Quizás eso explicaba la ausencia de las piernas y el antebrazo.

Otras cosas me hacían pensar que mi teoría era demasiado osada. En primer lugar, el cadáver estaba enterrado. Era improbable que Garavito hubiera cambiado su método en una ocasión y después hubiera vuelto a abandonar los cuerpos. Acaso permanecía la posibilidad remota de un enterramiento accidental. También el tamaño del cadáver me hacía dudar. En definitiva no se trataba del cuerpo de un niño de siete años. Quizás podía tratarse de un muchacho de unos catorce o quince. Sin embargo, mi investigación temprana de los restos me había dicho que el cuerpo pertenecía a una mujer. Yo confiaba en los resultados de mi observación. Después de que mi tío decidiera desaparecer el cadáver, mis conclusiones eran lo único que me quedaba.

Abrí la puerta de mi casa y esperé un momento. No escuché ningún ruido. Mamá se había ido al trabajo. Inés debía estar en la plaza de mercado haciendo las compras para el almuerzo. Subí hasta el cuarto de mamá y puse las llaves del carro de vuelta en el cajón del tocador. Intenté dejarlas tal como las había encontrado.

Fui hasta el estudio y me paré en frente del viejo armario que hacía de biblioteca. Me detuve a mirar los lomos de los libros que con los años se habían ido acumulando en los estantes. Mi parte del anaquel parecía enlutada por el color negro de las ediciones de *true crime* y las novelas policiales. Busqué la enciclopedia de asesinos en serie que mamá no había querido que yo comprara. Estaba al fondo de una repisa, detrás de varios atlas para que mamá no tuviera que verla cada vez que entraba. Las tapas eran negras y estaban decoradas con salpicaduras impresas en tinta roja brillante. Su autora se llamaba Mallory Smith. El libro tenía el grosor de un directorio telefónico.

Fui al capítulo de asesinos latinoamericanos. Con Garavito, había apenas tres asesinos colombianos en la lista. Los otros casos todavía no se habían descubierto cuando la enciclopedia se publicó en el 2002.

Empecé en orden alfabético. A Daniel Camargo Barbosa lo habían capturado en 1974. Al parecer un policía que patrullaba por las afueras de Barranquilla había visto a un hombre que cavaba en un terreno alejado de la carretera. En principio el policía se acercó con la

intención de preguntarle qué hacía. Entonces vio que el hombre botaba a la zanja el cadáver de una niña.

Daniel Camargo lo escribió todo en su diario desde la cárcel. La niña a la que quiso sepultar esa tarde se llamaba Liliana Jaramillo Lopera. La encontró cuando ella salía del colegio.

— La directora te envía este paquete —le dijo Camargo—. Te pide que lo lleves hasta la casa de tu profesora.

— No sé dónde vive mi profesora —le contestó ella.

Entonces Camargo se ofreció a guiarla. En el camino le pidió a Liliana que lo dejara llevar sus útiles del colegio. Ella aceptó. Con la maleta azul al hombro, Camargo le dijo que si cruzaban un bosque cercano llegarían más rápido. Caminaron juntos por entre matorrales. Cuando encontraron un claro, bosque adentro, Camargo la sujetó.

— No intentes correr porque estoy armado. No te traje para que entregaras nada. Te traje porque me gustas y quiero que hagamos el amor.

La frase era siempre la misma para cada una de las niñas. Quizás le gustaba pensar que ellas sabían lo que iba a pasar y no se resistían. Acostó a Liliana en el pasto y le subió la falda del uniforme. Días después Camargo escribiría en su diario que la había poseído con cuidado. Descansó un rato acostado junto a ella y se levantó para violarla de nuevo. Al final puso ambas manos sobre su cuello. La soltó solo cuando sintió que había dejado de respirar.

Un tribunal de Barranquilla condenó a Camargo a treinta años de cárcel por el asesinato de Liliana Jaramillo. El juez determinó que cumpliría la sentencia en la prisión de máxima seguridad de la isla Gorgona. Después de cumplir diez años de condena, Daniel Camargo se convirtió en el único preso que logró escapar vivo de la isla. Nadie sabía aún cómo lo había hecho. Según la enciclopedia, era posible que su fuga se debiera a un golpe de suerte. En uno de los paseos alrededor de la isla que los presos tenían permitidos, Camargo encontró una canoa que flotaba en el agua. La llevó hasta la orilla y la enterró en la arena, donde los guardias no pudieran verla. Esperó a la hora más oscura de la noche para montarse en ella. Entonces remó hasta que solo pudo ver el mar y el cielo.

Dos años después la policía de Quito capturó a Camargo mientras caminaba por la avenida Los Granados. En Ecuador se lo buscaba por la muerte de varias niñas en la provincia de Guayas en los meses anteriores. Le asignaron una celda común en el penal García Moreno. Camargo no sabía entonces que en el mismo pabellón estaba preso el familiar de una de sus

víctimas. Su nombre era Giovanni Arcesio Noguera. Era sobrino de una niña que Camargo había asesinado en el Ecuador a principios de los ochenta.

En noviembre de 1994, Giovanni entró a la celda de Daniel Camargo y le pidió un vaso de agua. Cuando Camargo dio la vuelta para servirlo, Giovanni le puso la punta de un puñal en la espalda.

— Arrodíllate.

Camargo se arrodilló despacio.

— ¿A quién encubres? —le preguntó Giovanni— ¿Cuántos eran los que mataban contigo?

Camargo contestó que no trabajaba para nadie.

— Las maté yo solo. Le pido que me perdone.

— Una rata como tú no puede existir en el mundo —le dijo Giovanni, como si protagonizara una escena de una película de Tarantino—. Por eso ahora te vas a morir.

Giovanni enterró el puñal tres veces en la espalda de Daniel Camargo. Varias semanas después contó los detalles del asesinato en una entrevista a la televisión ecuatoriana.

— Le quise sacar la cabeza —dijo Giovanni mirando a la cámara—, pero no me cortó más el arma. Cuando lo terminé de matar le cogí la oreja y se la arranqué. Esa oreja la tengo yo.

Daniel Camargo había estado preso desde 1986 hasta el día de su muerte en 1994. Sin duda no era el hombre que yo buscaba.

Pedro Alonso López tenía uno de los artículos más cortos de toda la enciclopedia. Se sabía poco de él y lo que se sabía era incierto. Preferí consultar mi libro de Jairo Gómez Remolina. Gómez Remolina era un periodista colombiano que había publicado su versión del caso bajo el título *El estrangulador de los Andes*. Para escribirla había entrevistado a varios testigos en Ecuador y había visitado a Pedro Alonso en la cárcel. Cinco años después de publicar su crónica, Gómez Remolina salió a comer en un restaurante. Empezaba a cenar cuando, a pocas mesas de él, un hombre se levantó de la mesa y sacó un revólver. Era Campo Elías Delgado. Gómez Remolina murió esa noche en la masacre.

A Pedro Alonso lo habían capturado en 1980. Era la mañana del 9 de marzo y él estaba en la plaza de mercado de Ambato, Ecuador. Fue hasta un local de refrescos que atendía una niña llamada María.

— Buenos días —dijo Pedro Alonso. Yo había visto varias de sus apariciones en televisión y recordaba bien su voz. Hablaba entre las muelas, con esa cadencia tranquila que solo se aprende en los campos del Tolima—. Qué pena molestarla. Soy nuevo en la ciudad y necesito encontrar el camino a Guayaquil. Le quedaría muy agradecido si usted me acompaña a donde pueda coger un bus. A cambio le doy diez suces y una porción de papas.

María le contestó que no podía dejar el puesto solo. Cuando el hombre se fue, María entró a la cocina del local y le dijo a su mamá que un hombre le había ofrecido dinero para que se fuera con él. Entonces Pedro Alonso ya había salido del mercado.

La mujer buscó a otra de las vendedoras, Carlina Ramón, y le contó que un hombre había intentado llevarse a su hija. Unos días antes, Carlina había leído los periódicos que reportaban la desaparición de Ivanova Jácome. Tenía nueve años y era hija de un panadero. La gente había empezado a difundir el rumor de que había una banda de traficantes de niñas en la ciudad.

Carlina pensó que el hombre podía ser un integrante de esa banda. Colgó el delantal y salió detrás de él. Lo persiguió a través de la plaza y por toda la calle Salinas. Vio a un conocido parado en una esquina y le pidió que le ayudara a capturar al hombre que ya cruzaba por la calle Olmedo. Cuando lo alcanzó, Carlina lo agarró del brazo para que no se fuera. Hicieron falta un alboroto de vecinos y varios minutos para que una patrulla de la policía llegara al sitio.

Pedro Alonso no tenía ningún documento de identificación. El teniente tuvo que confiar en que ese era su verdadero nombre. En el cuartel de la Policía Secreta, el teniente le exigió a Pedro Alonso que delatara a los demás miembros de la banda de traficantes.

— No sé de qué banda me habla.

El teniente le preguntó varias veces a dónde llevaban a las niñas para venderlas. Pedro Alonso estaba aturdido. Las patadas de los policías no le sacaron ninguna respuesta.

En la tarde un capitán decidió interrogar a Pedro Alonso de nuevo. Se sentaron juntos en el patio. El capitán pidió que le llevaran al preso una bandeja de comida caliente y una taza de café. Después de comer, Pedro Alonso le dijo al capitán que la policía estaba confundida. No había ninguna banda de traficantes. Las niñas desaparecidas estaban muertas y las había matado él.

A Ivanova Jácome la había ido a buscar a su casa. Ese día no había encontrado a ninguna niña en la calle. Pasaba por los alrededores de la plaza de mercado de Ambato cuando vio a

Ivanova que abrió la puerta de su casa, miró hacia ambos lados de la calle y volvió a entrar. Pedro Alonso esperó al frente de la casa por unos minutos. No vio ningún movimiento detrás de las cortinas. Pensó en golpear a la puerta pero no se atrevió. Esperó otro rato.

Pasaron dos horas y Pedro Alonso estuvo seguro de que la niña estaba sola en su casa. Tocó a la puerta. Desde adentro, Ivanova preguntó quién era.

— Ábrame —le dijo Pedro Alonso—, soy un amigo de su papito.

Ivanova abrió la puerta. Pedro Alonso le mostró un billete de diez sucres y le dijo

— Le manda saludos y esta plata. Me dijo que la llevara a comprar unas cosas.

La niña se quedó quieta por un momento. Luego empezó a cerrar la puerta.

— ¿No le va a hacer caso a su papá? —le dijo Pedro Alonso.

Ivanova se detuvo. Entonces salió de casa y tomó a Pedro Alonso de la mano. Caminaron juntos en dirección a la plaza de mercado. Me pregunté de qué habían hablado, qué cosas supo Pedro Alonso de ella. Tal vez Ivanova le preguntó dónde había conocido a su padre. Tal vez le habló del colegio, de las peleas con su hermana, de algún juego nuevo que había aprendido. Tal vez Ivanova era tímida y no dijo nada en todo el camino.

Cuando dejaron atrás el mercado la niña miró a Pedro Alonso. Él la tomó del brazo y le dijo que la tienda que buscaban estaba más lejos. Siguieron por caminos cada vez más estrechos hacia las afueras de la ciudad. Pronto no vieron más que pastizales. Ivanova dijo que estaba cansada. Pedro Alonso contestó que ya iban a llegar.

La llevó por entre cercas de alambre hasta la parte trasera de la hacienda La Florida. Ahí encontraron una caseta que alguna vez había servido de apiario. Caminaron hasta ella. Yo imaginaba el momento en que Ivanova vio el interior de la caseta lleno de polvo y telarañas. Se volvió a mirar al hombre que sin duda no era amigo de su padre. Pedro Alonso la empujó adentro y empezó a golpearla.

Nunca le habían gustado las armas. Decía que matar era un asunto entre dos cuerpos y no había necesidad de intermediarios. Hacia todo con las manos. Esa tarde desvistió a Ivanova y la violó con los dedos antes de penetrarla. Al terminar cayó en un sopor pesado sobre el cuerpo de la niña.

Pedro Alonso recordaba bien los detalles. Le dijo a Gómez Remolina que ella le había gustado más que las otras. Ivanova tenía algo que lo acercaba a ella, como si Pedro Alonso hubiera alcanzado a reconocer algo de él mismo en la niña. Durmió junto a ella y en la mañana volvió a violarla. De pronto sintió que el cuerpo de la niña ya no respondía a lo que

le hacía. Empezó a darle golpes en la cara para despertarla. Al final se rindió. Le rodeó el cuello con las manos y apretó con toda su fuerza.

Pedro Alonso recordaba que Ivanova se había puesto morada, sus ojos negros casi fuera de sus órbitas. Pedro Alonso le miró el pecho y ya no advirtió ningún movimiento. Entonces se durmió sobre el suelo, abrazado a la niña tibia que acabó por enfriarse tanto como la tierra. Al despertar enterró el cadáver con las manos.

Los métodos de Daniel Camargo y Pedro Alonso eran tan parecidos que la prensa había llegado a confundirlos. Ambos habían matado por primera vez en las cercanías del Salto del Tequendama. Los cadáveres de niñas que aparecían por esa zona, cerca de la planta eléctrica, le dieron origen a la leyenda del Sádico del Charquito. Algunos periodistas habían dicho que el verdadero nombre del Sádico era Daniel Camargo Barbosa. Otros, como Gómez Remolina, aseguraban que se trataba de Pedro Alonso. Parecía que el monstruo había nacido en realidad de los descubrimientos de las víctimas de ambos hombres a mediados de la década de los sesenta.

El juez del Ecuador condenó a Pedro Alonso López a dieciséis años de cárcel. Gómez Remolina no especificaba por cuántas muertes se le había condenado. Los investigadores hicieron varias expediciones con Pedro Alonso a través del campo para que señalara los lugares donde había enterrado cadáveres. La policía nunca le confirmó al público la cantidad de cuerpos que Pedro Alonso entregó. Al final la incertidumbre les dio a los periodistas la autoridad para inventar. Era fácil aumentar la cifra cada vez más: nadie se preocupaba por confirmar o negar que fuera cierta.

Pedro Alonso era una especie de invención colectiva. La exageración del número de sus víctimas había acabado por rescatarlo del olvido para convertirlo en un nombre familiar. Entre menos se sabía de él, más espacio había para construir su leyenda. La enciclopedia de Mallory Smith lo ponía en el primer lugar de la lista de los asesinos en serie más prolíficos del mundo. A Pedro Alonso se lo percibía con un claro sentido de grandeza. Miré la bandera que acompañaba su nombre en ese primer lugar. Descubrí que yo misma sentía algo parecido al orgullo.

En 1994 Pedro Alonso cumplió su condena. Un juez de Imbabura ordenó que tan pronto saliera de la cárcel se lo deportara de vuelta a Colombia. En la frontera lo esperaba un grupo de agentes del DAS para llevarlo hasta el Tolima. En El Espinal había una orden de captura en su contra por la muerte de Floralba Sánchez.

En el juicio del Tolima se lo declaró inimputable por razón de enfermedad mental. En entrevistas posteriores, el juez de El Espinal dijo que Pedro Alonso no era capaz de pensamiento coherente y que no era él mismo cuando mataba. Su sentencia decía que debía permanecer en una institución hospitalaria hasta que recuperara la normalidad psíquica. Un carro del DAS llevó a Pedro Alonso hasta Bogotá, a la Unidad de Salud Mental de la Cárcel Modelo.

Cuatro años después los psiquiatras decidieron hacerle pruebas para evaluar su progreso. Por supuesto, los resultados no revelaron nada. Los doctores encontraron que Pedro Alonso tenía una consciencia plena de sí mismo y de sus acciones. Le dieron salida de la Unidad. Tenía cincuenta años cuando quedó libre.

Entonces su rastro se perdió por completo. Algunos criminólogos decían que se había ido al Amazonas, donde se registraron algunas desapariciones de niñas en el 2001. Un día las desapariciones se detuvieron. Todo el mundo supuso que Pedro Alonso había muerto.

Las paredes de la casa de mis abuelos habían empezado a inclinarse. Las excavaciones de la construcción habían removido la tierra y empezaban a socavar sus cimientos. Bajé la cuesta sin pensar en darle explicaciones a nadie. Ninguno de los obreros se molestó en pedir las.

Había un par de columnas de madera incrustadas en la tierra a cada lado del río. Asumí que esas serían las bases del puente. Intenté imaginar lo que Isabel había dicho: el cadáver arrastrado por la corriente, encallado en la orilla. Era posible. El río daba una curva justo en frente de la casa. Cada día el barro habría cubierto al cuerpo un poco más. La misma tierra se habría encargado de sepultarlo, como si lo devorara despacio.

Miré hacia el sur. Las calles del pueblo eran líneas grises que se expandían como las ramas de un árbol seco. En la montaña, lejos de la casa, se alzaban los dos cilindros gigantes de la fábrica de cemento. Escuché el susurro del cauce que venía impulsado por un palpitar desconocido. El río Teusacá nacía en alguna parte de los cerros orientales de Bogotá. Recorría varios kilómetros de monte antes de llegar al pueblo. Atravesaba el centro urbano de un extremo al otro y luego seguía su curso por el campo hasta Sopó y otros municipios. Me di cuenta de que Isabel no había preguntado en qué sentido corría el río. Si la corriente lo había arrastrado hasta la casa de mis abuelos, el cuerpo tenía que venir del pueblo.

En el centro urbano, el río estaba rodeado de casas. Sin duda la gente habría visto un cadáver que viajaba por el agua. Me pregunté si eso quería decir que Isabel estaba equivocada. Ahora la posibilidad de que alguien lo hubiera sepultado no parecía tan lejana. Eso explicaría por qué se mantuvo ahí todos esos años. Quizás los deslizamientos de la tierra, en lugar de enterrarlo, lo habían acercado cada vez más al río y a la superficie.

El lugar original de la tumba podía estar lejos de la orilla. Tal vez a pocos metros de distancia del patio trasero de la casa de mis abuelos. Tal vez en el patio mismo. Me asombró la facilidad con la que yo sacaba conclusiones. Era la prueba de que mi investigación no tenía rumbo. Yo estaba dispuesta a aferrarme a cualquier teoría que pareciera un poco verosímil.

Miré hacia el patio. En realidad la idea no era tan absurda. Mis abuelos habían comprado la casa en 1964, el año en que se casaron. Si se trataba de un asesinato, mis abuelos ya vivían ahí cuando ocurrió.

Volví a casa sin pensar en el camino. Tenía la mente fija en la agenda telefónica que mamá guardaba en su mesa de noche. Por supuesto, yo no iba a preguntarle a ella el número de teléfono de mis abuelos en San Juan. Mucho menos a mi tío.

— ¿A qué le debo este milagro? —. Mi abuelo hablaba como si quisiera que yo lo escuchara sin necesidad del teléfono.

— ¿Cómo van las cosas?

— Muy bien. Su abuela se la pasa ocupada en el huerto. Yo leo la prensa y finjo que me interesa. ¿A qué se dedica por estos días?

— A estudiar —le dije—. Ahora acabo de regresar de la construcción.

Mi abuelo se demoró un instante en responder.

— ¿Qué hacía allá?

— Mi tío me pidió que mirara qué tan atrasado está el trabajo.

— ¿Falta mucho para que empiecen a construir el primer edificio?

— Un par de meses, supongo. Han tenido dificultades. ¿Supiste que reemplazaron a los obreros?

— Eso escuché. Parece que hicieron algo mal.

— Pensé que había sido un despido de rutina.

— Creo que no. Cavaron donde no debían y tuvieron que despedirlos.

— ¿A qué te refieres con que cavaron donde no debían?

— Me imagino que no siguieron órdenes. No sé. Si quiere detalles pregúntele a su tío.

Mi abuelo había bajado el volumen de su voz. De pronto yo tenía que apretar la bocina del teléfono a mi oído para entender lo que decía.

— Abuelo, estoy haciendo una investigación para la universidad —dije—. Trata sobre las desapariciones forzadas en el centro del país. ¿Sabes de alguien que haya desaparecido en el pueblo en los últimos veinte años?

— Muy difícil. La gente desaparece en todas partes.

— El pueblo no es tan grande. Seguro recuerdas algo.

— Yo empezaría por buscar en los anuncios de los periódicos. Recuerdo que *La Actualidad* tenía una sección de desapariciones. Salía una vez al mes o algo por el estilo.

No era una mala idea. Lo anoté en un papel que mamá tenía sobre su mesa de noche.

— ¿Estás seguro de que no sabes de nadie en especial? —insistí—. Un familiar de algún amigo. Un vecino. Alguien que haya desaparecido cerca de la casa.

— Si en estos días recuerdo algo, la llamo.

Hubo un silencio breve. Supe que mi abuelo estaba pensando en otra cosa.

— ¿Quiere un consejo? —me dijo de pronto— No se meta más en la construcción.

— No te preocupes. Solo fui a...

— Usted no tiene nada que buscar allá. Mejor métase en los libros.

Antes de que se hiciera un nuevo silencio, mi abuelo lo cortó de un tajo.

— Hablamos luego. Espero que esté comiendo bien.

— Tú tranquilo. Mándale saludos a mi abuela.



Esa noche a la hora de la cena mamá no me habló de su trabajo. No me contó nada que hubiera dicho uno de sus alumnos. Tampoco me reprochó nada sobre la actitud de sus colegas. Cuando terminó de comer se levantó de la mesa y subió a su cuarto. Inés empezó a lavar los platos. Aproveché el ruido del agua para preguntarle

— ¿Sabes qué le pasa a mamá?

Inés encogió los hombros. Siempre era igual con ella. Había que insistir mucho por muy poca información.

— Tú la conoces —le dije—. Nunca está tan callada.

— ¿Por qué no va y le pregunta? —me contestó.

— Porque yo también la conozco.

Volví a comer. Sabía que Inés no resistiría el silencio.

— No estaba así cuando volvió del trabajo —dijo.

— ¿Qué crees que pudo pasar en tan poco tiempo?

— Que yo sepa, no pasó mucho. Todo lo que hizo fue sentarse en la sala a calificar exámenes y hablar por teléfono.

— ¿Hablar por teléfono?

— La llamaron a eso de las cuatro y media. Me pareció que eran sus abuelos.

Me levanté de la mesa y dejé mi plato en la cocina.

— Gracias Inés.

Mamá estaba sentada sobre la cama, con una pila de exámenes a un lado y una calculadora al otro. Tenía el radio encendido y la voz nasal de un cantante de boleros llenaba el cuarto. Era la música que le gustaba a mi abuelo.

— ¿Tienes mucho trabajo? —le pregunté.

— Ya casi termino.

Me quedé parada en la puerta. Mamá miraba la hoja de un examen sin leerla.

— La próxima vez que te lleves el carro, llénale el tanque —me dijo.

Pensé que a fin de cuentas no había crimen perfecto.

— Necesitaba ir a la biblioteca —le dije.

— ¿Cómo va tu proyecto de grado?

— Bien. Todavía no decido cuál va a ser el tema.

— Pensé que era sobre las desapariciones forzadas —dijo sin levantar la vista del examen.

Mamá sabía ser sutil.

— Hablaste con mi abuelo.

— Me contó de tu llamada. ¿No encontraste suficiente información en la biblioteca?

— Hoy volví a la construcción.

— Creo que ya ha sido suficiente.

— Me parece que mis abuelos pueden saber algo del cadáver.

No me atreví a mirarla cuando lo dije. Permanecí en la puerta, en espera de lo que venía. Estaba segura de que mamá me preguntaría cómo era capaz de pensar algo así de ellos.

Entonces le diría que yo también me lo preguntaba. Mamá se quedó callada por un instante.

Al final dijo

— Es casi imposible que sepan algo.

Supé que ella también lo había pensado.

— Vivieron más de cincuenta años en esa casa —contesté—. Es casi imposible que no sepan nada.

— Ya es hora de que dejes el asunto como está —me dijo. No sonó como una orden. Había cansancio en su voz.

— Tú también quieres saber qué pasó. Quieres saber quién está enterrado ahí.

— Tus abuelos no tuvieron nada que ver.

Yo tampoco quería hablar más del tema. Acepté su conclusión y bajé las escaleras hasta mi cuarto. Acostada en la cama, miré las luces del pueblo dormido a través de la ventana. No pude evitar pensar en el machete que mi abuelo guardaba en un cajón de su armario desde que yo tenía memoria.



La ruta del colegio se estacionó en la calle y su sombra llenó mi cuarto. Mamá cerró la puerta de la casa y el motor del bus chilló al arrancar. Subí hasta su cuarto y abrí el cajón del tocador. Ahí, junto a las llaves del carro, estaba el papel que decía «Sección de desapariciones, *La Actualidad*». Yo lo había dejado sobre la mesa de noche de mamá en la mañana del día anterior. Lo guardé en mi bolsillo. Tal vez sería mejor tomar un bus hasta la biblioteca.

Salí de casa con la maleta al hombro. El río andaba tranquilo frente a la estación de buses. Imaginé de nuevo un cuerpo que flotaba como un pasajero secreto por el agua. Quizás el cadáver había cruzado el pueblo en la noche y por eso la gente no lo había visto. Me di cuenta de que buscaba una manera de salvarme de sospechar de mis abuelos. Me pregunté qué pasaría si no la encontraba.

Por un momento sentí que era a mí a quien el río había arrastrado. Yo todavía no encontraba la manera de salir de su corriente.

Un muchacho de unos veinte años atendía el puesto de información de la biblioteca. Me dijo que Ana se había tomado el fin de semana para estudiar. Le pregunté por los anuncios

de desapariciones que publicaba el periódico *La Actualidad*. El muchacho tecleó algo en el computador.

— La sección se publicó por primera vez en noviembre de 1999 —contestó.

Le pedí que me prestara el archivo de ese mes.

Encontré la sección en las últimas páginas del número del 27 de noviembre. Una introducción breve decía que el periódico iniciaba el segmento para ayudar con la identificación de víctimas de Luis Alfredo Garavito. Medicina Legal invitaba a los padres de los niños desaparecidos a hacerse pruebas de ADN para cotejarlas con las muestras biológicas de varios cuerpos sin identificar. El segmento se dedicaría a reportar solamente los casos ocurridos en la región Andina. Se publicaría en el periódico del último sábado de cada mes.

En esa primera edición había cinco anuncios de desapariciones. Todos eran niños cuyo rastro se había perdido antes de la captura de Garavito en abril de 1999. Me sorprendió encontrar un rostro familiar entre las fotos. Era un muchacho moreno, con algunos rizos de cabello oscuro que le caían sobre la frente. Tenía puesto un buzo blanco de cuello alto que me decía que la foto era un recuerdo del día de su primera comunión. Su nombre era José Aníbal Muñoz.

Desde el 6 de mayo de 1996 el señor Carlos Muñoz Henao no tiene noticias de su hijo. En la tarde de ese día José Aníbal salió de la casa de su padre, localizada en Pereira, sector de La Galería. El niño iba rumbo a la casa de su progenitora en el barrio San Judas, a donde nunca llegó. Vestía chaqueta de capota, tenis blancos y bermudas de color azul. Sus ojos son verdes y sus cabellos castaños. Tenía doce años cuando desapareció. Cualquier información sobre su paradero se puede suministrar al teléfono que aparece abajo.

Yo había leído sobre el caso en *La Bestia*, la crónica de Gustavo Medina. Al parecer la Fiscalía había encontrado el cadáver de un niño el barrio La Villa en septiembre de 1996. Tenía las mismas heridas que los otros cuerpos que habían aparecido en Pereira por esos años. Los restos permanecieron desde entonces en un sótano del edificio Medicina Legal, en espera de que un análisis de laboratorio les diera un nombre.

En el 2012, dieciséis años después de la desaparición de José Aníbal, los forenses creyeron que habían resuelto el caso. Para entonces Carlos Muñoz, su padre, había envejecido solo en la misma casa de La Galería de donde su hijo salió para no volver. En una mañana de julio un funcionario de Medicina Legal llamó al señor Muñoz para informarle que las pruebas de ADN habían señalado un parentesco. El señor Muñoz le agradeció y le dijo con

todo respeto que no. Esos no eran los restos de su hijo. Él sabía que José Aníbal estaba vivo en alguna parte.

La siguiente sección de desapariciones estaba en el periódico del 25 de diciembre de 1999. Esta vez había solo cuatro anuncios. Tres eran de niños que podían ser víctimas de Garavito. El otro era de una desaparición reciente. Se trataba de Paloma Gutiérrez, una niña de seis años. A principios de noviembre Paloma viajaba junto con su tío de Bogotá a Sasaima. Iban a recoger un cargamento de frutas para llevarlo de vuelta a Bogotá esa tarde. Nunca llegaron al depósito. Una semana después alguien encontró un cadáver a las afueras de Facatativá. La Fiscalía confirmó que se trataba de Jairo Montoya, el tío de Paloma.

Me detuve a pensar qué criterios tenía para descartar unos casos e investigar otros. En principio, casi ninguno. Yo había elegido creer que el cuerpo era de una mujer. A juzgar por el lugar donde estaban los restos, lo más probable era que la mujer hubiera desaparecido en Cundinamarca. Pero el tamaño del cuerpo me decía que no se trataba una niña. Eso excluía a Paloma de la investigación.

Volví al puesto de información por el archivo de *La Actualidad* del 2000. No había nadie en las mesas y parecía que el muchacho había olvidado que yo estaba ahí. Sacó la caja de periódicos del ascensor, me la entregó y volvió a sentarse. En la pantalla de su computador había un juego de solitario a medio empezar.

Revisé todos los números del último sábado de cada mes. Poco a poco la sección había empezado a reportar más desapariciones recientes y de personas que no cumplían con los rasgos de las víctimas de Garavito. En las ediciones de junio y julio ya había varios rostros de niñas, ancianos y hombres adultos, todos hermanados por el mismo vacío y el mismo silencio.

En los periódicos de todo el año encontré 37 anuncios de mujeres desaparecidas. Diez de ellas eran niñas de doce años o menos. Las descarté de la investigación. De las 27 restantes, nueve habían desaparecido en Bogotá o en algún municipio de Cundinamarca. Anoté sus nombres en mi libreta.

Pensé que al menos una de ellas tenía que haber vuelto a casa. A muchas las habrían encontrado, tal vez en una habitación alquilada en una ciudad distante, tal vez en una tumba seis metros bajo tierra. ¿Cómo podía saber qué casos se habían resuelto? Tenía que haber una forma de revisar los registros de la Fiscalía y Medicina Legal. Fui hasta un computador de escritorio para escribirle un correo electrónico a Isabel.

Le dije que buscaba inspiración para mi novela en casos de mujeres desaparecidas en Cundinamarca. Yo quería saber si había una manera de verificar el estado judicial de cada caso reportado. Me quedé sentada un buen rato frente a la pantalla. Revisaba el buzón de entrada de mi correo cada diez minutos. Pasó una hora antes de que Isabel me contestara el mensaje. Su respuesta era una frase breve.

Hay una base de datos pública, si eso le ayuda en algo.

En seguida había un enlace electrónico a un sitio web administrado por Medicina Legal. Al abrir el sitio me encontré con dos letreros blancos. El de la izquierda decía «Álbum de desaparecidos». El álbum incluía los nombres, las fotos y los datos de las personas cuya suerte aún se desconocía. El letrero de la derecha decía «Cadáveres identificados». Según la descripción, la base de datos registraba solo el hallazgo de los restos de personas a las que alguien había reportado como desaparecidas ante alguna entidad estatal.

Empecé por revisar el índice de cadáveres identificados. Escribí uno a uno en el buscador los nueve nombres que tenía. Solo una de ellas estaba registrada en la lista. Se llamaba Paula Salinas y había muerto a los 19 años. Según el anuncio del periódico, Paula había desaparecido en el barrio Santa Fe mientras esperaba clientes en la puerta del prostíbulo donde trabajaba. Su cadáver todavía estaba en la categoría de «Pendientes por reclamar».

Fui al álbum de desaparecidos y busqué los nombres de las ocho mujeres restantes. Dos de ellas estaban registradas allí. El estado de las otras seis era incierto. Era posible que las hubieran encontrado y las hubieran quitado del álbum. También era posible que sus familias se hubieran rendido y las dieran por muertas. Anoté los nombres de las dos mujeres que sí aparecían en la lista. Una de ellas era Cecilia Escobar. Tenía cincuenta y dos años en marzo del 2000, cuando salió de la casa de su hija en Arbeláez para ir a comprar una bolsa de leche. Nunca regresó. La otra mujer era Luz Rocío Malagón. Tenía ochenta y seis años y en enero del 2000 estaba con su nuera en un centro de salud en La Palma. Un doctor las atendió a las once de la mañana y les dijo que debían pagar un examen de laboratorio. La nuera dejó a doña Luz Rocío sentada en la sala de espera mientras iba a pagar a la taquilla. Al volver a la sala no la encontró. El celador del edificio dijo que no había visto salir a nadie por la puerta principal.

Me pregunté qué podía haber sucedido si el cadáver de la casa de mis abuelos pertenecía a una de esas dos mujeres. Había casi cuatro horas de distancia de La Calera a cada uno de esos pueblos. ¿Qué podía haber pasado en el camino? En ambos casos había un punto de

inicio y un punto final, pero faltaba una historia. Sería mejor buscar hasta dar con desapariciones más cercanas.

Un sol naranja llenaba la sala de lectura. En las ventanas asomaba de vez en cuando la nube negra que dejaba el paso de un bus. El muchacho del puesto de información miraba hacia afuera, quizás para ver a las masas de humo disiparse. Me recordaba a esas personas que se aburrían en el cine pero no se iban a casa porque ya habían pagado la boleta.

— Un día tranquilo, ¿no? —le dije por decir cualquier cosa.

— Soy barman por las noches —contestó—. No me va bien con el silencio.

— ¿Primer día de trabajo?

— Hay que pagar la universidad.

— Ya te irás acostumbrando —le dije—. Puedes poner música si quieres.

La voz de Lou Reed empezó a trepar por las paredes de la sala vacía. Volví a mi mesa con la caja de periódicos *La Actualidad* del 2001. Las secciones de enero y febrero reportaban solo desapariciones de hombres: muchachos que se perdían en el camino de un lugar a otro, conductores que salían a hacer su trayecto diario y se desvanecían junto con sus camiones. En la edición de marzo encontré la foto de una mujer de ojos grandes y piel cenicienta. Tenía el cabello recogido en una cola alta y un flequillo que se había preocupado por desordenar, como si imitara algo que vio en una revista. Llevaba dos aretes de gemas falsas y sin duda ese día se había puesto perfume. Tenía 20 años. Su nombre era Juliana Bernal.

Juliana tenía la mirada puesta en algo que estaba detrás de la cámara, como si se hubiera distraído en el momento de posar. Más que la foto, me atraía lo que había quedado fuera de ella. Era la mitad oculta de la imagen, eso que ella veía y yo no podía ver. De alguna manera, esa diferencia alejaba a Juliana de mí y la hacía inalcanzable.

Un texto corto contaba las circunstancias de su desaparición. El 13 de marzo ella estaba en la plaza central de Guatavita con un amigo suyo. Cuando se despidieron, Juliana dijo que iría a comprar algo de comer y después a casa. Las horas pasaron y los padres de Juliana empezaron a preocuparse. Salieron a buscarla esa misma tarde cuando oscureció.

En la noche la policía del pueblo interrogó a los vendedores de la plaza. Revisaron los videos de las cámaras de seguridad. Casi a las cuatro de la tarde Juliana había atravesado la plaza con una bolsa blanca en la mano. Caminó sola hasta la esquina de una calle y miró hacia ambos lados. Luego le sonrió a alguien y salió del ángulo de la cámara. Desde entonces nadie supo más de ella.

Guatavita estaba apenas a una hora de camino de mi pueblo. Busqué a Juliana en la base de datos de Medicina Legal. Su nombre no estaba en el álbum de desaparecidos, tampoco en la lista de cadáveres identificados. Anoté los detalles del caso en mi libreta.

Tendría que seguir los pasos de Juliana en la tarde de ese 13 de marzo para saber si me llevaban de vuelta al cadáver de la casa de mis abuelos. ¿Pero cómo encontrar su rastro? Yo pretendía hacer en unos días lo que nadie había logrado en dieciséis años. Me decidí a terminar de revisar los periódicos del 2001. Después de todo, aún era posible que encontrara una desaparición más cercana a mi pueblo.

En los números de los meses siguientes había varios casos de ancianas y mujeres que anoté también en mi libreta. Casi todos habían ocurrido en el extremo norte del departamento. En la sección de septiembre encontré la noticia de la desaparición de María Helena Castro en Suesca. Había ocurrido el sábado 22. El anuncio tenía poca información sobre el acontecimiento. Un vecino de María Helena contó que ese día había hablado con ella en la acera, cerca de las once de la mañana. Después de un rato él volvió a entrar a su casa y vio que María Helena se quedó sentada en el andén. Casi una hora después el vecino escuchó que la mamá de María Helena la llamaba. El vecino abrió la puerta y no vio más que la calle desierta.

María Helena tenía un rostro moreno y amplio. El periódico decía que hacía poco había cumplido 18 años, pero los círculos marrones alrededor de sus ojos revelaban que hacía mucho no era una niña. Estaba vestida con una camiseta negra y tenía el cabello suelto tras la espalda. Miraba a la cámara. Detrás de ella estaba el fondo azul claro que usaban todos los estudios fotográficos.

Encontré su nombre en la lista de desaparecidos de Medicina Legal. Su familia había publicado algunos datos sobre ella en el sitio web a principios del 2017. María Helena se había graduado del colegio en el año 2000. En septiembre del 2001 había empezado a trabajar como vendedora en un local de artesanías. Quería ahorrar lo suficiente para irse a vivir a Bogotá e inscribirse en una buena universidad. A pesar de las peleas con su padre, María Helena quería mucho a sus hermanos. Nadie creía posible que hubiera escapado de la casa. Ahora María Helena tendría 34 años. «Si lee esto —decía el sitio—, queremos hacerle saber que puede volver cuando quiera. La dirección de la casa es la misma y su mamá todavía la espera».

Eran casi las tres de la tarde cuando terminé de revisar los periódicos del 2001. Leí el nombre y la historia de cada mujer que hubiera desaparecido en Cundinamarca, incluso de las que me parecían muy menores. Ahora tenía en la cabeza una confusión de lugares y situaciones que no me dejaba ver claro a cada una de ellas. Salí de la biblioteca.

Me paseaba por el andén frente a la puerta cuando recordé que no había comido nada. A un par de cuadras había un restaurante, junto a un edificio de oficinas. Caminé hasta allá. Varios grupos de hombres con camisas de cuello gastado me cruzaron en la puerta. Me senté en una de las pocas mesas vacías. Un muchacho se acercó a recoger los platos sucios.

La sección de *La Actualidad* no reportaba ni siquiera la mitad de las desapariciones que ocurrían en el centro del país en un mes. Lo que yo encontrara allí dependía por completo del azar. Recordé a Aristide Valentin, el director de la policía de París que había soñado Chesterton. Cuando sabía que la razón no podía llevarlo a ninguna parte, Valentin seguía la huella de lo irracional. Cualquier cosa inesperada podía convertirse entonces en una pista: una ventana rota una casa, una mancha de sopa en la pared de un restaurante. Miré la pared en busca de algo que me señalara un rumbo. No encontré nada.

— ¿Ya sabe qué va a ordenar?

La voz intentaba superar el ruido del sistema de ventilación de la cocina. Me volví a mirar de dónde venía. Encontré un rostro redondo, sin maquillaje, enrojecido apenas por el calor de las estufas. Las fotos de tantos desaparecidos me habían hecho olvidar los rasgos de Juliana y de María Helena, las muchachas desaparecidas en Guatavita y en Suesca. Lo que quedaba de ellas en mi memoria se había fundido en un solo rostro, que era el rostro que ahora tenía en frente. La mesera me miraba con una sonrisa desconcertada.

— No se preocupe —dijo—. Voy a dejar que lo piense.

Luego dio media vuelta y se fue a atender otra mesa. Hasta entonces, yo no había caído en cuenta del parecido entre Juliana y María Helena. No era un parecido evidente: sus rasgos eran muy distintos. Además de la piel morena y los ojos oscuros, no tenían mucho en común. Lo que las unía era más bien la sensación que producía mirarlas. Algo en ellas hacía que, incluso en las fotos quietas, sus rostros estuvieran vivos.

Yo no sabía si en algún momento de sus vidas Juliana y María Helena se habían conocido. Quizás se habían cruzado en una acera. Quizás querían ir a la misma universidad. Pero, más allá de la posibilidad de que se conocieran, había algo que las entretejía. Yo no

podía saber si se trataba de una conexión íntima o de apenas un parecido superficial, pero estaba segura de que la relación entre ellas era el camino que debía seguir mi investigación.

La mesera regresó.

— ¿Lista?

Pedí la primera cosa que encontré en la carta. Sentí que debía hablarle a la muchacha antes de que se fuera. No supe de qué. Le pregunté su nombre.

— Solo levanta la mano si necesitas algo —contestó.

*

(Todavía viernes 17 de febrero de 2017)

Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando volví a la sala de lectura. El muchacho del puesto de información estaba acostado sobre el teclado del computador. Me aclaré la garganta para despertarlo.

Llevé la caja de periódicos del 2002 hasta mi mesa. El muchacho fue detrás de mí con la caja de periódicos del 2003. Pensé que no bastaría con buscar entre las desaparecidas a las mujeres que lucieran como Juliana y María Helena. Sus facciones no eran excepcionales: tenían los pómulos salientes y las frentes ovaladas de muchas mujeres de la región. De seguro había algo en mi propio rostro que me acercaba a ellas. Además de eso, yo debía buscar desapariciones que hubieran ocurrido en circunstancias similares. Mujeres jóvenes a las que hubieran visto por última vez en los pueblos del centro de Cundinamarca. Que hubieran desaparecido en las calles cuando al parecer estaban solas.

El muchacho del puesto de información se llamaba Andrés. Le dije que, si no tenía mucho trabajo, podía ayudarme a seleccionar los periódicos del último sábado de cada mes. Se sentó frente a mí y empezó a trabajar de inmediato. Quizás estaba un poco agradecido de que lo salvara del aburrimiento.

Le conté a Andrés lo que buscaba mientras poníamos los periódicos sobre la mesa. No mentí esta vez. Le dije que investigaba el caso de un cadáver que unos obreros habían encontrado en la casa donde yo había pasado mi infancia. Le conté todo, de principio a fin, sin guardarme un solo nombre. A fin de cuentas, Andrés y yo no nos conocíamos: esa era la condición de nuestra confianza.

Quizás no me creyó, pero puso atención hasta que acabé de hablar. Respiré profundo cuando terminé de contar la historia. El aire que entró fue un aire nuevo. Por fin yo podía entregarle a otro lo que había vivido. El peso de esa experiencia ya no tenía que ser solo mío.

En los periódicos del 2002 no encontramos nada parecido a las desapariciones de Juliana y María Helena. Había varios nombres de mujeres jóvenes en los anuncios, pero casi todas habían desaparecido lejos de Cundinamarca. En los periódicos del 2003 tampoco encontramos nada.

Empecé a pensar que quizás no había ninguna conexión entre las desapariciones de las dos muchachas. La visión de la mesera en el restaurante había sido sin duda una interpretación mía, contaminada por la angustia de una investigación sin rumbo y el recuerdo de Chesterton. Andrés y yo volvimos a poner los periódicos en las cajas. Encontré un cielo gris en la ventana cuando levanté la mirada.

— ¿A qué hora terminas el turno? —le pregunté.

— Si me necesitas, puedo quedarme hasta que cierren.

Entendí que no lo hacía por mí. Lo hacía porque él también quería resolver el misterio. «Hitchcock tenía razón», pensé. «A todo el mundo le gusta un buen asesinato».

Solo dos periódicos permanecían abiertos sobre la mesa. Uno de ellos tenía la foto de Juliana Bernal, el otro la de María Helena Castro. Me acerqué a la foto de María Helena. Sus ojos marrones recibían mi mirada y me devolvían algo que yo no alcanzaba a entender.

— ¿Ves cómo mira directo a la cámara? —le pregunté a Andrés—. Quizás le dijo al fotógrafo cuándo debía tomar la foto. Tiene algo de soberbia. Como si creyera que podía tomar todas las decisiones.

Antes de terminar la frase me di cuenta de que ya no hablaba de María Helena. Hablaba de mí.

— Yo creo que es lo contrario —contestó Andrés—. El fotógrafo no le dijo que posara. Ella se quedó quieta y esperó a que algo parpadeara dentro del lente. Su mirada a la cámara es más bien una pregunta.

Pensé que en el fondo María Helena no era ninguna de esas dos mujeres. No era quien nosotros viéramos en ella. Era siempre otra persona, alguien que huía de todas las historias que quisiéramos fabricarle. Quizás eso fue lo que nos hizo fijar la mirada en su foto por varios minutos. Siempre había algo en movimiento en esa mujer inmóvil.

Unos minutos antes de que cerraran la biblioteca, Andrés se perdió en lo más profundo de la sala de lectura. Escuché el zumbido de la máquina fotocopidora. Regresó con dos hojas. Eran las copias impresas en blanco y negro de las fotos de Juliana y María Helena. Me las entregó.

— Guárdalas —dijo—. Tal vez ellas mismas te muestren algo.



Salí de casa más temprano a la mañana siguiente. La biblioteca estaba desierta y Andrés ya estaba en su puesto.

— Los periódicos de 2004 —le dije al entrar a la sala de lectura—. ¿Me ayudas?

— Solo por un rato —contestó—. A las ocho llegan los ancianos a leer el periódico del día.

Empezamos por revisar la sección de desapariciones de enero. Vi la foto al abrir la página, antes de tener tiempo de leer cualquier cosa. Era tan parecida a Juliana Bernal que pensé que podrían ser familia. Su nombre sugería que no lo eran. Se llamaba Leonor Arias y tenía 19 años. Había desaparecido el 28 de enero, apenas días antes de que se imprimiera ese segmento del periódico. Tenía un vestido vinotinto que dejaba descubierta una parte de su pecho. La foto la había sorprendido en medio de un parpadeo.

Leonor había desaparecido en Guaduales, Tolima. Fui hasta un computador de mesa para buscar la ubicación del pueblo. Un mapa virtual me mostró un caserío pequeño protegido por la sombra de un cerro. Estaba a pocos minutos de San Juan, el pueblo donde vivían mis abuelos. A finales del año pasado, mamá, mi tío y yo habíamos acompañado a mis abuelos a instalarse. El viaje en carro hasta San Juan había tardado cinco horas, sin contar la pausa para almorzar.

El periódico se limitaba a describir a Leonor y a dar el número de teléfono de sus padres. No había ningún dato sobre lo que había sucedido ese 28 de enero. Su nombre no aparecía en ninguna de las listas del sitio web de Medicina Legal. Pensé que podía buscar en el periódico del pueblo donde había ocurrido la desaparición. Andrés miró en el computador del puesto de información.

— Guaduales no tiene periódico —me dijo—. Tal vez haya algo en un periódico regional.

Se fue a buscar los archivos de *Siete días*, un diario del Tolima. Unos minutos después regresó a la mesa con varias cajas de madera.

Siete días había reportado la desaparición de Leonor el 30 de enero de 2004. Dos días antes, un miércoles, Leonor había llegado a su casa después del colegio. Le dijo a su mamá,

Constanza Ruiz, que pasaría la tarde con una amiga. Se fue a eso de las cuatro. A las siete de la noche doña Constanza llamó a la casa de la amiga de Leonor. La muchacha contestó el teléfono. Le dijo que no había visto a Leonor desde que salieron del colegio.

Los periódicos de los primeros días de febrero daban más detalles sobre la investigación. A las dos de la mañana, después de buscar a Leonor por todo el pueblo, Doña Constanza contactó a la policía y les dijo que temía por la vida de su hija. Les entregó una hoja que alguien había deslizado bajo la puerta de su casa hacía más de un año. Se trataba de una esquila anónima, escrita a computador e impresa en tinta roja. Estaba dirigida a Roberto Arias, el papá de Leonor. La carta decía

Camine con cuidado. Los tiros llueven y un día una bala le puede caer en la cara.

Constanza no sabía quién era el autor de la amenaza. Sospechaba, sin embargo, que podía tener alguna relación con un negocio de venta de ganado que su esposo había hecho hacía tiempo.

Andrés había vuelto al puesto de información y atendía a un anciano que le había pedido un esfero para llenar el crucigrama. Pasé las hojas siguientes de la pila de periódicos sin leerlas. Pensaba que cada vez el rumbo de la investigación era más enrevesado. Quizás lo indicado era devolver los periódicos, bajar al piso de literatura y pedir prestadas un par de novelas policiales nórdicas. De seguro mamá estaría feliz de saber que me iba bien en el estudio.

Miré la página que tenía entre mis manos. Era la primera plana del periódico del 8 de febrero de 2004. El titular apenas dejaba espacio para otras noticias. Anunciaba: «Restos de joven desaparecida encontrados en las inmediaciones de un humedal».

Sucedió en la tarde de ayer, en los terrenos de la reserva ecológica del humedal de Río Viejo en Guaduales. Dos guardabosques caminaban cerca de la laguna cuando vieron lo que parecían dos piernas en un pastizal. Hoy Medicina Legal confirmó que se trata del cuerpo de Leonor Arias, de 19 años, desaparecida hace un poco más de una semana. La policía cree que se trató de una venganza personal en contra del padre de Leonor. El presunto motivo sería un negocio que terminó mal.

Vi los periódicos de las semanas siguientes para saber si la policía había encontrado al asesino. Un artículo del 20 de febrero había publicado un comunicado de los forenses que se hicieron cargo de la autopsia.

Los primeros exámenes no consiguieron esclarecer la causa de muerte. El cuerpo de Leonor estaba cubierto de hematomas, abrasiones y heridas contusas. El laboratorio todavía espera los resultados del análisis toxicológico. Los peritos lograron determinar que la decapitación del cuerpo fue post mortem.

Anoté todos los detalles de la desaparición y el hallazgo del cuerpo. Luego fui al fondo de la sala e imprimí una copia de la foto de Leonor. La guardé entre las hojas de mi libreta, junto a las fotos de Juliana y María Helena.

Miré los periódicos de los meses siguientes. Esperaba que la policía se hubiera ocupado en buscar a la persona que le había enviado la amenaza al papá de Leonor. Algo me hizo detenerme en el número del 4 de abril. Era el reportaje de otra desaparición en Guaduales.

Se trataba de una muchacha de dieciocho años llamada Carolina Jarque. Dos días antes, el 2 de abril, su padre llegó del trabajo y no la encontró en casa. Carolina trabajaba como empleada de servicio en la casa de Estela Vásquez, una vecina. Doña Estela le contó a la policía que esa tarde, antes de irse a su casa, Carolina le pidió un favor.

Me preguntó si le podía hacer un adelanto del sueldo de ese mes. Yo le dije que sí y acordamos que le entregaría el dinero el lunes siguiente. Ella salió, como todas las tardes, con su morral al hombro. A eso de las siete de la noche me llamó don Pablo Jarque a preguntar si yo sabía dónde estaba su hija.

En el periódico había varias fotos de Carolina que había entregado su familia. Una de ellas la mostraba de cuerpo entero. Era una muchacha alta, con los ojos almendrados y el cabello lacio hasta la espalda. Tenía un ramo de flores entre las manos morenas.

Casi dos semanas después, el 15 de abril, un artículo reportó el hallazgo de su cuerpo en el humedal de Río Viejo.

Un empleado de la reserva ecológica encontró el cadáver ayer al borde de la laguna. La muchacha estaba acostada sobre su abdomen, con la cara sumergida en el agua. Tenía un surco violeta alrededor del cuello que sugería que la habían estrangulado. Sus brazos estaban separados por completo de su torso.

Los artículos de esa semana hablaban de los rumores que habían empezado a crecer en Guaduales. Después del caso de Garavito, el público había aprendido a asumir que varios asesinatos en un mismo lugar eran obra de un solo hombre. Aunque no había sido el primer asesino en serie del país, Luis Alfredo Garavito se había arraigado en la imaginación popular

como ningún otro. La policía había declarado que en realidad era posible que los dos crímenes no tuvieran ninguna relación entre sí.

Al mediodía invité a Andrés a almorzar. Le conté todo lo que había encontrado y le mostré las copias de las fotos de Leonor y Carolina.

— ¿Y ahora? —me preguntó—. ¿Cómo piensas seguir con la investigación?

Le propuse que revisáramos el resto de los periódicos del Tolima de 2004. Un silencio y un titubeo me dijeron que Andrés pensaba en decir que no. Al final la curiosidad acabó por vencerlo. A eso de las tres de la tarde empezamos a trabajar.

La siguiente noticia la encontramos en la edición del 20 de agosto. La muchacha se llamaba Irene Gutiérrez. Tenía 21 años. No se trataba ya del anuncio su desaparición. Habían encontrado su cadáver el 19 de agosto en el extremo norte del humedal de Río Viejo, a cierta distancia del lugar donde habían aparecido los otros dos cuerpos. Irene también tenía una llaga morada en el cuello que parecía decir que la habían estrangulado. Alguien le había amputado ambas manos. La policía no pudo encontrarlas en la escena.

El artículo decía que su familia la había visto por última vez apenas el día anterior. Como todos los días, el 18 de agosto Irene fue a la casa de su bisabuela. Le ayudó a levantarse de la cama, abrió la llave del agua caliente y la metió en la ducha. Luego envolvió a su bisabuela en una toalla y la sentó en su silla de ruedas para vestirla. Al final de la mañana preparó el desayuno para las dos y lo sirvió en la mesa.

Entonces se despidió —le contó la bisabuela de Irene a un reportero— *y recibió los cinco mil pesos que yo le daba todos los días. Me contó que esa tarde iba a preguntarle a Doña Dioselina, la modista, si le daba trabajo. Me parece que todavía la veo salir por la puerta.*

El redactor judicial del diario del Tolima había titulado el artículo: «El Demonio del Río se cobra una tercera víctima». Me detuve a releer la frase. Yo había oído ese nombre antes.

Mamá se levantó del piso sin tomar la mano de papá, se sacudió la ropa y me dijo que volviera a mi cuarto. A la mañana siguiente hizo mis maletas y me llevó a la casa de mis abuelos. Pasé las vacaciones enteras con ellos. Mi abuelo salía todos los días en la madrugada a moler el maíz para alimentar a los pollos. Yo me ponía sus botas de caucho, que me llegaban hasta la rodilla, y lo acompañaba hasta la caseta donde estaba el molino. Volvíamos a casa

cuando un azul pálido apenas empezaba a nacer detrás del cerro. Mi abuela nos esperaba en la cocina con un café caliente y desayunábamos los tres en la mesa.

Apenas salía el sol yo sacaba mi bicicleta. Los límites que habían puesto mis abuelos eran simples. Hacia el occidente, yo no podía subir hasta la avenida. Mi abuela no quería verme a menos de veinte metros de cualquier cosa con motor y ruedas. Hacia el sur, yo no podía pasar el límite de los gallineros de mi abuelo. Hacia el norte y el oriente, no podía ir más allá de los pinos, donde el bosque se volvía espeso.

Por supuesto, yo preguntaba por qué no podía ir al bosque. Parecía el lugar ideal para pedalear por horas sin tener que preocuparme por darle la vuelta a la bicicleta. Mis abuelos me decían que era porque en el follaje había un monstruo. Se llamaba El Demonio del Río. Mis abuelos nunca me lo describieron. Quizás por eso mi imagen de él era tan palpable que parecía estar viva. Yo veía a una criatura parecida a una hiena con cuerpo de hombre, que caminaba erguida en las patas traseras. Su torso estaba despellejado por completo. Entre las costillas expuestas se podían ver sus órganos, que palpitaban y chorreaban un fluido transparente.

El Demonio del Río se escondía detrás de los pinos y olfateaba. Acechaba en potreros despoblados a niñas en bicicleta que nunca volvían. A mí me fascinaba la idea de un ser desconocido que vivía apenas a unos pasos del cuarto donde yo dormía. Solía preguntarles a mis abuelos qué hacía el monstruo en las noches. Ellos me decían que a veces venía por las niñas que no se acostaban temprano. Mis abuelos usaron todas las formas de ese miedo para hacer las leyes de la casa. Yo podía jugar, salir en bicicleta y hacer casi cualquier cosa, pero siempre había un límite: el Demonio del Río.

Nunca pensé que la historia pudiera referirse a una persona. Quizás era posible que fuera una coincidencia. Tenía que preguntarles a mis abuelos.

Me detuve a pensar si debía confiar en lo que ellos me dijeran. La respuesta era difícil. Yo todavía creía que ellos sabían algo sobre el cadáver. Recordé el olor a leña de las madrugadas en la casa del río, cuando mi abuelo y yo andábamos entre la neblina de los corrales dormidos, mucho antes de que saliera el sol. Entonces veíamos una lumbre lejana en la cocina, el fogón de la estufa de carbón que decía que mi abuela ya se había despertado. Mi sospecha no había dejado de existir, pero yo me negaba a ver a mis abuelos como dos extraños.

No podía esperar a llegar a casa para llamarlos. Le pedí a Andrés que me dejara usar el teléfono de la sala de empleados. No había nadie más ahí, excepto el celador que de vez en cuando venía a servirse un tinto.

— ¿Aló?

— Hola abuelo. Soy yo otra vez.

Mi abuelo respiraba con un silbido leve. Era el resultado de muchos años de fumar cigarrillos sin filtro. Su respiración se alejó por un instante del teléfono. Imaginé que miraba el identificador de llamadas.

— Me aparece un número diferente —dijo—. ¿Desde dónde llama?

— Estoy en la biblioteca.

— Tan dedicada al estudio como siempre. Me alegra que se vuelva a acordar de nosotros.

— ¿Mi abuela está contigo?

— Está en el jardín. Hoy tuvo que podar los rosales. Parece que hay una plaga de babosas y...

— ¿Puedes pedirle que pase al teléfono? Quédate tú también. Necesito hablar con los dos.

— Deme un segundo.

Escuché a mi abuelo gritar el nombre de mi abuela. Luego el crujir del teléfono que pasaba de unas manos a otras.

— Hola mi niña. ¿Todo está bien?

— Sí, abuela, no te preocupes. Los llamé para preguntarles algo.

— ¿Qué sería?

— Hoy pensé en una historia que ustedes me contaban cuando era pequeña. El Demonio del Río, ¿la recuerdas?

Yo no había escuchado la risa de mi abuela en meses. Oírla fue como encontrar el camino de vuelta a mi origen.

— Claro —dijo ella—. Las cosas que se inventaba su abuelo.

— ¿Qué me inventé? —escuché que dijo mi abuelo, lejos.

— Lo del Demonio del Río —contestó ella.

Mi abuelo le pidió que le pasara el teléfono.

— No le crea —me dijo—. Después de cincuenta años su abuela todavía piensa que todo lo que yo digo son inventos.

Escuché otra carcajada de mi abuela en el fondo. Me reí con ella.

— Yo no me inventé la historia —dijo mi abuelo—. Era algo que se oía en el Tolima por esos días. Mis hermanas me contaban que aquí en San Juan era imposible encontrar una muchacha sola después de las seis de la tarde. En algunos barrios los vecinos hacían toques de queda.

— ¿Qué había pasado?

— Unas muchachas habían aparecido muertas. Ya no recuerdo cuántas fueron. A varias las encontraron el humedal de Guadales. Yo nunca leí las noticias. Mis hermanas me hablaban de los cadáveres y de los rumores. Parecía que el tal Demonio era un salvaje con los cuerpos.

— ¿Pero quién era, abuelo?

— ¿El Demonio del Río? Nunca se supo.

— ¿Lo buscaron?

— Hasta el cansancio. La policía arrestó a un tipo que limpiaba las caballerizas en una finca aquí en San Juan. Creo que le había hecho una propuesta indebida a una jovencita que vio por la calle. Al final lo soltaron por falta de pruebas. ¿Para qué es todo esto?

— Es solo algo que recordé. ¿Tienes algo más para contarme? Tal vez me decida a escribir esta historia.

— ¿Está segura? Su abuela todavía espera que usted escriba esa novela de amor que le prometió hace un año.

— Quizás después —le dije.

— Escriba lo que quiera —se rio mi abuelo—. Pero cuídese. ¿Me entiende?

— Te entiendo —. No era demasiado tarde para recibir su consejo.

Antes de colgar les dije a mis abuelos que mamá les mandaba saludos.

Me quedé un rato en la sala de empleados. Mis abuelos nunca hablaron de un hombre cuando me contaban la historia. Quizás poco a poco, entre más se repetía la leyenda, la humanidad del asesino se había ido perdiendo. Al final, cuando la historia llegó hasta mí, ya no había ningún rastro de algo reconocible en él. Entendí el camino que me mostraba la investigación. Me serví un tinto y volví a mi mesa.



Andrés había vuelto a trabajar. Empezaba a atardecer y la sala de lectura parecía adormecerse con las primeras sombras. En agosto de 2004, después de que encontraran el tercer cadáver en el humedal, el periódico *Siete días* había dedicado muchas páginas a hablar de los asesinatos. Un artículo de finales de mes había publicado algunos testimonios de los habitantes de Guaduales.

— *Nunca habíamos sentido una desconfianza así* —había dicho un hombre que vendía quesos en la plaza—. *Hasta mis vecinos, que me conocen de toda la vida, hicieron cambiar las guardas de sus puertas.*

Los reporteros habían entrevistado a varias personas que creían haber visto al asesino. Luisa Márquez, de 13 años, había hablado de su encuentro con un hombre sospechoso.

Yo pasaba al frente de las escuelas. De pronto un tipo alto y rubio se me acercó y me pidió que le indicara el camino hacia la Hacienda La Pradera. Tenía un acento extranjero. Yo sabía que esa hacienda quedaba muy lejos y seguí mi camino. Después, cuando pasé por la plaza, vi que hablaba con otra muchacha.

La policía había seguido la pista de Luisa hasta dar con un hombre que había llegado a Guaduales hacía pocos días. El hombre se presentó como el delegado de una multinacional italiana. Mostró todos sus documentos y contó que sus jefes lo habían enviado para cerrar un negocio de exportación de guadua con el dueño de la Hacienda La Pradera. La policía lo dejó ir esa misma tarde.

Elvira Rocha, la peluquera del pueblo, les contó a los reporteros una historia muy diferente.

Yo me enteré de esto por un cliente mío. Resulta que el viernes pasado, a eso de las once de la noche, una muchacha caminaba por la plaza. Mi cliente escuchó la historia de un vecino suyo y no supo cuál era el nombre de la muchacha. No sé si volvía de una fiesta o si se había quedado a trabajar hasta tarde. En todo caso, ella iba a esa hora para su casa. Pasaba al frente de la heladería de doña Fernanda cuando un carro bajó la velocidad y empezó a andar al lado de ella. Era una camioneta blanca, con luces exploradoras y placas azules. Un tipo todo vestido de negro bajó el vidrio y le dio las buenas noches. Le dijo que el señor Eduardo Sarasti la había visto en la plaza y la quería conocer. Sarasti es el dueño de todas las plantaciones de caña que usted ve cuando llega al pueblo. El tipo le dijo que se subiera a la camioneta. Ella, sin dejar de caminar, vio que dentro del carro había tres hombres más, todos vestidos de negro. Contestó que su papá la esperaba en la casa. El tipo

le dijo que el señor Sarasti sabía que su tiempo era valioso y que estaba dispuesto a recompensarla si lo acompañaba esa noche. La pobre muchacha aceleró el paso. Cuando el papá le abrió la puerta de la casa el carro se esfumó.

Según el periódico, la historia se había difundido por todo Guaduales. Parecía que a raíz de ella la gente del pueblo había enfocado sus sospechas en Eduardo Sarasti.

— *Ya se adueñó de la tierra* —le había dicho un jornalero de la Hacienda Los Naranjos a un reportero—, *ahora se quiere adueñar de las mujeres.*

Me pregunté si el rumor había bastado para que la policía le abriera una investigación a Sarasti. Fui hasta un computador de mesa y escribí el nombre del hacendado en el buscador.

El primer resultado en la pantalla era un enlace a un sitio web que hablaba de la historia de la familia Sarasti en el Tolima. El papá de Eduardo, Urbano Sarasti, había sido uno de los primeros empresarios en importar automóviles al país para venderlos. También había sido el fundador de los trapiches paneleros que a mediados del siglo veinte habían empleado al 80% de la población de Guaduales. Eduardo Sarasti, como hijo único, había heredado la totalidad de los terrenos y las empresas tras la muerte de su padre.

El segundo resultado en el buscador era un enlace que me llevó hasta un foro público. Era uno de esos sitios a los que cualquiera puede acceder para publicar una historia. Las letras blancas de los textos parecían flotar sobre el fondo negro de la página. El foro se llamaba *Cuentos para no dormir*.

Me desplacé hacia abajo y miré los títulos de las publicaciones. Poco a poco me di cuenta de que el sitio era un entramado de muchas voces. Encontré varias entradas sobre las criaturas que asustaban a mis abuelos: el Mohán, la Patasola, el Poirá, la Candileja. Eran las historias que los hombres del campo habían plantado en la tierra como si fueran sus propias raíces, los cuentos que servían para que unos a otros se reconocieran. Quien supiera las leyendas no era un extranjero. Entremezcladas con las leyendas antiguas, encontré también varias historias que habían nacido en foros anónimos de internet como el que yo ahora leía: *Jeff the Killer*, *Slenderman*, *The Rake*, El experimento ruso del sueño. Eran el nuevo lenguaje de un nuevo grupo de gente, las historias que compartía una comunidad real que habitaba un espacio imaginario.

Encontré una publicación titulada «El Demonio del Río». Di click sobre su nombre y una historia se desplegó en la pantalla.

Según la leyenda El Demonio del Río, era un gamonal muy respetado en la población de Guaduales, Tolima. Su nombre era Eduardo Sarasti. Vivía en la Hacienda La Victoria, una casa blanca de dos pisos rodeada por 120 hectáreas de prado y plantaciones de caña. La hacienda quedaba en la cima de un cerro desde donde se podía ver todo el pueblo y parte de la cordillera.

La familia Sarasti tenía la reputación de ser muy generosa con la gente. Los ancianos de Guaduales cuentan que don Urbano Sarasti, el padre de Eduardo, solía llamar a todos sus trabajadores a su casa el día de Navidad. Les pedía que se formaran en fila y los hacía pasar uno a uno frente a su escritorio. A cada trabajador le entregaba una moneda de veinte pesos, que por esa época eran grandes y pesadas, como las morrocotas antiguas. En realidad las monedas tenían muy poco valor, pero bastaban para que las familias compraran los tamales de la cena de esa noche.

Eduardo Sarasti fue el único hijo de uno de los hombres más importantes del Tolima. Tras la muerte de don Urbano, Eduardo se hizo cargo de la fortuna familiar. Apenas rondaba los veinte años cuando se convirtió en el hombre más poderoso de Guaduales. Se dice que por esa época aprovechó su fortuna y su juventud para cortejar a algunas muchachas del pueblo. Sus esfuerzos nunca dieron resultado. En todos sus años de vida a Sarasti nunca se le conoció esposa. La gente del pueblo especulaba que la razón de su soledad era que el hombre tenía un defecto congénito. Al parecer sus partes nobles eran tan minúsculas que eran casi inexistentes.

En el 2004 aparecieron varios cuerpos de mujeres estranguladas en el humedal de Guaduales. En el pueblo se esparció el rumor de que Sarasti, que entonces ya era un hombre mayor, era el autor de los asesinatos. La historia que se oía en las calles de Guaduales era así: Sarasti enviaba a cuadrillas de hombres uniformados para que recogieran mujeres en la calle y las llevaran a su hacienda. En principio les ofrecía dinero a las jóvenes para que se acostaran con él. Si no aceptaban, Sarasti llamaba a sus hombres e intentaba forzarlas. Pero cuando el hombre se desnudaba y la muchacha veía su fantástica ausencia de dotes, la muchacha no podía hacer otra cosa que poner cara de asco. Entonces Sarasti se enfurecía y hacía que sus hombres la llevaran afuera. Él mismo le ataba una soga al cuello a la joven y les daba la orden a sus hombres de que la colgaran del cedro que crecía en el patio. La muchacha pataleaba y gritaba en vano. Luego los hombres bajaban el cuerpo y lo llevaban hasta el humedal de Río Viejo. Allí le quitaban la ropa y lo abandonaban al borde del agua.

A varios de los cuerpos que aparecieron en el humedal les faltaban partes. Los habitantes de Guaduales decían que eso también era obra del gamonal. Sarasti, movido por la vergüenza, había acudido a una bruja para que le remediara su problema. La bruja le había dicho que debía comer partes de los cuerpos de las muchachas: solo así recuperaría su virilidad.

Volví al buscador. Al final de la página de resultados había un enlace a un sitio web dedicado a la vida de Eduardo Sarasti. En el encabezado de la página había una foto suya en blanco y negro, tomada quizás a principios de los setenta. Sarasti llevaba un traje de paño de ocho botones y una corbata a rayas. Su rostro era cuadrado, de ángulos finos, y su cabello gris estaba peinado con esmero hacia un lado. Su mirada era casi la de un niño. Había algo de candidez en él, como si nunca hubiera alcanzado a entender su papel en el teatro suntuoso que era su vida. Me pregunté si esa mirada era lo último que habían visto Leonor, Carolina e Irene. Me pregunté si al verla habían pensado lo mismo.

El texto de su reseña biográfica decía que Sarasti había muerto en el 2009, a los 67 años, por una insuficiencia cardíaca. Había pasado sus últimos días en Ibagué. A principios del milenio su nombre había resonado en el Tolima por una leyenda que nació alrededor de unos asesinatos. Los sobrinos de Eduardo Sarasti habían desmentido la historia en muchas ocasiones. Decían que ni la policía ni nadie habían tenido nunca una razón para investigar a su tío.

Andrés no volvió a mi mesa. Quizás se había dado cuenta de que el misterio, en lugar de aclararse, se enredaba cada vez más.

Volví a mirar el periódico *Siete días* del Tolima. Un reportaje del 7 de diciembre de 2004 decía que en esas vacaciones Guaduales había recibido más turistas que nunca. La leyenda del Demonio del Río se había expandido por la región y había conseguido atraer a la gente de los alrededores a la reserva de Río Viejo. La administración del humedal incluso había entrenado a sus guías para que señalaran los lugares donde se habían encontrado los cuerpos de las muchachas.

La gente tenía toda clase de teorías. Algunos visitantes de la reserva les dijeron a los reporteros que no había duda de que se trataba de crímenes sin ninguna conexión entre sí. Un turista bogotano habló de la posibilidad de una elaborada estrategia publicitaria. Otros creían en la existencia de un animal desconocido en el humedal. Los niños de la escuela pública de Guaduales lo describían como una especie de lagarto gigante de tres cabezas que vivía en la

laguna. La policía había emitido un comunicado oficial que desmentía la existencia de un ser sobrenatural. El comunicado solo consiguió que algunos creyeran que la policía intentaba ocultar algo.

La noche había llenado las calles de una bruma gris. Antes de salir de la biblioteca pasé las páginas de todos los periódicos de diciembre. No había reportajes de otras desapariciones ni de otros hallazgos de cuerpos.



Me desperté de golpe. La mitad de las cobijas de mi cama estaban en el suelo. Tenía la sensación de que había soñado algo que no podía recordar.

Fui a la cocina a prepararme el desayuno. Inés picaba verduras sobre el mesón junto a la ventana. Durante toda mi vida yo había visto su silueta delgada que se recortaba frente al lavadero, frente al lavaplatos, frente a la mesa de planchar. Inés había nacido en Cúcuta hacía yo no sabía cuántos años.

— Inés, ¿tú en qué año llegaste al pueblo?

— ¿A La Calera? En el 84.

— ¿Alguna vez escuchaste de un monstruo que vivía en el campo?

Inés volteó a mirarme. No pudo disimular una risa.

— Lo llamaban el Demonio del Río —expliqué.

— Algo recuerdo —me dijo y volvió a picar las verduras—. Hace unos diez años se hablaba mucho de eso en las veredas.

— ¿Qué se decía?

— Que era una especie de espíritu. Creo que algunos pensaban que era el Diablo mismo.

Había gente que le ponía velas y le pedía favores.

— ¿Favores?

— Riqueza, amor, salud. Lo que se le pide a cualquier imagen.

— ¿Por qué a él?

— Me imagino que se cansaban de pedirle a los santos. Dios era más difícil de ver. El Demonio al menos dejaba cadáveres.

— ¿Alguna vez encontraron un cadáver en La Calera?

— Que yo sepa, no. Solo en el Tolima.

Volví a mi cuarto y revisé los apuntes de mi libreta. Hasta ahora, yo sabía de tres jóvenes que habían aparecido muertas en el humedal de Río Viejo. Leí de nuevo mis notas sobre Juliana y María Helena, las muchachas desaparecidas en Cundinamarca en el 2001. Nada me permitía comprobar que sus desapariciones tuvieran alguna relación con los asesinatos que habían ocurrido en Guaduales en el 2004.

Aún si los casos estaban relacionados, había un vacío de dos años en la historia. De nuevo intenté imaginar la cantidad de desapariciones que no estaban reportadas en la sección de *La Actualidad*. Sin duda en esos años habían ocurrido decenas de casos similares que yo ignoraba.

Puse las fotos de las muchachas de Guaduales sobre mi cama. Pensé en sus cuerpos ennegrecidos sobre el pasto, hirviendo de moscas y de hormigas. La manera en la que había muerto Leonor todavía era un misterio. A Carolina y a Irene las habían estrangulado. Era posible que hubieran muerto en el humedal, como también era posible que el humedal fuera apenas el lugar a donde habían llevado sus cuerpos. Una vez muertas, alguien había desmembrado a las tres muchachas. Quizás el asesino se había preocupado también por acomodar las partes mutiladas sobre la hierba para darle un espectáculo a quien las encontrara.

Empecé por asumir, como la mayoría de la gente de Guaduales, que una sola persona había cometido los crímenes. Después de todo, los tres asesinatos tenían varios signos en común. Cada asesino en serie tenía una firma. Era su marca, la escritura que ejercía sobre el cuerpo de sus víctimas. Un investigador, como un lector atento, tenía que buscar el lenguaje que identificaba al autor. Era un lenguaje impronunciable, como el nombre de todo lo terrible. Indecible también como el nombre de Dios. Y sin embargo el trabajo del investigador, como el de un escritor, era buscar la manera de decir lo que no tenía nombre. Había que arrojar palabras al pozo negro del silencio para que el horror empezara a ser comprensible.

La literatura policial estaba llena de métodos para deducir la identidad de un criminal cuando apenas se conocían algunas características de sus crímenes. Miss Marple era una de las mejores con esa estrategia. Resolvía todos los casos que le planteaban sus huéspedes sin salir ni una vez de su casa en St. Mary Mead, un pueblito campestre donde en apariencia no ocurría nada interesante. Su técnica no tenía ningún secreto. Todos los días Miss Marple escuchaba las anécdotas que le contaban sus vecinos. Conocía todos los dramas cotidianos de su pequeño rincón de provincia. Sabía cómo actuaba la gente de su aldea, cuáles eran sus

deseos, qué artimañas se ingeniaban para conseguir lo que querían. Al final esas mismas anécdotas le daban la clave para entender los crímenes que se cometían en las grandes ciudades, a kilómetros de distancia del sillón donde ella pasaba las tardes junto a la chimenea. Miss Marple mostraba que era posible deducir cómo había actuado una persona que uno jamás había conocido. Para hacerlo bastaba con pensar en las personas que uno sí conocía. La razón era simple y la misma Miss Marple solía repetirla: «*Human nature is pretty much the same everywhere*».

Tantas páginas de literatura policial y *true crime* tenían que haberme enseñado algo sobre ese método. Si el Demonio del Río era de hecho un hombre, yo conocía las historias de otros hombres que habían actuado de manera similar. Todos ellos tenían en común que la prensa, la policía, los escritores y la gente les habían dado el mismo nombre. Los llamaban asesinos en serie.

El asesino en serie era un invento del FBI. Un pequeño grupo de agentes federales lo había concebido a principios de los años ochenta. Para entonces ya había decenas de mujeres y hombres en cárceles y en cementerios, condenados a prisión perpetua o a muerte por lo que se solía llamar «asesinato múltiple». Hacía tiempo que aparecían cuerpos fríos en los pastizales, en las camas, en los asientos traseros de los carros. Hacía tiempo que había pistolas, cuerdas, cuchillos, pieles desgarradas, gritos. Lo que el Bureau había inventado era el nombre y lo que el nombre significaba.

Además de inventar a un nuevo enemigo, el FBI había creado un método para capturarlo. Quizás se habían inspirado en parte en Miss Marple para concebir la técnica que llamaban *criminal profiling*. La perfilación criminal consistía en observar en detalle las acciones de un asesino. Había que reparar en las características de las víctimas que escogía, observar el lugar donde las mataba, la manera en que lo hacía, identificar sus instrumentos. Luego había que comparar esos datos con lo que ya se sabía de otros asesinos, otros crímenes y otros métodos. En teoría, esa comparación permitiría conocer algunos rasgos de la identidad del criminal, desde la conformación de su entorno familiar hasta su contextura física. Una vez identificado el asesino, el método había cumplido su propósito. Entonces la policía podía hacerse cargo del arresto y los jueces podían decidir entre una celda de por vida y la silla eléctrica.

La perfilación criminal había aparecido como la confirmación científica de los métodos de investigación que habían inventado los detectives de la novela policial clásica. Ahora la psicología tenía las herramientas para leer la mente de un criminal a partir de la sola

observación de la escena del crimen. En el fondo era lo mismo que Dupin, Sherlock, Miss Marple y el Padre Brown habían hecho desde los últimos años del siglo XIX y los primeros años del XX. Los agentes federales que contribuyeron en la creación del nuevo método pasaron a ocupar un lugar parecido al de un Sherlock o un Dupin moderno. Algunos incluso tomaron distancia del Bureau para recibir ellos solos todo el mérito. Se hacían llamar *mind hunters*.

Los perfiladores criminales eran la contraparte del asesino en serie y habían nacido con él. Eran una especie de versión renovada de los *G-men*, los hombres del gobierno estadounidense que se metían en los sótanos y las trastiendas en busca de gangsters en los años de la Prohibición. Los *G-men* habían sido los primeros en convertir al agente del FBI en un héroe de folletines y películas. Eran los tipos apuestos de sombrero y corbata, los graduados en derecho que allá por los años veinte mataron a John Dillinger y capturaron a Al Capone. En la década de los ochenta, con la llegada de un nuevo enemigo, la leyenda regresó actualizada. Los federales volvieron a ser los caballeros andantes que combatían monstruos que no estaban fuera sino dentro del castillo. Eran los hijos de la única institución capaz de enfrentarse a los criminales que ella misma inventaba.

Todo esto me decía que, si yo conocía las historias de otros asesinos, ya debía saber algo sobre el hombre que buscaba. Empecé a comparar. La mayoría de los hombres que había estudiado hasta ahora en mi investigación eran transeúntes. Luis Alfredo Garavito, Pedro Alonso López, Daniel Camargo Barbosa: a todos ellos una sed parecida los había llevado hasta pueblos y potreros lejanos, incluso hasta otros países. Recordé que Florence Sheppard hablaba sobre la movilidad de los asesinos en serie en su libro *A Biography of the Serial Killer*. Fui al estudio por él.

Era un libro de tapas azules, de apariencia mucho más modesta que otros libros sobre el mismo tema que había en mi biblioteca. Busqué la página donde Sheppard contaba la anécdota. En 1983 el Congreso de Estados Unidos había llevado a cabo varias audiencias de presupuesto para decidir si la unidad del FBI que se hacía cargo del asesinato en serie merecía financiación. Los agentes del Bureau llevaron a una escritora de *true crime* a una de las sesiones para que hiciera las veces de experta. Se trataba de Ann Rule, una mujer que había conocido a Ted Bundy en el trabajo y había escrito una biografía suya cuando se descubrieron sus crímenes. En la audiencia, Rule dijo que la mayoría de nosotros conducía un promedio de 25.000 a 30.000 kilómetros al año. Los asesinos en serie, en cambio, podían recorrer cerca

de 320.000 kilómetros cada año. Según ella, un asesino en serie era capaz de conducir toda la noche. Siempre estaba despierto, en busca de una víctima desprevenida que se le cruzara en el camino.

En Estados Unidos el asesinato nunca había sido un crimen federal. Sin embargo los miembros del comité de presupuesto pensaron que, si había un tipo de asesino que por naturaleza traspasaba los límites de los estados, solo una agencia federal podía hacerse cargo. Al final el Congreso le concedió el presupuesto al Bureau para que adelantara investigaciones académicas sobre el tema y tomara medidas correctivas.

Años después otros escritores de policial cayeron en cuenta de que los cálculos que Ann Rule había presentado en la audiencia eran absurdos. Sus cifras querían decir que un asesino en serie conducía un promedio de 885 kilómetros al día, todos los días del año. Yo me había tomado la molestia de medir la distancia en un mapa. 885 kilómetros era más de la mitad de Colombia. Era la distancia que había entre mi casa en La Calera y Leticia, Amazonas.

Lo cierto era que no todos los asesinos en serie viajaban. Manuel Octavio Bermúdez había matado siempre en las mismas ciudades del Valle del Cauca, el departamento donde vivía. Fredy Valencia había matado en su casa, un cambuche escondido en los cerros orientales de Bogotá, donde también sepultaba los cadáveres. Jaime Iván Martínez Betancur, a quien la policía había capturado hacía apenas un año, había matado a varias mujeres y las había enterrado en el huerto de la finca que cuidaba en el pueblo de Guarne, Antioquia.

Por ahora el rastro que yo tenía del asesino de Guaduales era escaso. Era tan posible que viviera en el Tolima como que viviera en otro país. Ese razonamiento no me llevó a ninguna parte.

Quizás me había hecho la pregunta equivocada. Casi todos los asesinos que yo conocía habían violado a sus víctimas antes de matarlas. Los artículos de *Siete días* no decían que los cuerpos de las muchachas de Guaduales tuvieran señales de violación, pero tampoco decían que no las tuvieran. Peter Kürten, Gilberto Chamba, Andréi Chikatilo, Gary Ridgway: para todos ellos matar había tenido algún significado sexual. Juana Barraza Samperio había asesinado al menos a veintisiete ancianas en Ciudad de México entre 2002 y 2006. En varias ocasiones Juana sometió a las mujeres de una manera sexual que la prensa nunca había especificado. Quizás los periodistas pensaban que no podían hablar de los detalles sin intimidar al lector casi hasta el punto de agredirlo. Quizás temían que al escribir algo así ellos mismos cometerían un acto violento.

Aunque conocía bien los hechos, en el fondo yo no veía a los criminales de una manera tan clara como los habría visto Miss Marple. Todas las víctimas de Gary Ridgway fueron prostitutas. Aun así, Gary no les pagaba por una tarde de sexo violento. Las llevaba a su casa o a lo profundo de un pastizal, las golpeaba y al final las estrangulaba. Luego llevaba sus cadáveres a los matorrales cercanos al río Green River y los escondía allí. En los días siguientes regresaba para violar a las mujeres muertas.

Las investigaciones del FBI se centraron en la idea de que el asesino en serie era un depredador sexual. Su motivo para matar no era el dinero. Tampoco lo eran los celos ni las filiaciones políticas. Eso quería decir que cualquier persona en absoluto era una posible víctima. Era vulnerable cualquiera que tuviera un cuerpo que otro pudiera desear. La idea desató el pánico en Estados Unidos en los años ochenta. La sociedad entera estaba bajo asedio: la amenaza de una violencia extrema se cernía ahora sobre todo el mundo. La gente puso toda su confianza en el FBI. Parecía que nunca antes una institución federal de vigilancia y castigo había sido tan necesaria.

En realidad era posible que los crímenes de Guadales no tuvieran una connotación sexual en absoluto. Los crímenes de Zodiac, quien quiera que fuese, al parecer no tenían su origen en ningún deseo erótico. David Berkowitz había limitado al mínimo su contacto físico con sus víctimas. Había toda una legión de envenenadores y estafadores que siempre dejaban cadáveres vestidos: Nanie Doss, Nepomuceno Matallana, Belle Gunness, John George Haigh, María Concepción Ladino. A todos ellos el FBI los había dejado por fuera de la definición de asesino en serie porque habían reclamado la fortuna de sus víctimas o el dinero de sus seguros de vida. Yo me preguntaba si ese era el verdadero motivo de sus asesinatos. No hacía falta matar para robar mucho dinero. Aun así, ellos habían decidido hacerlo.

Luis Gregorio Ramírez Maestre era un caso excepcional. Era un hombre delgado y moreno, nacido en La Mina, un corregimiento de Valledupar. Sus padres eran dos campesinos del Cesar que habían trabajado la tierra durante toda su vida para mantener a sus diez hijos. De niño, Luis Gregorio solía ir al monte a trabajar con su padre. Al regresar al pueblo se quedaba en casa o ayudaba en el grupo de madres comunitarias. Todo eso lo contó don José del Carmen, el papá de Luis Gregorio, en su única entrevista televisada. Dijo que Luis Gregorio no peleaba ni tenía malas costumbres. Acaso al crecer se había alejado mucho de sus padres, pero también lo habían hecho los demás.

— Los hijos se van y hacen sus cosas —dijo don José del Carmen—. Entonces uno ya no puede responder por ellos.

A los dieciocho años Luis Gregorio se fue de la casa. Prestó servicio militar por un tiempo en Bucaramanga. Nadie sabía con certeza qué había hecho después de recibir la baja del Ejército. Los documentales sobre su vida decían que había indicios de que por unos años fue miembro de un bloque de las Autodefensas. Al cabo de varios años volvió a vivir en Valledupar.

Luis Gregorio tenía veintisiete años cuando conoció a Marcelo Hernández Ospino. Los tabloides habían publicado algunas fotos suyas: Marcelo tenía una cara morena y afilada, con el bigote escaso de un niño. Tenía diecinueve años y trabajaba como mototaxista.

Una mañana Luis Gregorio fue a buscarlo a su casa. Le dijo que necesitaba que lo llevara hasta un lugar a las afueras de la ciudad. Los dos hombres se subieron a la moto y tomaron la carretera. Luis Gregorio nunca había hablado en público sobre lo que sucedió ese día. Yo había intentado reconstruir la historia con los fragmentos que encontré en los reportajes dedicados al caso. Parecía que, después de andar varios minutos, Luis Gregorio le pidió a Marcelo que se detuvieran. Desde el puesto trasero de la moto, Luis Gregorio tomó algún objeto que llevaba consigo, tal vez una piedra. Sin que Marcelo pudiera verlo venir, Luis Gregorio levantó el brazo y le descargó un golpe en la cabeza. Lo golpeó hasta que quedó inconsciente. Entonces lo tomó de los brazos y lo arrastró hasta un potrero.

Luis Gregorio recostó a Marcelo contra el tronco de un árbol y sacó una cuerda larga que llevaba en su mochila. Primero ató varios nudos alrededor de los tobillos del muchacho. Luego extendió la cuerda, le puso las manos tras la espalda y ató sus muñecas. Por último levantó a Marcelo unos centímetros del piso y, con los metros de sogas que le quedaban, ató su cuello al tronco del árbol. Apretó los nudos del cuello con más fuerza que los demás, pero tuvo cuidado de dejarlos lo bastante sueltos para no ahorcar al muchacho.

Entonces Luis Gregorio lo despertó. Marcelo tenía la espalda apoyada en el tronco del árbol y las piernas en un ángulo de 45 grados, como si estuviera sentado en una silla de aire. Tenía que hacer un esfuerzo enorme para mantenerse en esa posición y no dejar que sus piernas se deslizaran hasta el suelo. Los nudos de las manos y los pies estaban conectados con el nudo del cuello. Si movía un poco los brazos o dejaba caer las piernas, la soga del cuello se apretaría para no volverse a soltar.

Marcelo resistió por horas. Luis Gregorio se quedó a mirarlo. Yo intentaba imaginar al muchacho que se movía para zafarse y solo conseguía apretar más la cuerda. Sus piernas temblaban y poco a poco cedían al peso de su cuerpo. Cuando ya empezaba a caer la tarde, Marcelo se dejó ir. Luis Gregorio caminó de vuelta a la carretera, se subió en la moto y regresó a la ciudad.

Por esa época empezaron a desaparecer mototaxistas en Valledupar, Santa Marta, Barrancabermeja y otras ciudades de la costa. Los muchachos conocían a un tipo que por unos días los llevaba a jugar fútbol y les compraba cervezas. Hablaban con él tardes enteras. Quizás el hombre les contaba de su oficio como mecánico. Quizás hablaban de las motos y de la vida. Un día los muchachos se iban a trabajar y no volvían.

En mayo de 2012 la policía encontró el cadáver de John Jairo Amador atado al tronco de una palmera en la vereda de Tenerife, Barrancabermeja. Su moto no estaba en la escena. No tenía su cédula y le habían robado el celular. Los investigadores decidieron rastrear las llamadas que salían del teléfono de John Jairo y descubrieron que la mayoría de ellas se dirigía a un teléfono fijo en Medellín. La búsqueda los llevó hasta una casa de la comuna cinco donde al parecer funcionaba un taller de motos. Luis Gregorio Ramírez Maestre vivía allí con su esposa y sus tres hijos.

El día de su captura, Luis Gregorio aceptó que había matado a John Jairo y le pidió a la justicia que no se metiera con su familia. Al final de su audiencia de imputación de cargos, Luis Gregorio le dijo al juez

— He tratado de cambiar, de salvar la vida, pero no he podido porque no se me ha dado el momento. Muchas gracias su señoría. Que Dios me lo bendiga a usted y a toda su familia.

El jefe de perfilación criminal de la DIJIN concluyó que Luis Gregorio había matado por dinero. Según él, su objetivo era robarles las motos a los muchachos. Sin duda para robar motos no hacía falta inventar un mecanismo de tortura. Quizás esa era la manera en que los agentes llenaban el vacío de no comprender las acciones de Luis Gregorio.

Todos esos hombres y mujeres tenían en común el silencio que los rodeaba. Aunque viera horas de documentales y leyera decenas de páginas sobre sus casos, una parte de ellos insistía en permanecer oculta. Parecía que el lenguaje de las investigaciones policiales se quedaba corto para nombrarlos. En el fondo, la técnica de Miss Marple era una sinécdoque: un hombre era todos los hombres. El método de perfilación criminal del FBI también se acercaba a esa figura retórica. Pero al enfrentarse a cada historia esos lenguajes no resistían

y tenían que romperse. Me pregunté qué podía hacer. Quizás había que empezar por buscar nuevos lenguajes. Hacía falta inventar otros caminos para empezar a acercarse a lo indecible.



Me quedé en mi escritorio hasta la madrugada: a un lado tenía mi libreta de apuntes, al otro las fotos de las muchachas y la enciclopedia de asesinos en serie de Mallory Smith. Casi a las tres de la mañana un zumbido dentro del cráneo me hizo saber que era hora de dormir un poco. Desperté bajo un cielo todavía oscuro. Me levanté y me vestí para ir a la biblioteca.

Era la mañana del lunes y encontré a un par de estudiantes en la sala de lectura. Saludé a Ana al entrar.

— ¿Cómo va la investigación? —me preguntó.

— A veces parece que no voy a ninguna parte.

— ¿Alguna vez me vas a decir en qué trabajas?

Ana todavía pensaba que yo era alguna clase de investigadora forense. No había tiempo para explicarle.

— Quizás —contesté.

Le dije que revisaría el archivo de 2005 de *Siete días*, el periódico del Tolima. Ana empezó por entregarme la caja de periódicos de enero.

La noticia estaba en la edición del martes 25. Se llamaba Manuela Tovar y tenía diecinueve años. Esta vez su cuerpo no había aparecido en el humedal de Río Viejo. Lo habían encontrado a las afueras de un pueblo llamado Suárez, a un poco más de treinta kilómetros de Guaduales.

Esperanza, la madre de Manuela Tovar, fue esta mañana a la morgue a reconocer el cadáver de su hija.

— La última vez que hablamos fue para gritarnos —le dijo Esperanza a los reporteros—. Manuela volvió a decir que se iba a ir de la casa. Me amenazaba con eso cada vez que peleábamos. Esa noche le dije que se largara, como le decía siempre. A la mañana siguiente ya no estaba en su cuarto. Abrí su armario y vi que faltaba una maleta y la mitad de su ropa.

Justo debajo del titular había una foto del cadáver. Manuela estaba tendida boca arriba a la orilla del río Magdalena. El agua había lamido su cuerpo desnudo por varios días y había formado una baba transparente sobre su piel. En su pecho había varias heridas que ya no

sangraban. Tenían la forma de ojal de las puñaladas profundas. Su rostro estaba tan hinchado que no pude distinguir sus facciones. Imprimí una copia de su foto y la guardé con las demás.

El artículo mencionaba el caso de las muchachas de Guadales.

Por la diferencia de lugar y de método, la policía duda que se trate del mismo asesino. Los miembros del Cuerpo Técnico de la Fiscalía dicen que no descartan la posibilidad.

Pensé en mirar los periódicos de los días siguientes. Una especie de náusea me detuvo. Mi ritual de lectura se había vuelto obsceno. Yo leía sobre una mujer muerta, escribía un par de cosas en mi libreta y luego pasaba páginas y más páginas de deportes y clasificados. Los periódicos reportaban cualquier cosa con la misma medida indiferente. Me quedé mirando la foto de Manuela Tovar. No había ninguna razón para que yo estuviera de este lado de la historia y ella de ese. Era un azar que no fuera ella la que investigaba mi muerte, la que veía en la página de un periódico viejo una foto de mi cuerpo roto, abierto, desangrado.

Me despertó un peso tibio sobre mi hombro. Era la mano de Ana.

— Te traje esto.

Frente a mí había un vaso plástico con café. El periódico abierto sobre la mesa mostraba aún la foto del cadáver. Ana la miraba. Algo regresó desde lo más profundo del sueño para recordarme que la foto no era de Manuela sino mía. Un reflejo de mi mano cerró el periódico.

— Ven — me dijo Ana.

Me levanté de la mesa y la seguí. Ella entró al escritorio del puesto de información, sacó un letrero de cartón que decía «Fuera de servicio» y lo puso sobre el mostrador. Me llevó hasta el pasillo que estaba afuera de la sala de lectura. Era un corredor largo con dos puertas a un lado. Una de ellas decía «Cuarto de aseo». La otra puerta no tenía letrero.

Ana sacó un manojito de llaves y abrió la puerta sin letrero. Unas escaleras largas bajaban hasta una sala llena de anaqueles altos y grises. Era la bodega del archivo de prensa. Ana miró hacia ambos lados y me hizo entrar delante de ella. Antes de cerrar la puerta volvió a mirar hacia afuera.

Dos empleados trabajaban en la bodega. Uno de ellos limpiaba el polvo de las cajas y rociaba los anaqueles con pesticida para polillas. El otro se encargaba de poner los periódicos solicitados en el ascensor pequeño que daba al puesto de información. Ana los saludó y se adentró en los anaqueles. La seguí de cerca.

Los estantes estaban llenos de etiquetas incomprensibles. Ana me llevó hasta el fondo de la sala, sacó una caja de una repisa y la puso en el suelo. Luego se sentó en el suelo junto a ella. Hizo un gesto para indicarme que me sentara también.

— No recuerdo en qué día está —dijo mientras hojeaba un periódico.

— ¿De qué hablas? —le pregunté. El sueño era como un velo blanco detrás de mis ojos.

— La quinta víctima —me dijo—. Después de las cuatro del Tolima.

— ¿Conoces el caso?

— Es el que más me gusta. Claro, después del Monstruo de los Mangones.

— ¿La muchacha de Suárez también fue víctima suya? —le pregunté.

— No estoy segura. Pero también lo sospecho.

Al fin Ana encontró lo que buscaba. Estaba en el número del 18 de marzo de 2005 en el diario *El boyacense*. Un artículo sobre las preparaciones para la Semana Santa llenaba toda la página. Empecé a leerlo. Ana se rio y señaló un anuncio pequeño que estaba en una esquina. Tenía apenas unos cuantos renglones.

Viviana Alméciga desapareció ayer a las afueras del municipio de Rondón. Tiene 18 años, ojos azules, mejillas sonrosadas y cabello castaño. Si usted la ha visto, no dude en llamar a la policía o a esta casa editorial. Nos permitimos recordarle a la ciudadanía que este es un momento de especial vulnerabilidad de las jóvenes. Les recomendamos a las muchachas de entre quince y veinte años que no salgan solas, incluso en el día.

El artículo no mencionaba al Demonio del Río, pero era evidente que el miedo ya había llegado hasta Boyacá.

— ¿Crees que tiene relación con las demás? —le dije a Ana.

— Puede ser.

— Hay que mirar los periódicos de los días siguientes.

— No hay ningún reportaje sobre ella.

Le conté de las dos desapariciones que yo había encontrado en un periódico de Cundinamarca.

— ¿Ya intentaste dibujar un itinerario de viaje? —me preguntó.

Subimos las escaleras y nos detuvimos junto a la puerta cerrada. Alguien cruzaba por el pasillo. Esperamos en silencio hasta que los pasos se alejaron. Entonces Ana abrió la puerta y salimos.

Fui al computador de escritorio y busqué un mapa de la región andina. Lo imprimí en la fotocopidora que estaba al fondo de la sala. Ana me prestó un esfero rojo. Apoyé el mapa sobre el mostrador del puesto de información. Dibujé un punto en los pueblos donde habían ocurrido las desapariciones: Guatavita, Suesca, Rondón. Luego marqué un punto sobre Guaduales, el lugar de los tres homicidios. Por último señalé Suárez, el pueblo del Tolima donde habían encontrado a Manuela Tovar.

Uní los puntos con una línea que pretendía ser la ruta de viaje de un hombre: primero Cundinamarca, luego el Tolima, luego Boyacá. Al terminar me alejé un poco del mapa para ver la figura. Era un espiral.

— ¿Qué hay en el centro? —preguntó Ana.

Era una vieja técnica de la perfilación criminal. Si los lugares de los crímenes formaban algo parecido a un círculo, lo más probable era que la casa del asesino quedara en la mitad.

— ¿Crees que esto quiere decir que vivía en Bogotá? —le dije. Ana no respondió.

Me pregunté cuál había sido la siguiente parada en el viaje del asesino. Miré el mapa. Quizás se había quedado en Boyacá por un tiempo.

— ¿Ya has revisado otros periódicos de Boyacá de ese año? —le pregunté a Ana.

— También algunos del 2006 —dijo—. Nada parecido.

Quizás el asesino había seguido la ruta del espiral. Ana y yo decidimos mirar los periódicos semanales de Santander de 2005 y 2006.

El ascensor del puesto de información chilló al subir cada una de las veinticuatro cajas. Yo leía desde mi mesa, Ana desde el puesto de información para fingir que trabajaba. Cada tanto yo iba o ella venía para preguntar si habíamos encontrado algo. No había nada.

A las tres de la tarde terminaba el turno de Ana. Eran las dos y media y todavía nos faltaba revisar la mitad de los periódicos del 2006. Fui al puesto de información.

— No creo que haya nada en Santander —me dijo y bostezó. Tenía las puntas de los dedos manchadas de tinta vieja.

— ¿Qué sugieres?

— Podemos ir a la esquina y tomarnos un café.

Miré el mapa que seguía sobre el mostrador.

— También podemos revisar los periódicos de Antioquia —dije.

Ana respiró profundo.

— Si salimos de noche, tú pagas la cena —me dijo.

Después de un rato Ana se levantó del puesto de información y fue a la sala de empleados. Volvió sin el uniforme, vestida con un saco gris que le quedaba un poco suelto. Se recogió el cabello en una moña desordenada. Se me ocurrió que quizás lucía así los domingos cuando no salía de casa. Era fascinante intentar imaginarla en los momentos en los que nadie la veía. Me pregunté en qué pensaba cuando no había nadie más, cuando estaba sola y su belleza era solo para ella misma.

Decidimos mirar los archivos de *La voz de Antioquia*. Ana se sentó frente a mí y empezó a pasar páginas. Algunos estudiantes ocupaban todavía otras mesas. La sala de lectura ya empezaba a ponerse gris cuando terminamos con las cajas del 2005 y empezamos a revisar las del 2006.

De pronto el silencio de Ana se hizo más profundo. La miré leer. Quizás en ese momento la sala de lectura desapareció y ella no vio otra cosa que las letras descoloridas sobre el papel. Quise saborear los últimos momentos de mi ignorancia. Entonces Ana habló.

— Dime qué te parece esto.

Era un reportaje de un párrafo, impreso en un rincón de la sección de judiciales. Se titulaba «En custodia el presunto responsable del homicidio de una joven».

La policía del municipio de Granada anunció esta mañana la captura de un hombre. Ocurrió el día de ayer, 4 de enero, en las cercanías de la Quebrada Santa Bárbara. Aurelio Jaramillo, un residente del pueblo de cincuenta y tres años, caminaba por la carretera hacia San Carlos rumbo al cultivo de mora donde trabaja. Escuchó un ruido entre los matorrales y pasó despacio, creyendo que vería a un animal. En cambio vio a un hombre inclinado sobre el pasto, que parecía cortar la maleza. Al acercarse don Aurelio se dio cuenta de que el hombre cortaba el cuerpo muerto de una muchacha. Hoy el presunto asesino se encuentra detenido en la estación del pueblo, en espera de que se lo lleve a juicio. El cadáver de la joven permanece por identificar.



Ana y yo salimos de la biblioteca cuando cerraron las puertas. Miramos todos los periódicos del 2006 y el 2007 en busca de algo más sobre el caso. Encontramos apenas un artículo, dos días después de que se reportara la captura.

El personal forense consiguió determinar la identidad del cuerpo en la tarde de ayer. Se trata de Alicia Heredia, una muchacha de veintiún años que vivía en Granada con sus padres y sus dos hermanos. Alicia salió en la mañana del 4 de enero a la casa de Sandra Ortega, donde trabajaba como niñera. Nunca llegó. Su madre, doña Miriam, preguntó por ella en las casas de los vecinos hasta bien entrada la noche. Ayer en la tarde algunos de sus vecinos acompañaron a doña Miriam hasta la morgue.

El detenido se identificó ante la policía como Gabriel Arturo Rodríguez Molina. Las fuerzas del orden están desbordadas de trabajo en Granada, de manera que los agentes locales le pidieron a la Policía Metropolitana que tomara custodia del preso. Mientras espera el juicio, Rodríguez permanecerá en una celda de la cárcel Bellavista de Medellín.

Ana y yo fuimos hasta el fondo de la sala e imprimimos una copia del artículo. Lo leímos varias veces para que nada se nos escapara. Mi investigación había consistido hasta ahora en hurgar entre palabras viejas en busca de un nombre. Ahora que tenía uno me pregunté cuál podía ser el siguiente paso.

— ¿Todavía quieres ir a cenar? —le dije a Ana.

— Podemos cocinar, si quieres.

Me detuve a pensar qué excusa podría inventarle a mamá para justificar que no llegaría a casa esa noche.

— Está bien si no quieres —me dijo Ana. Quizás creyó que después de todo eso yo no tenía ganas de ir a la casa de una extraña.

Caminamos por la calle que vibraba con su marea usual de luces y de gente. Ana vivía a diez cuerdas de la biblioteca. Era un edificio de fachada blanca donde varias personas habían escrito palabras ilegibles con pintura en aerosol. La única entrada al edificio era por la puerta del estacionamiento.

Cruzamos el garaje a oscuras, en medio de masas de sombra que parecían animales dormidos. Ana llegó hasta el vestíbulo y encendió la luz. Junto a las escaleras estaba el puesto vacío del vigilante. En el centro de la sala había una mesa pequeña cubierta por un mantel tejido. Las cosas eran viejas pero estaban limpias. Todo parecía puesto en un orden preciso, quizás por personas que sabían que eso era lo mejor que podían conseguir.

Subimos hasta un apartamento en el tercer piso. Ana me dijo que podía dejar mis cosas en cualquier parte. Me senté en el sofá. Al final de un pasillo corto vi una luz que se filtraba

por los bordes de una puerta cerrada. Ana me dijo que era la habitación de su compañera de piso. Desde la puerta brotaba a veces la voz ronca de un clarinete.

Llamé a mamá para decirle que me quedaría a estudiar con una compañera de la universidad. Ella supo que no era cierto.

— Vuelve antes del almuerzo —me dijo.

Nos sentamos sobre la alfombra de la sala. Le propuse a Ana que revisáramos los antecedentes penales de Gabriel Rodríguez en el sitio de consultas públicas de la policía. Ana abrió la página web en su computador portátil.

— Necesitamos su número de cédula —me dijo.

Pensé por un momento. Luego le dije a Ana

— Tal vez hay otra manera.

Le pedí que me prestara el teléfono. Busqué el número de la doctora Isabel en la página de la universidad. La mujer que contestó sonaba muy distinta de la mujer que yo recordaba.

— Buenas noches, doctora —le dije—. Soy Laura Rodríguez.

Su silencio me reveló que mi nombre no le decía nada.

— La estudiante que la visitó hace unas semanas.

— Claro —dijo Isabel—. ¿Cómo va la novela?

— Por eso mismo la llamo. Todavía investigo casos reales en la prensa. Me gustaría saber si existe un método para conocer el paradero actual de una persona que estuvo detenida. Tengo la fecha de su arresto y el nombre de la cárcel. Quizás usted misma puede ayudarme a verificar su estado judicial o su lugar de residencia.

— Más despacio —me dijo. Su voz había vuelto a ser esa melodía contenida que yo había escuchado en el campus—. Entienda que su pregunta va mucho más allá de la escritura de una novela.

— Yo sé que usted entiende, doctora.

— No le puedo dar herramientas para que obtenga información sobre cualquier persona.

— Es importante para construir la historia.

— Pero no es indispensable —me dijo—. Limítese a inventar.

Isabel colgó el teléfono. Quizás era eso lo que yo debía hacer. Quizás debía inventar una historia y dar el misterio por resuelto. Se lo dije a Ana.

— De pronto alguien ya lo hizo —me dijo ella.

— ¿A qué te refieres?

— De pronto alguien ya escribió la historia.

— ¿La historia del Demonio del Río?

— Sobre el Demonio del Río ya existen las leyendas. Me refiero a la historia de Gabriel Rodríguez.

— ¿Dices que debemos buscar si se ha escrito algo sobre él?

— Puedo hacerlo desde el buscador de la biblioteca.

Ana entró al catálogo virtual de la biblioteca con su contraseña de empleada. Escribió el nombre completo de Gabriel en el buscador.

— No hay nada —dijo.

— ¿Y si buscas en otras bibliotecas?

Ana cambió la opción del catálogo a «bibliotecas nacionales». El sistema tardó varios minutos en completar la búsqueda. Mientras tanto el clarinete no había cesado de cantar su letanía. De vez en cuando la canción se interrumpía para darle paso a una inhalación rápida. Luego volvíamos a escuchar las notas pesadas, que eran la prolongación de la respiración de la muchacha.

El sistema arrojó un resultado. Ana leyó en voz alta.

— Biblioteca Pública de Medellín. Está en el archivo histórico, pero no entiendo qué es. No tiene reseña. Se llama *El otro nombre*.

— ¿Quién lo escribió?

— Alberto Carrillo.

Carrillo había sido el director de la sección de judiciales de *La voz de Antioquia* por muchos años. Junto con Felipe González Toledo, era uno de los cronistas más celebres del crimen colombiano. Se había retirado del oficio hacía poco tiempo, en el 2012.

— ¿El artículo no está en el archivo de Bogotá?

— No es un artículo —me dijo Ana—. Es un documento suelto. Puede ser un manuscrito.

— Podemos pedirlo en préstamo.

— No hay manera de que nos presten un original.

— ¿Qué podemos hacer para verlo?

— Ir a Medellín.

El sofá de Ana no estaba hecho para dormir. Era casi una reliquia que ella y su compañera habían alquilado junto con el apartamento. Ni siquiera el dueño del edificio estaba seguro de a quién había pertenecido antes. Después de pasar la noche sumergida en el olor agrio de sus cojines, yo también prefería no saberlo.

Ana preparó té y tostadas en la cocina.

— ¿Ya sabes qué hacer? —me preguntó mientras nos sentábamos a la mesa.

— No tengo dinero para el viaje.

— Tal vez la gente para la que investigas te financie.

No supe qué contestar. La mirada de Ana me exigía que dijera algo pronto.

— No trabajo para nadie —me decidí.

— ¿Es algo de la universidad?

— Tampoco.

Ana se recostó en su silla. De pronto éramos dos extrañas sin ninguna razón para coincidir. Quizás ir a su casa había sido un error.

Le conté toda la historia. Cuando terminé de hablar Ana miró a la ventana. Supe que pensaba en decirme que me fuera. Decidí que en ese caso me iría sin protestar.

— ¿Al menos es cierto que eres estudiante? —preguntó.

— Sí —dije—. De literatura.

— Bueno —dijo y soltó una exhalación—, si no descubres nada, al menos tienes una historia.

Ana lo decía con intención mordaz, pero tenía más razón de la que creía. García Márquez había escrito alguna vez que lo mejor de un relato policial era el misterio. La resolución del caso siempre era mucho menos fascinante que el problema. En la mayoría de los casos la razón no hacía más que arruinar el juego de lo desconocido con una solución ramplona. Siempre era mejor conservar el misterio que dañarlo con algo tan tonto como la lógica.

— Igual que tú —le dije—. No eres forense, pero persigues historias de crímenes.

— Como mucha gente.

Ana lo dijo como si fuera un hecho más de la vida. Yo entendí que ahí estaba la respuesta. Le pedí que me prestara su computador.

Busqué en un directorio virtual el número de teléfono de Roget Ediciones. Se trataba de una editorial independiente que en 2010 había lanzado una serie de novela negra. La colección había reeditado varios de los clásicos del *noir* estadounidense junto con un par de

apuestas nuevas de España y Brasil. Yo no recordaba que hubiera ningún autor colombiano en la serie. Una entrada del directorio mostraba un número de teléfono en Barcelona.

— Si me publican, prometo que te devuelvo el dinero de la llamada —le dije a Ana.

Ella sonrió apenas. Quizás ya había empezado a perdonarme.

— Editorial Roget, ¿dígame? —contestó la voz temblorosa de una mujer.

— Buenos días. ¿Con quién puedo hablar para negociar una propuesta editorial?

Hubo un pequeño silencio.

— ¿Qué tipo de propuesta?

— Me gustaría publicar una historia con ustedes.

— ¿Quién llama?

— Mi nombre es Laura Rodríguez. Pensaba que mi historia podría hacer parte de la serie de literatura policial.

— Bueno, estos procesos son un poco diferentes. Su agente puede contactar a uno de nuestros editores para que reciba el manuscrito y lo evalúe.

— Hay un detalle —le dije—. La historia aún no está escrita.

— ¿Disculpe?

— Necesito un poco de financiación para terminar de escribirla, eso es todo.

— ¿Esto es una broma?

— Escuche, si usted pudiera hablar con el editor...

— Si necesita dinero, llame a un banco —dijo la mujer antes de colgar.

— Tal vez no había que apuntar tan alto —me dijo Ana—. ¿Qué tal si le ofreces la historia a un periódico nacional?

Volví a buscar en el directorio virtual.

— *El Relator*, buenos días —contestó un hombre. Lo imaginé calvo y regordete, de unos cincuenta años.

— Buenos días, ¿hablo con la oficina de judiciales?

— ¿En qué le puedo ayudar?

— Creo que tengo una historia que les puede interesar.

— ¿De qué se trata?

— No estoy segura. Creo que tengo la pista de un asesino en serie que el público no conoce.

— No me diga —. De seguro el hombre no recibía llamadas como esa todos los días—.

¿Puedo preguntarle cuáles son sus pruebas?

— He seguido su rastro en el archivo de prensa de varios departamentos.

— ¿Quién es usted?

— Laura Rodríguez.

— Señorita Rodríguez, nosotros no podemos publicar una historia que es apenas una sospecha.

— Ahora mismo estoy a medio camino en la investigación. Necesito un poco de ayuda para terminarla.

— ¿Y si resulta que usted iba detrás de una pista falsa? Entonces no habría noticia y el periódico habría perdido plata.

Respiré profundo, en espera de que el hombre colgara. Él también permaneció en la línea.

— ¿Qué me recomienda? —le dije.

— Si su historia está bien escrita, quizás una editorial literaria se la reciba.

— Ya lo intenté. El problema es que la historia no está escrita.

— Entonces no sé cómo ayudarle. ¿Ya pensó en llamar a un tabloide? *La Hora* siempre busca alguna historia de tripas y sangre. Entre más explícita, mejor.

«No se estudia literatura para escribir pornografía barata» pensé. En mi cabeza la frase sonó como algo que Beatriz diría en una clase. Le agradecí al hombre del periódico y colgué. Luego le conté a Ana la idea que el hombre me había propuesto.

— No finjas que no lees periódicos sensacionalistas —me dijo—. Si no, ¿de dónde sacaste la historia? Además necesitas el dinero.

Tenía razón. A fin de cuentas, el morbo que explotaban los tabloides era el mismo que explotaban las otras formas de literatura policial. Busqué en el computador de Ana la página web de *La Hora*.

Debajo del encabezado amarillo que decía el título del periódico, unas letras rojas anunciaban: «el periódico más leído de Colombia». Llamé al número que estaba al final de la página.

— ¿Aló? —me contestó un muchacho. Detrás de su voz había un barullo de silbidos, pasos y motores de máquinas.

Le conté al muchacho mi propuesta.

— ¿Usted ha escrito antes? —preguntó.

— Si quiere puedo enviarle algunos cuentos.

— Quizás podemos publicar su historia como periodismo literario.

— ¿Cuánto pagarían?

— A los redactores nuevos les pagamos veinte mil pesos por página. Si usted escribe una novela extensa la publicamos por entregas en las ediciones del domingo.

Le dije que volvería a llamar en un rato. Ana y yo calculamos el precio de dos pasajes de ida y vuelta en bus a Medellín. A eso le añadimos el costo de dos noches en un hostel y lo que gastaríamos en comida. Volví a llamar al tabloide.

— Voy a escribir una crónica de 160 páginas —dije—. Podría estar lista en un mes.

— Perfecto.

— La única condición es que me paguen la mitad para que empiece a escribirla.

El muchacho soltó una risa. Tenía algo entre los dientes, tal vez un lápiz.

— Entienda que nunca hemos trabajado con usted. Primero tengo que leer los cuentos que me envíe. Luego, si decido comprar su historia, le ofrezco de anticipo un cuarto del valor.

La cantidad se acercaba al precio que Ana y yo habíamos calculado. Acepté.

Esa tarde, al llegar a casa, entré a mi cuarto y cerré la puerta. Puse mi computador sobre el escritorio y miré la página vacía en la pantalla. El recuerdo de un viaje latía detrás del blanco. ¿Por dónde empezar a desenredar la madeja? Escribí:

Se dice que en los campos del Tolima habita una criatura desconocida.

Me detuve. Sería la misma historia de espantos que ya se había contado tantas veces antes. Borré el texto y volví a empezar.

Leonor Arias esperó en el umbral de la puerta. Miró el reflejo del sol en las ventanas de las casas de en frente, la sombra de los árboles que empezaba a crecer sobre el asfalto. Empezó a caminar. Hacía tiempo que Leonor pensaba en irse de su pueblo. Muchas veces había soñado con una ciudad distante, de casas altas y calles blancas a la orilla de un puerto. En el fondo, Leonor sabía que su pueblo era el único sitio que ella conocería jamás.

Esa voz que hablaba desde adentro de Leonor era engañosa. No mentía porque no dijera verdades. Mentía porque fingía estar donde no estaba. Borré lo que había escrito y empecé de nuevo.

Encontré la foto de Leonor Arias entre las páginas de un periódico antiguo. Estaba segura de que nunca la había visto antes, pero algo parecido al reconocimiento me hizo fijar los ojos en su rostro.

Se acercaba un poco más a lo que yo quería, pero ahora parecía que la escritura llegaba tarde. Hacía falta todo el camino que me había llevado hasta Leonor y los crímenes de Guaduales. Tenía que contar desde antes. Escribí:

Eran las ocho de la mañana. Me despertó la costumbre y me quedé en la cama, sin pensar en levantarme. Tomé un libro de la mesa de noche y pasé las páginas sin atención. Una parte de mi consciencia se había quedado en el sueño y no encontraba el camino de vuelta.

Volví a leer el párrafo varias veces. De todos los comienzos, ese era el que menos detestaba. Escribí hasta que cayó la noche.



Habían pasado más de dos semanas desde que Ana y yo visitamos las oficinas de *La Hora*. Estaban en el segundo piso de un edificio viejo, allá donde Bogotá se convertía en calles estrechas que corrían entre bodegas y complejos industriales. Una secretaria nos entregó un cheque por un cuarto del valor de la novela. Ana y yo lo cobramos esa misma tarde y salimos a cenar.

Ahora era de madrugada. Escuché el golpe de la puerta que decía que mamá se había ido al trabajo. Subí hasta su cuarto y tomé una hoja de la mesa de noche. Una página me alcanzó para explicar muy poco. Firmé

Regreso en tres días,

Laura.

Ana me esperaba en su casa con la maleta lista. Tomamos un taxi hasta el terminal de transportes. Llevábamos apenas lo que podíamos cargar en la espalda.

El bus surcó las calles del occidente hasta las afueras de la ciudad. Cruzamos pueblo tras pueblo de Cundinamarca bajo el sol del mediodía, la ventana del bus abierta para recibir el aire pesado de las tierras bajas. Cada tanto las casas y las tiendas desaparecían y la carretera se rodeaba de abismos. En la frontera con Caldas nos detuvimos a almorzar.

El atardecer nos encontró cuando cruzábamos el Magdalena. Hacia el norte y el sur no se veía otra cosa que el agua inmensa que devoraba islas de arena negra. Luego el campo se llenó de fincas y casas decoradas con materas de flores marchitas, hasta que al fin vimos a lo lejos la torre del aeropuerto internacional. Entramos en la noche a la Avenida las Palmas.

Bajarnos del bus fue como despertar de un sarcófago.

— La próxima vez escribes una novela de quinientas páginas —me dijo Ana— y compramos tiquetes de avión.

Fuimos a cenar esa noche. La ciudad estaba viva incluso en las plazas vacías, como si cada cosa estuviera siempre a punto de ponerse en movimiento. Yo miraba todo con ojos de extrañeza, consciente de que llegaría el momento de escribirlo. Sentía que esas calles nuevas me obligaban a inventar un rumbo para navegarlas. Lo desconocido se abría en todas partes como una posibilidad. En cada cosa sin nombre latía un ansia permanente, un hambre eterna.



El dinero nos alcanzó para una sola cama en una habitación que ocupaban tres personas más. En algún momento de la noche creí que Ana se había dado la vuelta y había acercado su rostro al mío. Tenía el recuerdo de su respiración tibia sobre mi boca. No pude saber si había sido un sueño.

Caminamos hasta la biblioteca pública. La única copia de la crónica de Carrillo estaba guardada en el archivo histórico. Recordé que ahí también estaba guardado el único intento de novela policial que León de Greiff había hecho en su vida. Era una novela por entregas llamada *El misterio del cuarto 215*. Contando a de Greiff, la novela tenía siete autores. Cada uno de ellos se había hecho cargo de un capítulo. La historia empezó como otro relato policial y fue perdiéndose poco a poco en los recovecos de la fantasía. Al final ninguno de los siete autores fue capaz de concluirla. La trama se enredó tanto que ya no era posible encontrar un final que la desenredara. De Greiff y sus amigos habían creado un misterio a prueba de soluciones.

Una mujer nos recibió en la sala de archivo de la biblioteca. Le dijimos lo que buscábamos y nos llevó hasta una sala de lectura con pequeñas mesas hexagonales. Junto a la ventana, un hombre con guantes de látex y tapabocas leía un manuscrito amarillo.

La mujer nos pidió que esperáramos un momento en el mostrador. Al regresar nos entregó unas cuantas hojas escritas a computador y cosidas entre tapas duras.

— ¿Eso es todo? —preguntó Ana.

— Es lo que hay —dijo la mujer.

El título de la crónica estaba grabado en la portada en letras negras. Debajo del nombre del autor estaba la fecha de escritura: 2007. Ana y yo nos sentamos y empezamos a leer.



El otro nombre

En la mañana del 12 de abril recibí una carta de don Hernando Araujo, el director de *La voz de Antioquia*. Don Hernando me escribía para pedir un reportaje especial de la sección de judiciales. En los meses pasados las ventas del periódico habían caído casi un veinte por ciento. Don Hernando ya había intentado publicar un reportaje sobre poetas colombianos nuevos en la sección de entretenimiento. Había sido un fracaso.

En la carta, don Hernando me pedía que pensara en un tema que pudiera atraer al mayor número de lectores. Yo recordaba que en los meses anteriores la televisión nacional había estrenado una producción sobre el narcotráfico que atrajo a mucha gente. En la cárcel Bellavista de Medellín cumplían condena muchos hombres que de jóvenes habían matado por dinero. Se me ocurrió que la sección de judiciales podía publicar un especial sobre sicariato.

Llamé a Tomás, uno de mis reporteros de cabecera, y le encargué el trabajo. Yo mismo llamé al Instituto Carcelario para conseguir el permiso para sus visitas. Las directivas del Instituto aceptaron abrir sus puertas para el reportaje con una condición: que no se hablara del problema de hacinamiento. En realidad lo que más se tardó fue la autorización de los mismos presos. Era decisión de ellos quién podía entrar a visitarlos. También eran ellos los dueños de sus historias. Al final solo dos hombres quisieron participar en el reportaje.

A la semana siguiente me reuní con Tomás. Él ya había ido dos veces a la cárcel a entrevistar al primer hombre, que se llamaba Alex. Era un tipo rubio, alto, de cara rosada y unos treinta años. Había matado por primera vez a los catorce, sin saber siquiera qué cartel lo contrataba. Estaba preso en el pabellón ocho de Bellavista, un lugar que en principio era

solo para los capturados que esperaban juicio. En realidad el pabellón estaba a reventar de hombres de todas las edades que habían cometido toda clase de delitos. Mientras acompañaba a Alex a hacer la fila para recibir el almuerzo, Tomás vio a un hombre que se abría paso entre el tumulto. El cabello castaño le llegaba hasta los hombros y estaba vestido con una camiseta arrugada. Tenía las manchas grises en la frente de quien no se da un buen baño hace tiempo. Alex lo señaló y le dijo a Tomás

— Él está por asesinato.

— ¿Sabe cómo se llama? —le preguntó Tomás.

— No tengo idea —contestó Alex—. Aquí no entra el hombre sino el delito.

Un guardia fue a sacar a Tomás del pabellón a las cinco de la tarde. En el camino hacia la puerta volvió a ver al hombre en el pasillo. Estaba recostado contra las rejas que daban al patio. Tomás le preguntó al guardia que lo escoltaba

— ¿Quién es él?

— Mató a una muchacha —le contestó el guardia.

— ¿Sabe cómo se llama?

— Claro. Cada uno de los presos de mi pabellón se llama Señor Interno.

Las notas que tenía Tomás de su entrevista con Alex eran decepcionantes. Alex en realidad no tenía muchas ganas de hablar de su pasado. Tomás creía que había aceptado la entrevista solo para tener con quién hablar.

— ¿Crees que puede haber una historia interesante en el caso del hombre que mató a la muchacha? —le pregunté a Tomás.

Entonces Tomás me contó lo que había ocurrido en su segunda visita a la cárcel. De nuevo había acompañado a Alex a hacer la fila del almuerzo. En la cárcel no había comedor. La estación de servicio de alimentos eran dos hombres con mallas en la cabeza que sacaban comida de un par de canecas industriales. Uno de ellos se llamaba Paulo y era interno del pabellón cinco.

Alex sabía que entre los empleados de la cocina se conocían todos los rumores de la cárcel. Señaló al hombre de cabello castaño, que comía sentado en un andén, y le preguntó a Paulo

— ¿Sabes cómo se llama él?

— Él está por asesinato —dijo Paulo mientras servía un caldo amarillo en un recipiente plástico—. Lo condenaron por una muchacha pero dijo que había matado a varias. Le confesó

a la policía que él era el responsable de los crímenes del Demonio del Río. Parece que lo hizo para volverse famoso.

En la sección de judiciales de *La voz de Antioquia* se conocía bien la noticia del Demonio del Río. Se trataba del caso sin resolver de tres mujeres jóvenes que habían aparecido muertas y descuartizadas en el humedal de Guaduales, Tolima. No sería extraño en un caso de asesinato en serie que alguien confesara solo por la fama. Tampoco sería raro que un asesino cualquiera se atribuyera muchas más víctimas de las que había matado. Si había sido un fracasado durante toda su vida, al menos aprovecharía la ocasión de la captura para ser el más grande en algo. En muchos casos la policía y la prensa repetían con gusto las cifras que el asesino inventaba. La policía porque entre más extraordinario el criminal mayor era el mérito de capturarlo. La prensa porque pocas cosas eran más rentables que el miedo y la sangre.

Tomás le dijo a Alex que regresaría en un rato. Fue hasta la esquina del patio donde el hombre comía en compañía de un anciano.

— ¿Me puedo sentar? — dijo Tomás. El anciano se levantó y se fue sin decir nada.

— No a todos les caen bien los reporteros — dijo el hombre.

— ¿A usted sí? — dijo Tomás y se sentó en el andén.

— Si hacen bien su trabajo.

— ¿Cómo los diferencia?

— Los malos periodistas solo cuentan las historias que quieren contar.

Tomás creyó ver una intención clara detrás de su frase. Quiso seguirle la corriente.

— Bueno, ¿usted tiene alguna historia que contar?

El hombre terminó de comer y sacudió los restos de su vasija sobre una alcantarilla.

— La pregunta es si usted quiere escucharla.

El hombre se fue y dejó a Tomás sentado solo. A mí me parecía un truco de drama barato. Sin duda quería despertar su interés. Le pregunté a Tomás si creía que el hombre del pabellón era de hecho un asesino en serie.

— No sé — me contestó—. Pero si no lo es quiero saber por qué lo finge.

Sopesé bien el asunto cuando Tomás salió de mi oficina. Don Hernando me había dado el tiempo y el presupuesto necesarios para terminar el reportaje sobre sicariato. Si yo iba a invertirlo en otra cosa, tendría que ser algo extraordinario. Tenía a mi favor que los asesinos en serie siempre se habían prestado muy bien para los espectáculos mediáticos. La misma

manera en que mataban construía un hilo narrativo fascinante. Era la lógica de todos los *thrillers*: cada asesinato anticipaba otro por venir. En muchos casos los intervalos de tiempo entre un crimen y otro disminuían de forma progresiva. Cada vez la necesidad de capturarlos se volvía más apremiante. La función prometía hacer que los espectadores se agarraran al borde de la silla. Era asesinato empacado y listo para exhibirse en las carteleras de los cines y en los kioscos de revistas.

Me decidí a llamar a don Hernando. Le propuse que yo mismo podía escribir una crónica sobre un hombre que decía ser asesino en serie. Don Hernando me preguntó qué sucedería si el hombre no lo era.

— Entonces tendré la historia de un tipo que vio demasiadas películas gringas —le dije—. Sería una especie de Quijote. Creo que podría aumentarnos las ventas.

— Solo porque eres tú, Alberto —me contestó—. Tienes toda mi confianza en esto. No me quedés mal.

Primera sesión

La cárcel de Bellavista era un bloque de edificios macizos que se erguían alrededor de un patio de cemento. Las paredes externas estaban pintadas de un blanco y azul de hospital. Desde la calle se alcanzaban a ver las camisetas que colgaban de las ventanas de las celdas como si fueran las banderas del encierro.

Una hilera de mujeres le daba la vuelta a la cuadra. Cada una llevaba bolsas transparentes con comida, jabones y papel higiénico. Algunas se humedecían las manos con la boca para limpiarles los ojos a los niños o arreglarles el cabello. Caminé hasta el último puesto de la fila.

Era casi el mediodía cuando llegué a la puerta de la cárcel. Luego de tres requisas, un guardia me dirigió a un cuarto hecho a medida para un solo escritorio. El funcionario que estaba sentado detrás de él anotó mi número de documento y me pidió que me quedara quieto para una foto. Me entregó una tarjeta de visitante que tenía un código de identificación. Al final el funcionario me dio una hora de salida y llamó a otro guardia para que me llevara hasta el pabellón.

El segundo guardia abrió una puerta metálica que daba a un pasillo. De un lado corrían unas rejas dobles que separaban al corredor del patio. Del otro estaban las celdas: varias

decenas de cuartos sin barrotes, con sábanas o toallas colgadas a la entrada a manera de puertas. Más que una cárcel, el pabellón parecía un albergue de refugiados de guerra. Había hombres que dormían en el pasillo, trepados en cobijas colgadas del techo como si fueran hamacas.

Hacía poco que los presos habían regresado del descanso del almuerzo. La descripción que Tomás me había dado del hombre me bastó para encontrarlo sentado en el suelo afuera de su celda.

— Quiero pedirle que me conceda una entrevista —le dije.

El hombre debió reconocerme. Sin levantarse del piso, me dijo

— Una condición. Que estemos solo usted y yo.

Me pregunté cuál podía ser el motivo de su petición. De seguro no se trataba de mantener la entrevista en secreto de los otros presos: a ninguno de ellos le importaría. Tal vez quería saber si yo estaba dispuesto a estar a solas con él. Quería tantear mi capacidad de confiar en un hombre culpable.

Lo pensé por un rato. Luego me giré y volví sobre mis pasos. El hombre se quedó en el suelo sin decir nada. Llegué hasta la puerta metálica y llamé al guardia. Le pedí que me prestara la sala de visitas por unas horas.

La sala quedaba en un edificio adyacente al pabellón. Era un cuarto pequeño, de paredes blancas decoradas con una línea azul en el medio. La brisa que entraba por la ventana traía el olor de las cañerías rotas del patio.

— ¿Para qué quiere que le conceda una entrevista? —me dijo el hombre apenas entramos.

— Pensé que era usted quien quería darla.

— Para contar un cuento se necesitan dos.

— ¿Y cuál de nosotros lo va a contar?

Un guardia trajo dos sillas de madera y un escritorio pequeño y los dejó en la puerta. El hombre los levantó uno a uno y los llevó hasta el centro del cuarto. Nos sentamos. Tan pronto saqué mi libreta y mi lápiz el hombre empezó a hablar.

Su nombre era Gabriel Arturo Rodríguez Molina. Había nacido en Bogotá en 1972. No quiso decirme los nombres de sus padres.

— Mamá ya tiene suficiente con saber que estoy acá.

Habló de ella como una mujer de clase media. Era la mayor de siete hermanos de una familia bogotana. A los veinticinco años se había graduado como abogada especialista en derecho civil. Su oficina era el cuarto más grande de la casa. Era un estudio amplio con muebles acolchados donde los vecinos se sentaban a hablar de sus peleas de herencias, de sus divorcios secretos, de sus disputas de custodias. En la pared del fondo había una foto de su madre del día en que se recibió como abogada. Aparecía en un ángulo de tres cuartos, con la mirada perdida en un lugar alto y lejano. Los bucles negros de su cabello llenaban casi la mitad de la toma.

— Nunca me cansé de ver esa foto —me dijo Gabriel—. Me recordaba a las actrices de los años cuarenta. Uno sabía que detrás de esa expresión altanera ellas estaban pensando en otra cosa. Siempre era imposible saber en qué.

Su padre trabajó durante toda su vida para una compañía de electricidad. Era director del departamento de técnicos de campo en Bogotá. Su taller estaba en el sótano de la casa, un cuarto alargado con un bombillo desnudo en el centro del techo. El taller no tenía ventanas y encerraba un vaho de grasa y betún. Siempre estaba repleto de cables y partes de máquinas desmontadas, todo en un orden que solo su papá sabía surcar.

El primer recuerdo de Gabriel era de una mañana en que jugaba en la alberca del patio de su casa. Mientras Gloria lavaba la ropa, él cogía sus camiones de juguete y los hacía flotar en el agua como si fueran barcos. Antes de trabajar para sus padres, Gloria había trabajado por años para sus abuelos maternos. Era ella quien se hacía cargo de él cuando su mamá no tenía tiempo para cambiar pañales.

— Yo tenía siete años —me contó Gabriel— cuando unos pisapapeles de vidrio desaparecieron del escritorio de la oficina de mi mamá. Gloria dijo que no sabía nada de ellos. Mamá le pidió que vaciara su maleta. Ahí estaban. Los pisapapeles no tenían casi ningún valor, pero mamá la despidió de todas formas. Esa fue la primera vez que perdí la confianza en alguien.

Gabriel estudió en un colegio del norte de la ciudad. Muchos de sus compañeros venían de familias como la suya: de padres trabajadores, que se aferraban a la clase media con uñas y dientes. Él era un niño tranquilo, al que le gustaba correr pero que nunca entendió los deportes.

— Mi papá se había hecho fuerte con el trabajo. En mi casa no había balones. A veces los cursos se organizaban para jugar un partido de fútbol en el descanso. Yo me quedaba siempre en las gradas, solo.

Aunque no supiera bien lo que sucedía en la cancha, a Gabriel le gustaba mirar. No le ponía atención al juego. Prefería ver lo que sucedía entre los jugadores, esa danza de encuentros y desencuentros de la que él nunca hizo parte. En los últimos años de primaria sus amigos empezaron a jugar partidos con los muchachos de bachillerato. Gabriel los veía sentarse juntos en los descansos y reírse del recuerdo de los juegos pasados.

— Una parte de mí quería ir a sentarse con ellos y hablar de cosas que no me importaban. La otra parte quería quitarles el balón, pincharlo y lanzarlo por encima del muro.

Gabriel empezó a llevar un diario. Al principio escribía una o dos veces a la semana. Empezó a escribir todos los días cuando conoció a Vanesa. Era una niña de pelo corto y boca redonda que en el primer día de clases se acercó a él y le deseó buena suerte en el partido. Gabriel no fue capaz de decirle que él no jugaba en el equipo. Tampoco fue capaz de decirle ninguna otra cosa. La niña se rio para salvarse del silencio y se alejó.

Gabriel sabía que nunca podría hablarle, pero escribir sobre ella en su diario le bastaba para imaginar. Unas semanas después del primer día de clases alguien escribió «Gabriel y Vanesa» encerrado en un corazón sobre un ladrillo del salón. Vanesa volvió del descanso ese día y se quedó pasmada frente a la pared. Ante las risas de sus compañeros, Vanesa preguntó

— ¿Quién es Gabriel?

A veces, en las páginas de su diario, Gabriel dibujaba la vida como lo que se ve cuando se enfrentan dos espejos. Allí, en lo más profundo del túnel, estaban los demás. Él estaba de este lado, detrás de decenas de cristales que le impedían el paso. Solía pensar que la vida era una función de teatro al fondo de un telescopio. Otras veces creía lo contrario: los cristales que lo separaban del mundo eran en realidad la vitrina donde él estaba expuesto. La gente lo miraba como si estuvieran en el circo y él fuera el niño con manos de cangrejo. Todos se reían del otro lado y murmuraban algo que él no alcanzaba a escuchar.

Le parecía que los demás tenían ambiciones banales: ganar un partido, sacar buena nota en un examen, besar a alguien en una fiesta. Él no tenía ninguna ambición y esa era su falta central. Pasaba horas tumbado en la cama, concentrado en darle vueltas a su soledad sin rumbo. De pronto los partidos, las notas y los besos en las fiestas se volvían muy importantes.

A la hora de la comida su padre encendía el televisor y veían cualquier concurso. Su madre tenía prohibido hablar del trabajo en la mesa.

— Mi papá no quería que nada alterara la vida que él había construido con tanto esfuerzo. Teníamos un jardín pequeño frente a la casa, un Volkswagen de segunda mano que nunca se había varado y una tostadora de seis temperaturas en la cocina. Nadie tenía una razón para ser infeliz y mi papá había decidido que nadie iba a serlo.

En los días de mucha irritación Gabriel escribía en su diario. Releía cada entrada varias veces para sentir que era otro a quien le hacía sus confesiones. Cuando escribía sobre el colegio solía repetir una expresión: «podría a matar a alguien».

Me pareció que ese era un indicio claro de lo que vendría después. Se lo dije.

— Si se ve a la luz de mis asesinatos, cualquier cosa de mi pasado puede ser un indicio —respondió Gabriel—. En ese momento no importaba. Estoy seguro de que usted también ha pensado cosas parecidas.

— Las he pensado —admití—. No las he hecho.

— Ahí está la diferencia.

Un día en clase de ciencias sociales la profesora les propuso un ejercicio. Intentaba explicarles la necesidad de vivir con otros.

— Nos dijo: imaginen que mañana despiertan y están solos en el mundo. La idea me quedó grabada. No pensé en otra cosa en las semanas siguientes.

Gabriel veía un mundo donde tenía todo a su disposición. Podía hacer cualquier cosa en absoluto, incluso lo que era vergonzoso para él mismo. Imaginaba que salía a caminar por su barrio a cualquier hora. Recorría las calles conocidas y abría cualquier puerta. Eran las casas de personas inalcanzables, vecinos que no sabían que él vivía a pocos pasos de ellos, compañeros del colegio con los que nunca se había atrevido a hablar. Gabriel entraba a cada cuarto y abría todos los cajones. Hurgaba todos los rincones y aprendía los detalles más íntimos de sus vidas. Compartir sus secretos era una manera de tener algo de ellos, de acercarse. A veces tomaba alguna cosa que le llamaba la atención y se la metía en el bolsillo. Al final dejaba la casa destrozada y volvía a salir a la calle.

Un día imaginó que entraba a la casa de Vanesa. Gabriel no estaba seguro de dónde vivía, pero imaginaba un cuarto de paredes amarillas y muebles blancos. El olor a ella lo golpeó tan pronto abrió la puerta. Vio cada una de sus cosas: los cuadernos que llevaba al colegio, sus medias de lana, las cobijas que todavía guardaban su silueta. Todo lo que era de

ella le pertenecía a él en ese momento. Gabriel podía acostarse en la cama de Vanesa, oler sus almohadas, masturbarse un poco.

Pronto la fantasía se volvió aburrida. Las cosas no se conmovían con el tacto de sus manos. Gabriel se cansó de ese mundo en el que nada respiraba excepto él. Quiso que hubiera personas en sus sueños, pero sabía que eso podía poner en riesgo al sueño mismo. Su fantasía era el único lugar donde todo dependía solo de él. Nadie más debía tener la capacidad de dirigir el rumbo de sus historias.

Empezó a imaginar gente que se movía pero no hablaba. Eran personas cálidas, blandas, pero sin lenguaje. Entonces él podía ser sincero al fin. Podía decir las cosas que nunca se había atrevido siquiera a escribir en su diario. Podía confesarle a Vanesa que por las noches se acostaba a un lado de su cama e imaginaba que del otro lado estaba ella. La Vanesa que Gabriel inventaba en su fantasía no podía rechazarlo. Él podía tocarla y ella se limitaba a recibir su tacto. A veces la desvestía para mirar su cuerpo. La descubría por completo. Ella no hacía nada.

Al salir del colegio Gabriel empezó a estudiar psicología. Las primeras semanas no estuvieron tan mal. Le gustaba pensar que era posible construir un puente hasta la caverna oscura de la mente de otro. Pronto se dio cuenta de que esos puentes eran frágiles y se caían cuando él intentaba cruzarlos. Le costó mantener el interés. Su mamá se puso muy orgullosa cuando Gabriel dijo que prefería estudiar derecho.

— Yo quería ser un tipo importante —me dijo—. Eso me mantuvo en la carrera por un tiempo. Pensé que podía llegar a ser juez o fiscal. De niño había soñado muchas veces con ser presidente.

En sus primeros meses como estudiante de derecho Gabriel se unió a un club de misterio. Lo integraban él, dos muchachos de la especialización en derecho penal y un estudiante de literatura. Leían sobre todo *detective magazines* que compraban por mil pesos en las tiendas de reventa que había en el centro. También leían cuentos y novelas de Mickey Spillane y Patricia Highsmith. A veces el club estudiaba las noticias judiciales de los tabloides y trataba de solucionar los crímenes.

— A mí no me gustaba Conan Doyle ni Agatha Christie. Para ellos todo lo demás era más importante que el asesinato. Nunca pude sentir con ellos lo que era de hecho matar a alguien. Nunca se preocuparon por decir si los disparos salpicaban sangre en las paredes o si los ahorcados vomitaban antes de morir.

— ¿Usted cree que eso tuvo algo que ver? —le dije.

— ¿Mis lecturas? —preguntó Gabriel—. ¿Usted ha leído a Highsmith?

— Solo un par de cuentos.

— ¿Y tiene ganas de matar a su vecino y colgarlo en el patio como un espantapájaros?

No sé qué cara puse. Gabriel esbozó una sonrisa con sus labios secos.

— Es un chiste —me dijo—. No tiene que tomarse todo tan en serio.

Poco a poco Gabriel descubrió que la ley no era tan poderosa en el mundo como lo pretendía el Código Penal. Decidió abandonar la carrera y tomarse unos meses para buscar un rumbo. Sus padres estuvieron de acuerdo con la condición de que en ese tiempo ayudara a su padre en el taller.

En sus últimos días de universidad conoció a un muchacho llamado Jorge. Gabriel lo integró al club de misterio y, después de algunos meses, se lo presentó a sus padres. Jorge vivía apenas a unas cuadras de su casa. Casi todos los días Gabriel lo llamaba y salían juntos a caminar por la ciudad.

— Al fin alguien se tomaba el trabajo de hacerme preguntas. Jorge fue la única persona a quien le confesé que yo era virgen.

A los veinte años Gabriel nunca había tenido una pareja. Una vez en el jardín de infancia una niña le había dado un beso tímido en la esquina de la boca. Gabriel nunca pudo saber si la niña quiso hacerlo o si había sido alguna clase de juego. Más allá de eso, nunca se había acercado a nadie más de lo necesario para darle la mano.

— No me parece extraño —dije. Gabriel se inclinó un poco hacia adelante para recibir lo que yo iba a decirle. Quizás creía que yo quería burlarme de él—. Yo me acosté por primera vez con mi mujer cuando nos casamos. Los dos teníamos veinticinco años.

Gabriel sonrió y miró al piso.

— Bueno, entonces yo no sabía que no era el único. Nunca había hablado del tema con nadie. Jorge me dijo que se había acostado con una amiga suya cuando tenía trece años. Entonces fue como si ambos volviéramos a estar en extremos opuestos del telescopio.

Cuando Gabriel cumplió veintiún años, Jorge lo llevó a un prostíbulo. Era una casa de dos pisos en medio de un parqueadero descubierto. En la puerta estaba sentada una mujer que recibió a Jorge con un «Ya lo estábamos extrañando». La mujer se hizo a un lado para dejarlo entrar. Gabriel se limpió las manos en el pantalón y entró detrás de él.

— En el patio había cuatro o cinco muchachas que estaban libres. Jorge me dijo que escogiera y no preguntara precios. Yo señalé a la primera que me miró.

Jorge también señaló a una mujer y la tomó de la mano. Los cuatro subieron las escaleras. Gabriel entró a la única habitación sin ventanas, un cuarto de tres por tres que tal vez había sido un depósito. La mujer empezó a desvestirse antes de que él cerrara la puerta. Mientras Gabriel se quitaba la ropa ella se sentó en la cama y se recogió el cabello en una moña.

— Me dijo un par de cosas para fingir que le interesaba lo que sucediera. Era obvio que habría preferido estar en cualquier otra parte. Tal vez se creía mejor que yo porque se había acostado con muchos hombres esa tarde. No quise quitarme el pantalón. Ella se levantó y vino para quitármelo. La empujé contra la cama y ella se golpeó la cabeza contra la pared al caer. Entonces se levantó y empezó a insultarme. Yo cogí mi camisa, salí y le grité a Jorge que nos fuéramos.

Gabriel pasaba los días en el taller de su padre. Jorge lo visitaba de vez en cuando, pero poco a poco los deberes de la universidad hicieron sus visitas menos frecuentes. Un día Jorge llegó a su casa tomado de la mano de una muchacha. Era rubia y se llamaba Mariana. Gabriel la saludó y la muchacha se acercó para besarle la mejilla. Gabriel vio sus dientes redondos, las pecas sonrosadas que se dibujaban sobre el puente de su nariz. Pensó que con mucho gusto le estrellaría la cara contra una pared.

Jorge volvió a visitarlo con Mariana un par de veces. Se sentaban juntos en el sofá de la sala y Gabriel se sentaba frente a ellos a oírlos hablar. No soportaba ver cómo los dos daban por sentado eso que él nunca podría tener. Después de unos minutos Gabriel les decía que tenía mucho trabajo en el taller.

Pasaron pocas semanas y Jorge dejó de visitar. Gabriel no sabía qué había pasado con él. Imaginaba que se había ido a vivir con Mariana.

El guardia del pasillo golpeó en el marco de la puerta abierta.

— Señores, perdonen que les interrumpa la reunión de té —nos dijo—. Ya son las cinco.

Segunda sesión

Llegué a la cárcel a la misma hora que el día anterior. El guardia me llevó de vuelta a la sala de visitas. Gabriel ya estaba sentado ahí, con un poco de agua en un pocillo plástico.

Busqué el nombre del guardia en su uniforme. Por supuesto, no lo encontré. El Instituto no podía tomar el riesgo de que un preso decidiera buscar a sus carceleros cuando saliera a la calle.

— Oficial —le dije—, espero que usted entienda que mi trabajo requiere tiempo.

— Por supuesto —me contestó el guardia—. Como dicen por ahí, el tiempo es oro.

Le di veinte mil pesos por una hora más de visita.

Los años de trabajo en el taller le enseñaron a Gabriel el oficio de electricista. Su padre le consiguió un puesto en la compañía de electricidad donde él mismo trabajaba. Por varios años Gabriel fue uno de los técnicos de campo que su padre dirigía. Recorría la ciudad de un extremo al otro y se trepaba en los postes y en los tejados. La mayoría de las veces entraba a las casas sin pensar demasiado en las personas que vivían en ellas. Él era un visitante, apenas un extranjero que se colaba por momentos en la vida de los otros. Ellos le sonreían con las maneras amables de quien protege lo que es suyo. Pero un par de veces se abrió la puerta y Gabriel se encontró de frente con el rostro de una muchacha. Entonces pensaba en entrar a la casa como si fuera el dueño de todo lo que había en ella. Quería husmear y destrozar lo que encontrara. De vez en cuando la muchacha cerraba con llave las habitaciones de la casa durante su visita. Gabriel recordaba entonces que lo que ocurría en el mundo estaba muy lejos de lo que ocurría en sus sueños.

En la madrugada de un domingo Gabriel escuchó ruidos en el cuarto de sus padres. Fue al pasillo a ver qué ocurría. Vio que la luz del cuarto estaba encendida. Encontró a su padre sentado al borde de la cama. Lo miró ponerse una media, luego calzarse el zapato y atarse los cordones con cuidado.

— ¿Qué haces, papá? —le preguntó—. Son las cuatro de la mañana.

— Ya sé, Gabriel. Vístete. Tenemos que ir al hospital.

Su padre le pidió que no despertara a su mamá y que no hiciera preguntas. Gabriel volvió a su cuarto y se vistió. Al salir vio a su padre que caminaba hasta el carro y se subía al puesto del copiloto. Gabriel condujo hasta el hospital más cercano. Apenas entraron a la sala de urgencias su padre le pidió a una enfermera que trajera una silla de ruedas. La enfermera no había acabado de llegar con la silla cuando su padre se dejó caer en ella.

A las seis de la mañana un doctor llegó a la sala de espera.

— Me dijo que mi padre había sufrido un infarto agudo de miocardio. Luego me pidió que lo siguiera para consignar los datos del acta de defunción.

La muerte de su padre fue para él un error imperdonable del destino. Nunca más se le quitó la incertidumbre de lo que su vida pudo haber sido si su padre no hubiera muerto antes de tiempo. Pocas semanas después Gabriel alquiló un apartamento pequeño. Quería alejarse de su casa, del taller y de todos los lugares donde su padre aún no había muerto.

La compañía de electricidad contrató a un nuevo director que renovó a todo el personal. Gabriel recibió un comunicado que le notificaba su traslado a la unidad de técnicos de Cundinamarca. Su nuevo trabajo consistía en viajar a los municipios del departamento a supervisar reparaciones. La compañía le dio una camioneta blanca que él manejaba a todas partes. Tenía un platón amplio donde llevaba las herramientas y a veces a un par de colegas.

Mientras manejaba por carreteras interminables, Gabriel empezó a elaborar la fantasía de encontrar a una muchacha en un pueblo. Lo pensó con cuidado y durante muchos meses. La muchacha era una de esas criaturas humanoides de sus sueños: se movía y estaba viva, pero no era capaz de enunciar palabras. Tampoco miraba con intención ni hacía gestos. Estaba como dormida con los ojos abiertos.

En las primeras fantasías él la encontraba en su casa. Imaginaba que había ido a hacer una reparación. De pronto la veía pasar por la sala y seguir el camino hasta su cuarto. Gabriel iba detrás de ella. Al entrar al cuarto la veía en su cama, desnuda, con ojos mudos que lo recibían sin reproches. Gabriel entraba al cuarto y cerraba la puerta.

En una clase de psicología había visto un video sobre pacientes con catatonía. El video mostraba cómo un psiquiatra tomaba las manos de un anciano y las levantaba en el aire. Cuando el psiquiatra lo soltaba, el anciano mantenía la posición que le habían impuesto. El psiquiatra volvía a bajarle los brazos y esta vez levantaba uno de sus pies. El anciano permanecía en esa posición aunque le resultara difícil mantener el equilibrio. Todos los pacientes catatónicos tenían la misma respuesta. Parecían figuras de cera que esperaban a que otras manos las moldearan. La chica de su sueño se comportaba como ellos. En ese momento a Gabriel le parecía que su fantasía era plena. Eran sólo él, sus órdenes y un cuerpo tibio que obedecía.

En una de sus situaciones imaginarias probó con una cachetada, para ver si la chica reaccionaba. Ella no hizo ni dijo nada. Acostada en la cama, la muchacha recibió el golpe con una resignación parecida al agradecimiento. Gabriel volvió a golpearla. Ella ni siquiera gemía.

Uno de sus primeros trabajos en la nueva unidad fue ir a un pueblo del norte a coordinar una reparación. Se trataba de un barrio pequeño donde se había ido la luz casi a diario en los últimos meses. Los vecinos decían que ocurría desde una noche de lluvia en que el transformador de la esquina había echado chispas. Una vecina tenía su casa abierta para los técnicos mientras trabajaban en el poste que estaba frente a su casa. La mujer les ofreció un vaso de agua y solo Gabriel lo aceptó.

Gabriel bebía en la cocina cuando escuchó un ruido que venía de uno de los cuartos. Era un susurro que le recordó al vuelo de una polilla. Se acercó. Vio unas cortinas pálidas a través de la puerta abierta. En la cama había una muchacha de unos diecinueve años. Estaba dormida.

Gabriel no pensó en otra cosa que en la coincidencia entre la situación que vivía y lo que había imaginado. Entró al cuarto tan despacio como pudo y dejó el vaso de agua sobre una mesa. Empezó a cerrar la puerta detrás de él. Cuando el picaporte pegó en la pared, la muchacha se despertó.

Gabriel nunca había escuchado un grito como ese. Su primer impulso fue retroceder hasta el pasillo. El grito no se detuvo y Gabriel pensó en ir hasta donde estaba la muchacha y taponarle la boca. Había dado el primer paso hacia la cama cuando uno de sus compañeros entró al cuarto.

— Me preguntó qué hacía ahí. Yo le dije que buscaba el baño y me había confundido de puerta. La muchacha dejó de gritar y pareció tranquilizarse con la explicación. Después miró el vaso de agua que estaba sobre la mesa. La mamá de la muchacha nos sacó de la casa y cerró la puerta de la calle.

Ningún otro vecino les abrió la puerta esa tarde. Los técnicos terminaron de arreglar el transformador y regresaron al hotel. Acostado en la cama, Gabriel se preguntó qué habría pasado si nadie hubiera entrado al cuarto.

En la mañana fue a dar una vuelta en la camioneta mientras esperaba a que sus compañeros se alistaran para el viaje. Estacionado en una esquina, vio a varias muchachas que caminaban por las calles centrales del pueblo. Quizás su fantasía de encontrar a una muchacha en una casa no era tan verosímil. En todas partes había vecinos entrometidos. Sería mejor recoger a una de las muchachas que caminaban y llevarla hasta un potrero, donde gritar no tuviera sentido. Se preguntaba si los vecinos entrometidos recordarían el logo de la compañía de electricidad que estaba pintado en las puertas de la camioneta.

Empezó a imaginar que encontraba a una muchacha en las calles y caminaba con ella hasta las afueras. Gabriel se esforzaba por darle realidad a sus fantasías. Imaginaba sensaciones, olores, sonidos. Imaginaba los detalles de las reacciones de los cuerpos: los golpes dejarían marcas rosadas sobre la piel de la muchacha. Quizás al penetrarla una gota de sangre rodaría por su pierna hasta el pasto. Habría pequeñas migas de tierra sobre su espalda y sus nalgas. Su cuerpo exhalaría un olor salado.

Casi siempre tenía un par de días libres al final de cada viaje. Solía pasarlos sentado en una acera o en un banco del parque. En una de esas tardes, no recordaba en cuál pueblo, vio a una joven que pasó frente a la iglesia. No pudo ver su cara. Su cuerpo era bajo y esbelto. Gabriel decidió que quería verla más de cerca. Se levantó y empezó a caminar detrás de ella.

La siguió por unas cuadras. Sentía que un insecto gigante le roía la carne dentro del pecho. Se preguntaba qué haría si la muchacha volteaba. Acercarse no era una posibilidad: Gabriel sabía que no podría soportar su rechazo. Caminó detrás de ella hasta que la muchacha tomó el rumbo hacia las afueras del pueblo. Entonces se quedó parado en una esquina y vio la figura blanca de la joven que se adentró en el campo.

Seguirlos se convirtió en una nueva forma de pasar el tiempo. Un día anduvo detrás de una muchacha sin ver el camino. Durante todo el trayecto se concentró en imaginar lo que haría si ella fuera uno de los cuerpos sin lenguaje que habitaban sus sueños. De pronto vio que la muchacha abrió una puerta y entró en una casa. Gabriel miró alrededor y no vio más que cercas de alambre y kilómetros de pasto que se extendían hasta el borde del cielo. Anocheció antes de que él encontrara el camino de vuelta al pueblo.

Recordó que en otra ocasión él estaba sentado en el banco de una plaza. Una muchacha se le acercó para preguntarle si sabía dónde quedaba la Finca el Manzano. Él contestó que no era de ahí, pero que tal vez si seguía hacia el norte encontraría el lugar que buscaba. La muchacha le pidió que le enseñara el rumbo hacia el norte. Empezaron a caminar.

— Yo había imaginado miles de veces lo que quería hacer. Hasta ese día, nunca había pensado en cómo hacerlo. Yo era más fuerte que ella, pero solo tenía las manos. Tendría que convencerla de que tenía un arma o golpearla para llevarla a un potrero. Si la golpeaba, ¿cuál sería el mejor lugar para desmayarla sin que sufriera? No tendría sentido causarle dolor.

Gabriel se hizo esas preguntas durante todo el camino. Cuando ya anochecía, la muchacha vio el letrero de la Finca el Manzano a lo lejos y le dijo que podía seguir sola. Él se quedó en la mitad del camino y la vio alejarse.

En los días siguientes pensó bien en lo que haría. Empacó un cuchillo en una maleta.

— Entonces se convirtió en un juego de qué tanto me atrevía. La siguiente vez que acompañé a una muchacha al campo ya llevaba mi maleta. A cada tramo del camino me preguntaba: ¿será que soy capaz de sacar este cuchillo? Si lo saco, algo tiene que pasar.

Al final siempre dejaba a la muchacha en su destino y regresaba solo al pueblo.

Una mañana vio a una joven de unos dieciocho años. Iba con un muchacho quizás un poco menor que ella. Gabriel empezó a caminar detrás de ellos por una calle central. La muchacha volteó y lo miró de frente. Sin decir nada, empezó a caminar hacia él.

— No creo que usted alcance a entender el miedo que sentí —me dijo Gabriel—. Ella me miraba como si conociera cada una de las fantasías que yo había tenido en mi vida. Me habían descubierto. Estaba atrapado.

La muchacha le preguntó si sabía el camino hasta un ingenio ganadero. Le contó que iba a recoger unas cantinas de leche para vender por la mañana. Gabriel pensó que quizás en algún momento el muchacho se devolvería para su casa. Le dijo a la joven que conocía el camino y que, si quería, podía acompañarla.

Caminaron los tres juntos por varios minutos. Alcanzaron un camino de tierra en medio de una arboleda y Gabriel se dio cuenta de que el muchacho no se iba a ir. Tenía dos opciones. La primera era llevar a los muchachos hasta el ingenio y devolverse solo, como siempre. La segunda era un poco más difícil. Miró al muchacho. A fin de cuentas, ya no importaba. No tenía nada que perder.

Gabriel se detuvo en la mitad del camino. Los muchachos lo miraron. Gabriel sacó el cuchillo de la maleta y lo blandió con la punta hacia ellos. Les ordenó que entraran a la arboleda.

Los muchachos se miraron sin decir nada. Caminaron hasta el bosque con pasos lentos. Tal vez pensaban en lo que tenían en los bolsillos. Se detuvieron en un claro. Gabriel les dijo que solo iba a robarlos, que debían permanecer callados y no intentar nada extraño.

— Le dije a la muchacha que se quedara en el claro mientras el chico y yo íbamos al bosque. Le dije que si regresaba y ella se había ido yo no sería responsable de lo que le pasara a él. Ella asintió en silencio. Se me ocurrió que tal vez los dos eran hermanos.

Gabriel caminó con el muchacho hasta un lugar escondido entre los árboles. Le dijo que se pusiera de espaldas. El muchacho le preguntó para qué. Gabriel titubeó por unos segundos. No sabía qué hacer si ellos se rehusaban a obedecerlo. Le puso la punta del cuchillo en el

abdomen. Sentía el movimiento de la respiración del muchacho en su mano. Repitió la orden y el muchacho se dio la vuelta.

Sabía que si levantaba el cuchillo el muchacho vería la sombra de su brazo sobre el pasto. Vio su mano que se sacudía como si no fuera suya. Después vio el volumen del cuerpo vivo que tenía en frente y trató de hacerse a la idea de algo que lo rompía. Entonces tomó impulso y descargó la puñalada.

La primera vez el cuchillo resbaló sobre la piel y rasgó la camiseta. Gabriel esperaba algo blando y en cambio ese primer golpe fue como cortar madera. El muchacho no se dio cuenta de inmediato de lo que había ocurrido. Tal vez pensó que le habían dado un puño en la espalda. Gabriel aprovechó esos segundos de ignorancia. La segunda vez el cuchillo entró hasta la mitad. Cuando Gabriel sacó la hoja el muchacho intentó correr y cayó hacia adelante. Gabriel se arrodilló y lo sostuvo de la camiseta. Volvió a enterrar el cuchillo hasta que ya no sintió el brazo.

Al final el muchacho dejó caer la cara sobre la tierra. Gabriel no podía creer que apuñalar fuera así. No podía respirar. Sentía la mano caliente por la sangre y el esfuerzo. No se imaginaba que tanta sangre olera tan mal. Era una mezcla entre óxido y carne podrida. Se apartó un poco del cuerpo para quitarse el olor del fondo de la garganta. No se iba. Vomitó.

Dejó al chico ahí. No sabía si estaba muerto o si moría en ese momento. Empezó el camino de vuelta hacia donde estaba la muchacha. Antes de llegar al claro se detuvo y dejó el cuchillo junto a un árbol.

La chica gritó cuando vio a Gabriel cubierto de sangre.

— Traté de calmarla. Le dije que el muchacho había querido hacerse el valiente y yo había tenido que pegarle un puño. Ahora él tenía la nariz rota y ella tenía que venir a ayudar. No sé por qué le dije eso. No fui capaz de decirle que el muchacho estaba muerto.

Gabriel tomó a la muchacha del brazo y la llevó hacia otra parte del bosque. Sintió que ese era en realidad el comienzo de lo que él había simulado y sentido en fantasía tantas veces antes. Le ordenó a la muchacha que se acostara en el pasto.

— Me habría gustado violarla —me dijo Gabriel—. No me atreví. Cuando la cogí del brazo ella caminó lo más alejada de mí que le fue posible. Yo no quería su rechazo.

Gabriel tomó la decisión rápida de acabar con todo. Se sentó a horcajadas sobre la muchacha y le puso las manos alrededor del cuello. Empezó a apretar. La muchacha empezó

a toser y a rasguñarle los brazos. Gabriel tuvo que detenerse, tomar las manos de la muchacha y ponerlas bajo el peso de sus rodillas.

No sabía cuánta fuerza se necesitaba para estrangular a alguien. Apretó durante casi un minuto. Después de un momento la chica dejó ir su cuerpo, los ojos entreabiertos.

— La había matado. No lo pensé con esas palabras, no habría sido capaz. Pero lo sentí.

Se levantó del pasto y empezó a caminar hacia el lugar donde había dejado su cuchillo. Iba a mitad de camino cuando escuchó una respiración ronca. Luego una tos desesperada.

En las películas y en los libros estrangular era una cosa breve, de unos pocos segundos. Gabriel tuvo que volver hasta la muchacha y hacerlo de nuevo. Esta vez dejó las manos sobre su cuello por mucho tiempo después de que ella se hubiera desmayado. Le tomó el pulso para asegurarse. No supo si lo que sintió en su muñeca era el pulso de ella o su propia sangre que hervía en la punta de sus dedos.

Al volver a buscar el cuchillo no recordó dónde lo había dejado. Pensó que si lo había perdido y alguien lo encontraba estaba acabado. Era la prueba definitiva y lo llevarían preso. Caminó entre los árboles queriendo mirar a todas partes al mismo tiempo. Entonces se dio cuenta de la velocidad de su propio paso.

— Me dije a mí mismo: calma. Piensa. Me quedé quieto en el claro mientras intentaba recordar en qué dirección estaba al cuerpo del muchacho. Tuve que mirar alrededor para saber en qué sentido estaba el pueblo. Solo cuando estuve seguro volví a caminar.

Encontró el cuchillo detrás del tronco de un árbol. Lo recogió y regresó a donde estaba la muchacha. Sabía que lo que venía no sería agradable. Al mismo tiempo, apenas podía contener las ganas. Ver a la muchacha por dentro sería como conocer sus últimos secretos. Gabriel tomó el cuchillo y sujetó la muñeca de la chica. Hicieron falta muchos cortes para empezar a desprender el antebrazo.

Caía la tarde y Gabriel ya no veía bien lo que hacía. Arrastró el cuerpo detrás de unos árboles.

— Le abrí los párpados y la desvestí. Me quité el pantalón. Su cuerpo aún estaba tibio por dentro.

En sus fantasías nunca tenía el inconveniente de que se le ensuciara la ropa. No sabía qué hacer. Se quitó la chaqueta empapada, la dobló y la guardó en su maleta. Luego se quitó la camiseta y se la puso con las costuras hacia afuera. Limpió el cuchillo en el pasto y también lo guardó. Entonces empezó a caminar de vuelta al pueblo.

En el camino pensó varias veces en meterse a un potrero y cortarse las muñecas. Había tocado fondo y lo sabía. No quería pensar en lo que había hecho y al mismo tiempo no podía pensar en otra cosa.

— Me juré que no lo haría nunca más. No era demasiado tarde. Yo aún tenía una oportunidad de entrar a la vida que vivían los otros. No quería renunciar a ella.

La idea de que alguien encontrara los cuerpos lo mantuvo despierto toda la noche. Al día siguiente, al salir del trabajo, puso una pala pequeña en el platón de su camioneta y condujo de vuelta al sitio. Se estacionó a varios metros del bosque y caminó.

Los cadáveres se habían llenado de moscas. Le dio la vuelta al cuerpo del muchacho. Había caído con la boca entreabierta y tenía un poco de tierra detrás de los dientes. La cara de la muchacha todavía estaba hinchada y violeta. Sus labios habían doblado su tamaño. Encontró el antebrazo escondido detrás de unos árboles. Los tendones de la muñeca estaban crispados por debajo de la piel gris. Toda su fuerza no bastó para abrir los dedos de la mano.

Cruzó la parte más espesa del bosque hasta salir al otro lado. Ahí cavó un hoyo poco profundo donde puso al muchacho, vestido todavía con la ropa acartonada por la sangre seca. Encima lanzó el cuerpo desnudo de la muchacha. Quiso llevarse el antebrazo. Decidió que era demasiado peligroso y lo lanzó también a la zanja. Cubrió el hoyo con un poco de tierra y se fue.

El guardia llegó a la sala de visitas cuando ya anocheecía. Salí de la cárcel y tomé un taxi hasta mi casa.

Pasé la mayor parte de esa noche despierto. Casi a las once me levanté, arrastré la silla de roble que tenía frente a mi escritorio y la apoyé junto a la puerta.

Tercera sesión

Gabriel era un buen narrador. Esa mañana yo había empezado a escribir la crónica de nuestra entrevista y me daba cuenta de que sus palabras rondaban siempre por debajo de las mías. Mi texto, sin embargo, estaba lleno de puntos ciegos. Había mucho en la historia de Gabriel que yo no alcanzaba a entender. Quizás ahí, en lo que quedaba por decir, era donde Gabriel existía.

Don Hernando, el director del periódico, consiguió que el Instituto Carcelario me concediera una última visita. Entré a la sala donde Gabriel ya me esperaba. Me saludó desde su silla y me dijo

— Anoche pensé en algo que no le dije ayer.

Era extraño pensar que le importaba tanto esa entrevista. No se trataba solo de un deseo de hablar de sí mismo. Quería ser cuidadoso con la manera en la que se presentaba ante mí. Quizás había pasado buena parte de la noche escogiendo las palabras.

— En esos momentos, la gente habla —me dijo—. Hablan mucho. Es lo único que hacen cuando sienten que no hay otra manera de salvarse. El muchacho, cuando estaba de espaldas a mí, me pidió: «No me vaya a hacer nada malo».

— Usted no lo escuchó.

— Escuché las palabras, pero no las entendí en ese momento. Solo cuando caminaba de vuelta al pueblo supe lo que querían decir. Volví a pensar en entrar a un potrero y cortarme las muñecas. Yo no merecía ni siquiera que me comieran los buitres.

— ¿Ella también le habló?

Gabriel asintió en silencio, con la mirada en el suelo.

— Las personas están conscientes cuando se mueren. Saben a cada minuto lo que les pasa.

— ¿Qué le dijo ella?

— Cuando se despertó del desmayo debió pensar que yo estaba ahí para ayudarla. Me agarró del brazo y me dijo «No me deje morir».

Después de su primer asesinato, Gabriel se dedicó por completo al trabajo. Pasó al menos un año en el que decidió no viajar a ningún pueblo. Se limitaba a coordinar las reparaciones por teléfono desde Bogotá. Por esa época se mudó a un apartamento cercano a la casa donde había pasado su infancia. Allí vivía su mamá y todavía trabajaba. Él iba a visitarla todos los fines de semana.

Le pregunté a Gabriel si no había vuelto a tener fantasías en ese tiempo.

— Por unos meses, no. No me atrevía a volver a ese lugar en mi mente.

Sabía que la primera vez la situación se había salido de control. Con el tiempo empezó a olvidarse de la confusión de ese día y recordó los detalles que no había querido recordar. Eran fascinantes.

No se atrevía a buscar a una chica en la ciudad. No quería correr el riesgo de que alguien lo viera con ella y la ciudad estaba repleta de ojos. Muchas veces pensó en subirse a la camioneta y viajar hasta un pueblo cualquiera.

— Siempre había algo que me lo impedía. A veces era el miedo de volver a perder el control. A veces era mamá.

A principios del año siguiente la compañía lo envió a supervisar una instalación en otro pueblo.

— Yo la había visto varias veces en la plaza. Ella me había visto a mí. No habíamos hablado, pero me sonreía cada vez que nos cruzábamos. Esa tarde la vi caminar por una calle con una bolsa en la mano. La miré y me sonrió, como siempre. Fue ella quien se acercó y me preguntó mi nombre.

Gabriel le dijo que era un turista y le propuso que lo acompañara hasta la cabaña donde se quedaba. La muchacha caminó junto a él hasta una zona con pocas casas. Frente a ellas crecía un bosque.

— Le dije que mi cabaña quedaba detrás de los árboles. Me pareció que dudaba cuando vio que no había camino. De todas formas entró cuando abrí la cerca de alambre.

Caminaron varios minutos por el bosque. Gabriel le preguntó a qué se dedicaba. La muchacha le dijo que hacía un par de años había salido del colegio. Ahora pasaba el tiempo en casa, pensando en el futuro. Gabriel le preguntó qué quería ser.

— Me dijo sus papás querían que estudiara derecho. Yo le conté que mi mamá era una de las mejores abogadas civiles de Bogotá. Me contestó que ojalá algún día alguien pudiera decir eso de ella. Me caía bien. Era inteligente y nada malcriada.

Lo primero que hizo fue empujarla al suelo. La muchacha cayó hacia un lado y se hizo un raspón en la cara. No gritó. Solo cuando Gabriel se arrodilló sobre su estómago la muchacha dejó salir un gemido.

Gabriel no podía soportar la idea de volver a apuñalar. No esperó para ponerle las manos alrededor del cuello. Su cuello era distinto, mucho más delgado que el de la otra muchacha y más fácil de sujetar. La muchacha le arañó tanto las manos que Gabriel creyó que se había quebrado varias uñas.

Gabriel era un tipo más o menos fuerte. Medía un poco más de 1,70 cm y debía pesar unos 75 kilos. Aun así, tuvo que aprender a pelear.

— Yo siempre resultaba mordido, golpeado, rasguñado. Una vez, en otro pueblo, terminé con la nariz rota. El deseo de vivir les daba a las muchachas una fuerza sobrehumana.

Cuando al fin la estranguló, después de al menos cuarenta minutos de forcejeo, Gabriel se acostó en el pasto y recuperó el aliento. Entonces se levantó, se sacudió el pasto de la ropa y empezó a desvestir a la muchacha. Sacó el cuchillo que traía en la mochila.

— Hay cosas que uno solo ve cuando mata. Por ejemplo, cuando el cuerpo ya no sangra las heridas se ven distintas. Parece que florecen cuando uno las hace: la piel queda abierta en dos pétalos rosados. La carne está llena de fibras blancas y cada parte del cuerpo es muy distinta. Las nalgas, por ejemplo, están llenas de una espuma amarilla. Es como abrir un colchón.

Gabriel insistía mucho en los detalles. Quería hacerme ver, tocar y oler lo que él mismo había sentido. Yo no sabía qué hacer con las experiencias que él me entregaba. No podía reconocerme en ellas, pero sus descripciones me daban material de sobra para imaginar.

Me dijo que descuartizar un cuerpo no era fácil en absoluto. La prensa solía reportarlo como un hecho más. Para ellos era solo otra aberración del asesino. En realidad pedía tiempo, fuerza y técnica. Pero, sobre todo, pedía un deseo que motivara todo ese esfuerzo. Para romper el hueso, Gabriel solía golpear el mango del cuchillo con una piedra.

— Hay escritores que dicen que los asesinos sienten que trabajan sobre un muñeco. Eso es cierto y no. Es verdad que hay un punto en el que el cuerpo se vuelve una masa de goma, una cosa elástica. Pero si yo quisiera eso compraría un maniquí y lo desmembraría en mi casa. Usted tiene que saber que ese cuerpo es de alguien. Tiene que recordar cómo se movía, cómo caminaba. Eso es lo que ahora le pertenece.

A la segunda muchacha la enterró entre la maleza. Volvió a visitar el lugar varias veces durante el tiempo que estuvo en el pueblo.

— Yo me sentaba en el pasto y le hablaba. Ella no decía nada pero estaba ahí conmigo.

En el transcurso de ese año Gabriel volvió a trabajar. Empezó a dibujar cuerpos mutilados de mujeres en las servilletas a la hora del almuerzo. Al terminar de comer arrugaba la servilleta, volvía a la oficina, saludaba a los colegas en el pasillo y botaba la servilleta a la basura.

Un par de veces aceptó la invitación de algún compañero a tomar cerveza. Gabriel sabía que las cosas iban cuesta abajo. Sin embargo, no dejaba de intentar entrar por primera vez a ese mundo de los otros que se le había negado.

En los últimos meses de ese año volvió a matar. Fue entonces cuando empezó a convertirse en un hábito.

— Por esa época yo ya sabía que había dos maneras de estrangular. Una era apretar las arterias que estaban a ambos lados del cuello. Entonces no pasaba sangre hasta el cerebro y ellas se iban quedando dormidas. Tardaban un buen rato en perder la consciencia. Era más fácil oprimir la tráquea. Si les cortaba la entrada del aire morían más rápido.

Gabriel hizo una pausa.

— Al año siguiente —me dijo— fue cuando la compañía me envió a Guaduales.

Parecía que al fin habíamos llegado al centro del asunto.

— ¿A qué lo enviaron? —le pregunté.

— Era un proyecto de instalación de redes eléctricas para la escuela del pueblo.

— ¿Eso está consignado en las actas de la empresa?

— Me imagino. Nunca las he revisado.

— ¿Cuánto tiempo estuvo allá?

— Un año. Los empleados de campo iban y volvían a Bogotá. Yo no tenía hijos ni esposa en la ciudad, como ellos. Me quedé en Guaduales el tiempo que duró el proyecto.

— Usted confesó que era el responsable de esos crímenes.

— Se lo dije al abogado de oficio. Dos policías me interrogaron. Yo les di los detalles. Les dije que a la primera la maté en enero, a la segunda en abril y a la tercera en agosto.

Me pareció extraño que Gabriel mencionara los meses. No lo había hecho al contarme sus otros asesinatos. De seguro los periódicos habían especificado las fechas de desaparición y hallazgo de cada una de las muchachas.

— La Fiscalía no quiso pedir los permisos para exhumar los cuerpos. Les parecía que no había indicios suficientes para investigar. En esta misma cárcel hay tres presos más que dicen que son el Demonio del Río. El anciano con el que usted me vio el otro día jura que de joven él fue el Monstruo de los Mangones.

Me dijo que a la primera de las muchachas de Guaduales la encontró cuando ella caminaba por la calle. Se ofreció a llevarla en su camioneta. Después de andar un par de cuadras Gabriel le mostró el cuchillo y empezó a conducir hacia el humedal.

La segunda muchacha de Guaduales había sido la más difícil de someter. Era alta y tenía brazos fuertes.

— Ella fue la que me rompió la nariz —me dijo.

— Es decir que había sangre suya en la escena.

— No solo esa vez. Me corté las manos muchas veces mientras usaba el cuchillo. A veces ellas me arrancaban un mechón de pelo o me rasgaban la ropa.

Los criminólogos llamaban a ese tipo de interacciones el Principio de intercambio de Locard. Era una ley que suponía que toda acción criminal dejaba huellas. Esas marcas quedaban escritas tanto en el lugar del crimen como en los cuerpos de la víctima y el asesino. Cada uno se llevaba algo, pero también dejaba algo en la escena. Pensé que lo que el asesino dejaba era muy poco. De todas formas, había una parte muy pequeña de Gabriel que se había quedado enterrada en esos bosques. Me pregunté si ese principio aplicaba también para esta entrevista. Yo dejaría algo de mí en esas celdas. Al mismo tiempo, las palabras de Gabriel me quedarían impregnadas como un poco de tierra o de sangre en la ropa. Yo me llevaría su historia conmigo a la vida que estaba afuera de esos muros.

A la tercera muchacha la encontró cuando ella iba de camino a su casa en las afueras. Gabriel iba en su camioneta y le ofreció llevarla. A último momento desvió la ruta y entró al humedal.

— Estacioné junto a unos árboles, la tomé del brazo y entramos en el bosque. Escuché que ella empezaba a respirar rápido, como un pajarito atrapado. Yo no quería que se sintiera mal.

La muchacha temblaba y no podía controlar el llanto. Gabriel guardó el cuchillo de vuelta en su maleta.

— Me quité la chaqueta y la puse sobre el pasto para que se sentara. Ella me pidió que le diera un momento. Me alejé unos metros y esperé hasta que ella me dijo que estaba lista. Entonces volví y la estrangulé.

La muerte de la última muchacha fue el comienzo del escándalo en la prensa. Gabriel leyó las noticias que hablaban de los hallazgos y nombraban al asesino como el Demonio del Río. Sus colegas de la compañía no hablaban de otra cosa a la hora del almuerzo.

En diciembre, unos días antes de irse de Guadales, Gabriel se ofreció a acompañar a una muchacha hasta un potrero. Ella lo aceptó y caminaron juntos unos veinte minutos. Entonces ella propuso el tema de los crímenes.

— Me preguntó si había escuchado los rumores. Había un tipo por ahí que se llevaba a las muchachas. Ella creía que debía ser un matón que se había escapado de alguna cárcel. De

seguro tenía alguno de los tatuajes artesanales que diferenciaban a los miembros de cada pandilla. Sería un tipo fortachón y grosero, con al menos una cicatriz en el rostro.

— Si la muchacha sabía que había un asesino suelto, ¿por qué aceptó su compañía?

— Ella creía que reconocería al asesino de inmediato. Yo no lucía como él.

Esa tarde no se atrevió a tocarla. La acompañó hasta la mitad del camino y se devolvió solo hasta el hotel.

Gabriel se detuvo y me miró escribir en mi libreta.

— Usted no me ha hecho ninguna de las preguntas que hacen los periodistas —dijo de pronto.

— ¿Cómo cuáles? —contesté.

— «Hábleme de los traumas de su infancia» —dijo con una voz impostada.

Le pregunté de dónde había sacado esa pregunta.

— Es la pregunta que les hacen a todos los asesinos en serie. En el club de misterio leímos varias de las entrevistas que concedieron Ted Bundy y Jeffrey Dahmer.

— ¿Usted nunca tuvo ninguna experiencia violenta cuando era niño? —le pregunté, un poco por curiosidad, un poco por seguirle la corriente.

— Bueno, no voy a decir que nada. A los doce años solía meter a mi gato en un balde de agua y ponerle la tapa. El gato no me quería. Se escapaba por un hueco del tejado para irse a pasar las tardes en la casa de unas vecinas.

— ¿No le parece que eso anuncia de alguna manera lo que vendría después? —le dije.

— Quizás. Pero entonces hay que perseguir al muchacho de mi barrio que se sentó encima del canario de su hermana. Y hay que vigilar a todos los niños que patean a los perros y les lanzan piedras. Tarde o temprano todos ellos serán psicópatas.

— ¿Podría explicarme eso de la psicopatía?

— No. De hecho, no podría. Yo no me lo inventé. Es algo que usan otros para fingir que me entienden.

— ¿Quiénes?

— Los doctores. Están de seis a cinco en una cárcel. Entrevistan a decenas de personas en un mismo día, todo eso en un lugar donde las aguas negras chorrean por las paredes. Si el preso reincide, a ellos les echan toda la culpa. Ni siquiera saludan cuando uno entra al consultorio. Están entrenados para abrir el manual, buscar los síntomas y nombrar la enfermedad. Diagnostican, prescriben y envían de vuelta a la celda. ¿Quién quiere oír

idioteces sobre cómo se siente caer a lo más bajo? ¿Quién quiere saber lo que está del otro lado de la cerca?

— ¿Usted cree que hay libertad del otro lado de la cerca? —le pregunté—. ¿Cree que todos somos capaces de alcanzarla?

— Para mí matar nunca tuvo nada que ver con la libertad. Muchas veces pensé en entregarme. A veces me emborrachaba e iba a sentarme frente a la estación de policía. Nunca fui capaz.

Le pregunté cómo lo habían capturado. Me contó que en enero del 2006 estaba de vacaciones en una casa alquilada en Cocorná, Antioquia. Un día quiso conducir un rato y llegó hasta Granada. Allí encontró una muchacha y la llevó a un pastizal. Un campesino pasó cerca del matorral y lo vio cuando cortaba el cuerpo. El hombre llamó a la policía, que lo capturó ahí mismo. Por entonces Granada recibía decenas de reportes mensuales de desapariciones y muertes. Mientras esperaba el juicio, la Policía de Medellín lo llevó a la cárcel de Bellavista.

— Acá me he dedicado a escribir —me dijo—. Todo el mundo escribe en la cárcel.

Yo sabía que el diario era el género literario de los presos. Al llegar a la cárcel se pierde el nombre. Escribir era una manera de buscarlo.

— En los diarios también se llevan las cuentas —me dijo Gabriel—. Aquí todo tiene precio. Hay que pagar por dormir en el piso. El costo depende de cuántas baldosas ocupe el colchón. Hay que pagar por un cupo en las duchas, por el almuerzo y por la vasija plástica donde lo sirven. La plata le llega al preso más poderoso de cada pabellón por medio de los guardias, que por supuesto tienen una comisión. Todo eso también es parte de la escritura. La contabilidad desesperada de los que no tienen nada.

Gabriel estaba seguro de que la gente del trabajo se había enterado de que lo habían acusado de homicidio. Se preguntó qué pensarían ahora todas las personas que se sentaban con él al almuerzo, los que veían que él iba a la cafetería y le pedían que les trajera un tinto. Cuando lo capturaron, Gabriel se preguntaba si sus compañeros lo creían culpable.

Apenas en la audiencia de imputación de cargos Gabriel se enteró de que la muchacha de Granada se llamaba Alicia Heredia. El padre de Alicia se llamaba Emilio. Tenía las manos llenas de nudos de artritis por el trabajo en el campo. El día en que dictaron sentencia, el juez le dijo a Gabriel

— Yo soy un simple ejecutor de la ley del Estado. Como tal, debo sujetarme a sus principios. El sistema judicial colombiano está diseñado para la resocialización. El problema es que no está pensado para ella. No me corresponde a mí preguntar si es posible que usted acepte a la sociedad, o que la sociedad lo reciba a usted de vuelta. Espero con toda honestidad que estos ocho años basten para algo.

Don Emilio Heredia pidió entonces que se le permitiera pronunciar algunas palabras. El juez estuvo de acuerdo. Don Emilio se levantó de su puesto en la audiencia y caminó con un paso difícil, apoyado en la baranda de madera que rodeaba el tribunal. Un policía le ofreció su brazo para ayudarlo a llegar al estrado. En cambio Don Emilio le pidió que le trajera una silla. El policía se la entregó. Antes de sentarse, Don Emilio la arrastró él mismo y la puso frente al banquillo del acusado.

— Señor Rodríguez —dijo don Emilio y titubeó—. Gabriel, si me permite. Usted me ha hecho muy difícil vivir a la altura de lo que creo. Yo creo en lo que enseñaba Cristo, y eso es el perdón. Aquí se le llama asesino, pero yo sé que usted es más que lo que ha hecho. Un juicio y un castigo ya no pueden salvar la vida de mi hija. Todo esto tiene que tener un propósito. Tal vez ese propósito es salvar su vida.

Gabriel pronunció las palabras como si recitara un libreto. Durante un buen rato se quedó en silencio, sin atreverse a levantar la mirada. Escuché los pasos del guardia que venía a sacarnos de la sala de visitas.

— Gabriel —le dije. Él se pasó las manos por la cara como si despertara de un trance—, ¿por qué me contó todo esto?

— Mi abuela Ana María era una mujer particular —me dijo—. Cuando le preguntaban cuál era su nombre, ella contestaba que no sabía. «No sé», decía, «¿no ve que yo no me llamo a mí misma?».

El guardia se paró en el umbral de la puerta y señaló su reloj de pulso. Me escoltó hasta la puerta. El portón de rejas azules de la cárcel se cerró detrás de mí.

Caminé por la acera estrecha junto a la carretera. Creí entender lo que Gabriel me había dicho. Entendí que él mismo encontraba puntos ciegos al mirarse. Lo habían llamado asesino, criminal, Demonio, psicópata. Ninguno de esos nombres le había bastado para comprenderse. Ahora Gabriel creía que hacía falta la mirada de otro para encontrar un nuevo lenguaje. Hacían falta las palabras de otro para buscar el otro nombre, el que estaba debajo de todas las máscaras.



Pasé la última página. Por un rato, Ana y yo fijamos la mirada en la hoja en blanco que estaba al final del manuscrito. Aún sin despertarnos de la historia, nos levantamos de la mesa y salimos de la biblioteca.

Caminamos varias cuadras sin decirnos nada. Desde el otro lado de los árboles nos llegaba el eco de la voz áspera del río. Ana me preguntó por qué esa entrevista nunca se había publicado.

— No sé. Quizás porque Carrillo andaba por el borde de una línea muy peligrosa — respondí.

— ¿Te parece que la cruzó? —me preguntó.

— No estoy segura.

La crónica decía que el juez había sentenciado a Gabriel a ocho años de cárcel.

— Eso quiere decir que salió hace tres años —le dije a Ana.

— Si no salió antes —contestó.

Desandamos el camino hasta la biblioteca. Ocupamos las últimas horas de esa tarde en buscar el rastro de Gabriel. En un periódico de marzo de 2014 encontramos dos anuncios de desapariciones de mujeres jóvenes. Una de ellas era una mesera de veintitrés años que nunca regresó a su casa en Ipiales. La otra era una estudiante de diecinueve cuyo rastro se perdió en las calles de Popayán. Las pistas señalaban dos rumbos opuestos. Parecía imposible seguir un camino.

Eran las siete de la noche cuando el bus nos dejó en el terminal de transportes de Bogotá. Un taxi nos llevó hasta la casa de Ana. Dormí en su cama esa noche. Al día siguiente le pedí que me acompañara a volver a casa.

Abrí la puerta despacio. Inés no esperó a que yo entrara para darme un abrazo. Al soltarme me empujó un poco.

— Esta vez llegó muy lejos —me dijo—. Anoche tuve que hablar con su mamá. Le recordé que de joven ella también era rebelde y se escapó un par de veces de la casa.

Mamá no había vuelto aún del trabajo. Inés me preguntó qué había encontrado. Yo le dije que la historia era larga y que se la contaría al regresar.

Ana y yo salimos de casa y cruzamos el pueblo hacia la carretera intermunicipal. La casa del río ya no era más que unas pocas paredes rotas a la mitad, su carne de barro expuesta bajo el sol blanco del páramo. Ana y yo bajamos la cuesta y nos sentamos a la orilla del río.

— ¿Vas a volver al trabajo? —le pregunté.

— Si en estos días no me notifican el despido —contestó Ana sin dejar de mirar el agua—. Me tomé demasiados permisos.

Miré bien su rostro. Sentada ahí sin decir nada, Ana parecía ser el comienzo de otro viaje. Recordé las palabras de Carrillo. Habíamos dejado mucho en el camino. Este era el momento de empezar a preguntarnos qué habíamos ganado.

— ¿Ahora qué? —me dijo Ana.

Me miró al decirlo. Se lo agradecí en secreto.

— Volvamos a casa —contesté—. Todavía hay mucho por escribir.